LA AGONíA DE CRISTO

(SANTO TOMÁS MORO)

Escrito por Sir Thomas More, que fue Lord Canciller de Inglaterra, mientras esperaba la muerte en la Torre de Londres.
Edición preparada por Alvaro de Silva. Octava edición. EDICIONES RIALP, S. A. MADRID

INTRODUCCIÓN
I. SOBRE LA TRISTEZA, AFLICCIÓN, MIEDO Y ORACIÓN DE CRISTO ANTES DE SER CAPTURADO (MT 26, MC 14, LC 22, LO 18)
- Oración y mortificación con Cristo
- La angustia de Cristo ante la muerte
- La Humanidad de Cristo
- ¿Cómo es nuestra oración?
- La oración de Cristo
- La voluntad de Dios Padre
- Para que veamos el camino
- La perspectiva del martirio
- Los Apóstoles se duermen mientras el traidor conspira
- ¿Por qué dormís?
- Levantaos y orad
- Cristo sigue siendo entregado en la historia
- Judas Apóstol y Traidor
- Conducta de Cristo con el traidor
- Libertad de Cristo en su captura, pasión y muerte.
- El fin de Judas

II. SOBRE LA OREJA SAJADA DE MALCO, LA FUGA DE LOS DISCÍPULOS Y LA CAPTURA DE CRISTO
- Furia y celo de Pedro
- Cristo corrige al Apóstol
- Malco, figura de la razón humana
- El poder de las tinieblas
- La fuga de los discípulos
- Desprendimiento y perseverancia
- La captura de Cristo

INTRODUCCIÓN

Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: es preciso no dormirse durante todo ese tiempo. (Pascal)

«En tus manos pongo, lector amigo, otra obra de Sir Thomas More, escrita en latín mientras estaba en la Torre, en el año del Señor de 1534, y que fue más adelante traducida al inglés por una dama de la misma familia de More, Mary Basset, hija de William Roper y de Margaret, su esposa, hija ésta a su vez del mencionado Thomas More. Es obra que abunda en cosas bue-nas y está llena de lecciones de auténtica piedad; la empezó siendo prisionero y no pudo terminarla, ya que antes de que pudiera hacerlo (y precisamente al llegar al comentario de estas palabras: Et iniecerunt manus in Iesum) fue desposeído de sus cosas, quedando privado de sus libros, pluma, tinta y papel. Desde ese momento fue vigilado más estrechamente y muy poco después fue decapitado. Esta obra en latín ha sido leída y enjui-ciada por varios clérigos de gran talento a quienes ha gustado mucho; y ahora es presentada en nuestra lengua de guisa tan fiel al estilo de Thomas More que parece fuera el mismo inglés de More, tan cercana esta él en familia, virtud y genio literario la dama que por esparcimiento la tradujo. Hasta tal punto es esto cierto que parece haber sido escrita directamente por el y no traducida en absoluto; tal es el talento de aquella mujer al seguir los pasos del buen quehacer literario de su abuelo. Algo tuve yo que moverme para hacer que este libro se imprimiera, porque quien lo tradujo no parecía dispuesta a que se publicara, ya que decía haberlo traducido como pasatiempo y para su propio uso, y lo consideraba demasiado llano para ser puesto en muchas manos. Otros había que deseaban imprimirlo como libro aparte, pues su contenido es tan rico y está además tan bien tratado que sería de desear fuera leído por todos. No me cabe la menor duda de que muchos lo comprarían más fácilmente impreso por separado que junto con otras de sus obras. Esperemos que así pueda hacerse más adelante y con más holgura. Mientras tanto, tomadlo y leedlo tal como está con el resto de sus obras, dad gracias a Dios y rezad por aquella dama que tanto se afanó en traducirlo»'.

Así introducía William Rastell la primera edición en inglés de esta obra junto con otras del que fue célebre Lord Canciller (Primer Ministro) de Inglaterra; habían pasado apenas veintidós años de la muerte del «mejor y más santo de los hombres que vivieron en In-glaterra», según escribiera Erasmo al Obispo de Cracovia narrando el martirio de su amigo More. Los reco-nocimientos oficiales de su

santidad fueron en 1886 -beatificación- y 1935 -canonización-; pero después siempre su fama fue grande dentro y fuera de Inglaterra. En la forma inglesa More o en la latina Mo-rus o en la romance Moro (España, Italia), era un hom-bre bien conocido en todas partes, desde el mismo si-glo XVI, como político y diplomático, como jurista e historiador y, en general, como hombre de letras. Como suele ocurrir con personajes que se han hechos clásicos, perennes, en España el apellido del humanista y escritor inglés, que fue más grande que su fama y sus cargos, conservó la adaptación española -Moro- con la que se le conoce habitualmente, igual que en otros países de lengua romancee.

Las obras de Tomás Moro han sido muchas veces editadas y de diversas formas. Respecto a ésta, que ahora se publica por primera vez en español, habían de pasar casi cuatrocientos años para que se hiciera realidad el deseo de William Rastell, primer impresor de las obras completas de Tomás Moro en inglés, de editarla por separado: en 1941 se publicaba en Inglaterra con el título History of the Passion', versión glesa moderna de la primera traducción de Mary (Roper) Basset, nieta de Santo Tomas Moro. Veinte años después, Geoffrey Bullough «descubría» el autógrafo de esta obra de Moro en la capilla de reliquias del Real Colegio del Corpus Christi en Valencia4. Una magnífica edición crítica de este manuscrito de Valencia ha sido publicada por Clarence H. Miller con el título De Tristitia Christi, en el volumen 14 de las Obras completas de Moro editadas por la Universidad de Yale5.

¿Cómo llegó el manuscrito a Valencia? El 12 de ju-nio de 1535, Sir Thomas More quedaba sin instrumentos ni material para escribir, y a esto se refiere Rastell en el prólogo que -traducido- he transcrito por entero. Cerró More las ventanas, y quedando la celda en penumbra y casi a oscuras sorprendió a su carcelero, que le preguntó de inmediato por qué se comportaba así: «Ahora que se han llevado los utensilios y los en-seres, la tienda debe permanecer cerrada», contestó Sir Thomas6. Su hija Margaret debió de poner los escritos a salvo, salvándolos de la Torre primero, y escondiéndolos luego en algún sitio para preservarlos de la con-fiscación a que fue sometida la casa de los More en Chelsea. Unos veinte años después, el manuscrito del último libro que Sir Thomas More escribiera fue a pa-rar a Pedro de Soto, teólogo dominico al que se hace en Inglaterra hacia 1555-1556. De vuelta en España, a través de los Países Bajos, el manuscrito fue presentado a San Juan de Riber7, que testimonió su procedencia de Pedro de Soto, don Fernando de Toledo y el Conde de Oropesa: «... porque era de Tomás Moro y escrito de su mano.» Sobre la nota, en otra caligrafía, se lee: The-saurus absconditus, «tesoro escondido», y «escondido» estuvo hasta ser redescubierto en 1963 por Geoffrey Bu-llough. Es, como ha dicho Germain Marc'hadour, «la reliquia más noble de Moro»8.

La traducción de Mary Basset para las English Workes de 1557 viene encabezada con este título: An exposicion of a parte of the passion of our saviour lesus Christe. En la edición de sus obras latinas, impresa en Lovaina en 1565, aparece como Expositio Pasionis Domini, y durante mucho tiempo se la consideró como una continuación lineal de otra obra que Tomás Moro había escrito con toda seguridad antes de su en-carcelamiento en la Torre de Londres titulada A Treatise upon the Passion.Hoy no hay duda de que se trata de dos obras distintas, escritas en distintas circunstancias y con diferentes propósitos. Sir Thomas More no cambió simplemente del inglés al latín pata llevar a término su primera contemplación sobre los, misterios de la Pasión. La grandiosidad de la primera composición literaria se convierte en esta obra en prisión en atractiva intimidad. El acento casi millonario que se ha visto en ATreatise upon the Passion se transforma en una sencillez que en algunos parágrafos al canza tonos de sabor místico.

Tal como se lee en el manuscrito de Valencia, el título o al menos el primer epígrafe reza así: De tristitia tedio pauore et oratione Christi ante captionem eius. En la reciente edición crítica de la Universidad de Yale se ha decidido con acierto volver a este título y presentar la obra como De Tristitia Christi. Las correcciones sucesivas de Moro sobre el título muestran con bastante claridad el proceso de amplificación verbal típico en este humanista. Hay algunas cuestiones eruditas en torno al título que aquí no vienen al caso. De cual-quier modo, y para los objetivos más inmediatos de esta edición castellana, ha parecido oportuno resumir aquel epígrafe en una sola expresión que substancia los varios vocablos latinos con tanta precisión lingüís-tica como fidelidad a la mente de Moro. La tristeza de la angustia, el abatimiento de la pena y la congoja, por un lado, y la lucha y el deseo vehemente por la conquista del premio (el agon griego), por otro, se resumen en la aflicción y dolor del que va a morir, en la agonía.

Tomás Moro había decidido poner toda su atención mental en la agonía de Cristo antes de su captura y pa-sión corporal. Escribía en una de sus cartas que nuestro deseo debería ser «recurrir prosternados y con devo-ción, en todas nuestras agonías y contradicciones, al re-cuerdo de aquella amarga agonía que nuestro Salvador sufrió antes de su Pasión en el Monte. Y si lo hacemos con diligencia y afecto bien seguro estoy de que encon-traremos ahí gran ayuda y consuelo». A partir de en-tonces un solo estudio sería la Pasión de Cristo y su propio pasar de este mundo porque esperaba la muerte a cada momento13. Acudía Sir Thomas More a esta contemplación de la agonía de Cristo para prepararse a la suya propia.

La grafía de Moro en su última obra de prisión es tan clara como rápida. Muestra esto la gran agilidad que tenía con las palabras, pero también el interés de poner punto final al tema que se había propuesto redactar. El crescendo del último parágrafo es un buen ejemplo. Si su proximidad a la muerte explica de alguna manera la rapidez en la escritura, la claridad y cuidado de la misma caligrafía (perfectamente legible hasta en las correcciones del texto) muestran con detalles materiales la serenidad de su ánimo en aquellos momentos finales

****

«¡Qué poco nos parecemos a Cristo aunque llevemos su nombre y nos llamemos cristianos! ». Esta exclamación en el mismo inicio del libro define el sentido y el fin de la contemplación de Moro sobre la agonía en Getsemaní; y es tanto más sorprendente por cuanto el humanista inglés, que ha empezado el relato inmediatamente después de la última cena, está considerando algo tan prosaico como la comida y la sobremesa. Cristo da gracias después de comer y Moro capta en el hecho toda una lección. Igualmente hará al sorpren-der a Cristo en oración, postrado sobre el surto; y con la misma calidad del detalle sigue sus palabras y movimientos durante la agonía y subsiguiente captura. La humanidad del Dios redentor es el centro de la contem-plación moreana.

Sir Tomás Moro se afana en anotar cuanto pueda ayudarle a descubrir la naturaleza verdaderamente hu-mana de Cristo, desde la postura corporal hasta los más elevados pensamientos, palabras y sentimientos. Ob-serva el afecto, al mismo tiempo cariñoso y recio, de Jesús con los Apóstoles, el tono suave de su voz, la brevedad de sus palabras: «suave es su sonido, mas pene-tran como el pinchazo de un aguijón». Casi se alegra al comprobar, por ejemplo, que Cristo se sirvió de la iro-nía para corregir a los discípulos medio dormidos. ¿Cómo no iba a fijarse en tal detalle quien iba a subir al cadalso con una sonrisa y bromeando con el verdugo: «Ayudadme a subir, que para bajar ya me las arreglaré yo solo»?

Cristo, insiste el humanista autor de la Utopía, no vio en su humanidad nada indigno de su gloria como hijo de Dios. Fue un hombre extraordinariamente hu-mano y, conociendo la extremada debilidad de los hombres, se hizo débil para que fuera más fácil seguirle e imitarle en todo. Tomás Moro, con su bien merecido título de humanista, era sobre todo humano, y ante la posibilidad de que Dios le pidiera aceptar el supremo acto de la fortaleza se sabía débil y frágil. De ahí su recurso inmediato y natural a la contemplación de Cristo durante su agonía en Getsemaní. Mono es de nuevo autobiográfico, porque al descubrir tantos detalles del Cristo agonizante revela al mismo tiempo la categoría de su temple humano y la hondura de su alma cristiana.

Su fe en la Revelación, pero también su ideal de humanista clásico, le lleva a descubrir en los textos evangélicos tesoros escondidos. Los pasajes de la Sagrada Escritura, quizás en parte anquilosados y disecados académicamente en algunos exegetas de la escolástica decadente, recobran vida con la pluma de Moro, hombre del Renacimiento. Remoza las interpretaciones ya ofrecidas por algunos Padres de la Iglesia, y vuelve con él la verdadera pasión educativa, tan típica del período renacentista, pero que tenía en la homilética de los Padres un ejemplar de valor inestimable. No hace falta su-brayar el respeto y la admiración de Moro por los textos que comenta; en un lugar escribe que «ningún cuerpo está tan plenamente configurad o por el alma como la letra de la Sagrada Escritura estápermeada de misterios espirituales »15.

El humanismo moreano no se limita al estudio admirado de los clásicos griegos o latinos. Está suideal profundamente enraizado en la verdad y anhelos de la naturaleza humana. Es un humanismo real y, sobre todo, es un humanismo humano. Afirmación que pa-rece de Perogrullo y no lo es, porque la historia no se cansa de conocer también un humanismo inhumano. Al considerar, por ejemplo, la libertad de Cristo, su aceptación libérrima de la Pasión, Sir Tomás Moro da en primer lugar esta razón: no hay mejor manera de mostrar una auténtica naturaleza humana que a través del dolor. Y Moro, no hay que olvidarlo, no está contem-plando la pasión y sufrimiento corporal, sino el dolor agónico, la aflicción del que combate moralmente por la conquista de una meta (como indica el agon griego). Verdad ésta, que el humanismo inhumano pretende ol-vidar, incapaz de aceptar que en la existencia temporal el dolor es un ingrediente del amor y la felicidad. Mas, al ofrecer la segunda razón, añade Moro que Cristo su-frió para ganar nuestra felicidad con su dolor. Moro, que llama a Cristo con frecuencia «el Salvador», lo ve «obsesionado» con la felicidad del hombre. Quiso sufrir «en parte para advertirnos cuán equivocados estamos al rechazar el dolor por su causa».

Glosando la íntima agonía de Cristo, Moro fija su atención en dos temas: la aceptación de la muerte y la oración de Cristo a Dios Padre. El primero le lleva a tratar del martirio por la fe; el segundo, a un brevísimo pero substancioso tratado sobre la oración mental. Dos cosas destacan y ambas con notable fuerza: el sentido común y el sentido sobrenatural, que el autor juzga in-dispensables para perseverar en las diversas pruebas por las que necesariamente ha de pasar el cristiano en su carrera hacia la santidad.

Cuanto refiere sobre la oración refleja la categoría de su trato personal con Dios, al mismo tiempo respe-tuoso y confiado. Nada de lo que dice (y sus anotaciones sobre la manera de rezar, la postura

corporal, el control de la imaginación, el recogimiento de los sentidos por la noche, el modo de examinarse, etc., son bien agudas) puede parecer hoy exagerado ni piense, pueda ser catalogado como espiritualidad monacal o medieval (despectivamente). Dios -insiste el abogado, padre de familia, político y humanista inglés quiere que recemos con todo nuestro ser, con el cuerpo y con el alma Se aleje así de un dualismo ascético peligroso por la va-guedad y abandonado a la emoción del momento. Da su importancia a la postura del cuerpo en la oración mental porque «el rostro es el espejo del alma». «Cuando nuestra cabeza deja de prestar atención, ocurre un fenómeno parecido con el cuerpo», observa Moro; y nadie podrá llevarle la contraria en los varios ejemplos que pone hasta describir el estado final de los que no cuidan tales detalles diciendo que parecen «una casa ruinosa que amenaza derrumbarse de un momento a otro.

No se piense que Tomás Moro tan sólo conoció la rigidez de la preparación ascética. La oración mental durante tiempos determinados es central en la vida cristiana, pero Moro insiste en que se ha de regar siempre y en que se puede rezar en todas partes. «Pode importa a dónde se dirijan nuestros pasos si nuestras cabezas están puestas en el Señor.» Detrás de la brillante agilidad y libertad de movimiento del gimnasta o de la bailarina se esconde la repetición seria y constante de mil ejer-cicios tan severos como mecánicos.

Tomás Moro no olvida los diversos personajes y sus respectivas partes en la agonía de Cristo. Sigue la acción de cada uno de ellos, y así hace muestra también de su talento dramático. Pedro aparece impetuoso, llevado por un celo imprudente, pero, según Moro, tal vez menos tibio que los demás. El retrato de Judas, Apóstol y traidor, es dibujado sobre el significado terrible y grave de esta antítesis, que le llevará también a otra: los discípulos dormidos y el traidor despierto.

Particular predilección muestra el humanista y santo inglés por el «joven adolescente» que siguió a Cristo en un movimiento lleno de audacia y escapó poco después tras desprenderse del lienzo con que se cubría. Ofrecen esas páginas un ejemplo de la agilidad mental y de la rica imaginación y penetración moreanas, descubriendo en ellas con sencillez su visión del hombre y caballero cristiano. En primer lugar, Sir Tomás Moro dice no poder aceptar la opinión de quienes afirman que ese joven era uno de los Apóstoles. Simplemente le es imposible imaginar que un Apóstol, un hombre que seguía a Cristo de cerca, pudiera ir mal vestido, o llevando por todo vestido una tela y además tan mal sujeta que se le desprendiera de repente. Y al hablar de la desnudez dirá de San Juan que «era dis-cípulo de Cristo, no uno de la secta de los Cínicos». Pasa a continuación a otro nivel, porque ese joven de la sábana recuerda un principio moral básico: hay que huir de la ocasión de pecado, es mejor escapar que caer atrapado. En un sucesivo nivel de significación, Moro define el desprendimiento de todas las cosas como condición indispensable para la vida verdaderamente cris-tiana y, finalmente, termina el pasaje ofreciendo el sen-tido último de ese desprendimiento y lucha a través de la imagen de la serpiente que muda de piel entre los matorrales: así el cristiano, con la resurrección de los muertos, recuperará también su cuerpo reluciente en plena juventud de felicidad eterna.

La fuerza de esta obra, la última de Moro, se agranda para quienes despertamos nuestro primer interés por Sir Tomás Moro al estudiar los diferentes desarrollos del hu-manismo renacentista y de la rebelión protestante en las primeras décadas del siglo VXI. Si el interés por la época lleva a Moro, éste a su vez es capaz de explicar buena parte de esa época. Inmerso estuvo en ella, pero, al mismo tiempo, fue suficientemente sereno y reflexivo para po-der observar los hechos con objetividad y perspectiva. Su obra sobre la historia de Ricardo III16 le ha conseguido el título de padre de la historiografía inglesa moderna.

Vio el humanista historiador la trayectoria que iba a dibujar en el desarrollo de la civilización europea occidental la naciente «reforma luterana» y asustado, pedía ya en 1523 «no ser profeta»17. Moro comprendió que el luteranismo no era un movimiento herético como los anteriores, no atacaba a la Iglesia en aspectos parciales, sino en su misma naturaleza". Junto a esto no hay que olvidar que Lutero no se presentaba como hereje, sino como «reformador» de la vida cristiana y eclesiástica, y Moro anhelaba un auténtico renaci-miento en la espiritualidad y en la información cristiana de los pueblos. Un aspecto importante de su úl-tima obra está constituido por las varias digresiones históricas que Moro hace sobre los misterios escondi-dos en la letra del texto evangélico.

Todas ellas convergen prácticamente en una misma cuestión central: la situación de facto de la Iglesia y la unidad de la Iglesia. Moro está contemplando a Cristo entregado por uno de los Doce y condenado a manos de los sacerdotes y sumos pontífices, lo que le lleva a su-brayar la gravedad de la responsabilidad episcopal. El sueño de los Apóstoles mientras Cristo sufre agonizante da pie a esta exclamación: Cur non hic contemplentur episcopi somnolentiam suam: «¿Por qué no contemplan los obispos en esta escena su propia somnolencia?» Y cuando parece que va a hablar de los que se mantienen fieles y vigilantes, pues afirma que no todos duermen, escribe: «Tales obispos no duermen como Pedro, sino que, con Pedro despiertos, niegan a Cristo.» Graves y duras palabras que no son juicio, sino expresión del do-lor y pena de quien sufría en la Iglesia. En la vigilia de Judas y en el amodorramiento de los discípulos ve Moro una imagen de lo que ha ocurrido a lo largo de la histo-ria. Al hablar del instrumento de la traición y el beso de Judas, insiste en que Cristo

sigue siendo entregado ac-tualmente en manos de los pecadores, porque la iglesia es el Cuerpo de Cristo, y todos los fieles cristianos son llamados «otros cristos» formando el Cuerpo místico.
Su preocupación por la unidad de la Iglesia se pone otra vez de manifiesto al referirse a la Eucaristía, sacramento de unidad y donde el verdadero Cuerpo de Cristo es tantas veces entregado y maltratado. Tam-bién habla de la atención que un cristiano debe prestar a cuanto ocurre a cristianos de otros países, aun muy distantes, y pide que, si no se les puede ayudar de otra manera, sea al menos con la oración. Su respeto al sa-cerdocio, junto con su dolor, pues comprende que algu-nos clérigos son causa de aflicción para la Iglesia, se resume en una elocuente exclamación: «¡Que grandísimo bien se haría al pueblo si esos sacerdotes cambia-ran y se hicieran mejores!»

******

****

He de referirme por último al motivo del martirio de Santo Tomás Moro. G. K. Chesterton resumió su vida, su obra y su muerte diciendo que «el mejor amigo del Renacimiento murió como el peor ene-migo de la Reforma»20. El 17 de abril de 1531 era puesto bajo la custodia de los carceleros ole la Torre de Londres. Quince meses después, el primer día de julio de 1535, era condenado a muerte, y pocos días más tarde, en la mañana del seis, era decapitado. De cómo este hombre vino a pasar de las más altas ala-banzas y honores al silencio y soledad de una lúgu-bre celda es un proceso de dominio popular, bien co-nocido y con detalle explicado en eruditas biografías. Ni intentaré yo hacer otro resumen. Ciertamente Sir Tomás Moro, Lord Canciller de Inglaterra, vino a caer en desgracia, pero ¡qué deficiente el lenguaje de diario y de la apariencia en estos casos que se alzan sublimes hacia lo heroico! ¡Qué distinta la penetra-ción de esos hombres al descubrir la Gracia en la hu-mana desgracia!
William Roper, esposo de Margaret, la hija mayor de Moro, y que conoció con tanto respeto como admi-ración el carácter y el alma de su suegro, cuenta un hecho que sustancia en su sencillez el ánimo del que fuera Lord Canciller ante sus últimos meses de prisión y agonía. Llamado a comparecer en Lambeth, se despidió Moro de los suyos, pero no quiso que le acompaña-ran, como era su costumbre, hasta el embarcadero; y cerrando el postigo tras de sí se encaminó hacia el río; le acompañaba Roper con algunos criados. Nadie en el bote se atrevía a romper el silencio. Al cabo de un rato y de improviso, susurró Sir Thomas al oído de Roper: Son Roper, I thank our Lord the fíeld is won: «Hijo mío, doy gracias a Dios porque la batalla está ga-nada»22. Roper confesaría no haber entendido bien esas palabras, y sólo después comprendió que el amor de Dios en Tomás Moro había crecido tanto que había lle-gado a conquistar todos los sentimientos y ataduras de la carne y lo temporal.
No eran esas palabras resultado del engreimiento de quien se empeña, testarudo, en mantener la propia opinión contra los demás, sino la certeza del que sa-biéndose cercano a su último combate esperaba que quien le había dado la fé de la Iglesia le procuraría tam-bién un grado heroico de caridad y dolor en ti¡ prueba. No luchaba Moro obstinado en su concepción personal y subjetiva, sino en defensa y amor a la verdad católica. No aspiraba a «salirse con la suya», sino «Con la de Dios». Daba gracias a Dios, porque esperaba que Cristo iba a ganar por él, con él y en él; y el a su vez por Cristo, con Cristo y en Cristo. He ahí la suerte agónica del mártir, y he aquí, por tanto, su típica tentación hacer la victoria suya y no de Cristo, reafirmarse a sí mismo en lugar de confesar la fe cristiana, confesión que es esencia del martirio si va sellada en sangre. Tanto los escritos redactados en la Torre como los recuerdos conservados por sus primeros biográfos del siglo XVI hablan abundantemente de la calidad heroica de su fe, de sus convicciones intelectuales, del temple y carácter de su alma y conciencia cristianas.Tal vez es preciso recordar que la entrega de Tomás Moro no empezó con su encarcelamiento en abril de 1534. Su dedicación se remonta a años antes, poco des-pués del triunfo de la Utopía entre los humanistas europeos. La facilidad literaria de esta obra, la riqueza de sus ideas, la espontaneidad de la expresión y la ferti-lidad moreana anunciaban una madurez llena de frutos. Moro, que no había cumplido los cuarenta al publicar la Utopía, continuaría sorprendiendo con otras piezas maestras. Sin embargo, y a partir de 1523, dejó casi a un lado cualquier otro interés literario para dedicarse, en el corto tiempo de que disponía, a la exposición y defensa de la fe católica y de la unidad de la Iglesia, entonces muy gravemente amenazada. Es decir, había mantenido con su inteligencia y prestigio humanista, con la tinta de su pluma, la fe de siempre muchos años antes de librar la última batalla con la sangre de su cabeza.
Escribió la Responsio ad Lutherum por encargo de Enrique VIII, honrado entonces como defensorfidei. Entendió Moro con profundidad las consecuencias de la revolución luterana, y se dedicó a esa tarea apologé-tica como cristiano y como humanista, porque com-prendía que los principios de la ley natural y de la fe cristiana eran el baluarte de la civilización occidental europea. Iba a ser precisamente su temporal Soberano quien asestaría el golpe fatal desgajando a su país del resto de la Cristiandad. Crucial es el momento en la historia, porque sin la separación de Inglaterra el cisma luterano se hubiera visto limitado muy proba-blemente a tierras germanas y, así encerrado, habría palidecido y aun expirado. «Si Inglaterra no se hu-biera separado, la Reforma habría

fracasado y nuestra civilización sería hoy una unidad cristiana»24. Pero los hechos, hechos son, y más que detenerse en la debili-dad atolondrada de Enrique VIII, interesa hoy día su-brayar la extraordinaria serenidad y claridad mental que mantuvo Tomás Moro. Su conciencia estaba bien formada, su fe era razonable y su contenido había co-nocido largas horas de reflexión y de estudio. El silencio de Moro en aquellos quince meses de privación es su mayor gesto de elocuencia. No murió por defender una simple opinión de su cabeza ni por un capricho de su conciencia, sino por salvaguardar la cabeza y la conciencia en la verdad objetiva revelada. De ahí que vea yo en el detalle de la clemencia de Enrique. Moro, como traidor, debería ser arrastrado, colgado y descuartizado todavía vivo un símbolo que subraya la realidad de los hechos. A Moro se le cortó la cabeza porque ella era lo que sus enemigos no pudieron conquistar en él. Moro murió por una verdad o en testimonio de una verdad que en su época había sido puesta en peligro o era al menos confusa por muchas razones que aquí no vienen al caso. Tomás Moro estudió la cuestión con ob-jetividad y se aseguró concienzudamente en la verdad: la autoridad de los Romanos Pontífices en materias de fe y moral cristiana. Moro era un intelectual, una figura cumbre del humanismo renacentista europeo, admirado por Erasmo, Vives y Budé, que comprobó por encima de las dificultades de su época que «la Razón y Roma van juntas», como lo pondría G. K. Chesterton en un breve ensayo. La consecuencia de tal verdad fue opo-nerse a algo monstruoso, a saber, que un soberano tem-poral anduviera con dos cabezas, dictando a su antojo la norma y la ley en lo espiritual y eterno.

Esta es una verdad tan clara y tan bien documen-tada en la vida y obra de Santo Tomás Moro que sólo la ignorancia, y más exactamente el prejuicio de siglos, pude olvidar o no apreciar. Para el historiador del siglo XVI es un hecho y así debe constatarlo. Los escri-tos que Moro compuso en la Torre son particularmente luminosos en ese punto, y su última obra sobre la ago-nía de Cristo «dice mejor que cualquier otra cosa el motivo de su martirio»25. Se repite que Moro murió por salvar la integridad de uno mismo testificada en jura-mento, o por la libertad de las conciencias frente al es-tado autoritario, o por la supremacía papal. «Pero en última instancia -escribe el profesor Clarence H. Miller en la introducción a la edición crítica del De Tristitia Christi-, Moro no murió por ningún principio o idea o tradición, ni siquiera doctrina, sino por una per-sona, por Cristo. Como Bolt hace decir a Moro en la obra de teatro: Well... finally it isnt't a matter of reason; finally it is a matter of love. Y si para Moro ese amor era amor a la Iglesia, lo era solamente en la medida en que la Iglesia está formada por personas cristianas en las que Cristo está presente y que constituyen el Cuerpo místico de Cristo»26.

Que Tomás Moro murió por amor a Cristo es algo evidente; pero nunca me ha gustado del todo la frase de Bolt en su conocida obra de teatro sobre el Canciller (que Miller cita) ni la afirmación (susceptible de ser mal comprendida) de que Moro no murió por ningún «principio o idea o tradición, ni siquiera doctrina». Moro murió por Cristo, no hay duda; y fue su amor a Cristo el que le mantuvo fiel hasta el final Pero, al mismo tiempo, no murió «por amor a Cristo» in abs-tracto, pues nadie le exigió renegar de ese amor suyo personal. Ni tampoco fue el motivo de su martirio la humanidad de Cristo o su divinidad o su presencia real en la Eucaristía; murió por aceptar y defender la supre-macía espiritual del Romano Pontífice, es decir, por una idea enseñada por Cristo, por una idea, principio, tradición y doctrina mantenida desde siempre en cl seno de la Iglesia Católica, como él mismo había mostrado y defendido tantas otras veces en sus obras con su pluma. Le sostenía el amor personal a Cristo, pero murió por una verdad, al mismo tiempo particular y universal, como aceptará cualquiera que sepa algo de Teología (y es muy cierto, como ha dicho algún histo-riador, que sin saber Teología no se puede entender el siglo XVI). Tomás Moro amaba a Cristo y comprendió que negar aquella verdad o punto doctrinal equivalía a renegar de Cristo. Quien tenga duda, lea una composi-ción de Moro titulada Quod pro fide mors fugienda non est.27

El peso de su carácter, de su honestidad, de su for-mación jurídica y sus quince meses en prisión es abru-mador en lo que respecta a sus razones defendiendo tal verdad católica. La conducta de Moro en la confusión de aquellas primeras décadas del xvi disipa muchos in-terrogantes. «Se dan circunstancias en las que un hom-bre puede perder la cabeza y aun así no sufrir daño al-guno; por el contrario, en lugar de daño, ganar un bien inestimable de manos de Dios»28. Pocos como Moro han puesto al descubierto con su muerte que el amor a Cristo no es «irrazonable» ni mero asunto sentimental. Su fe fue tan sobrenatural como razonable y libre, y este punto brilla, precisamente, en su última obra de prisión. Al comentar, por ejemplo, el pasaje en que Pe-dro amputó una oreja de Malco, el humanista y santo inglés insiste en que Maleo es figura de la razón hu-mana «que debe gobernar en el hombre como un rey, y verdaderamente reina cuando se sujeta a sí misma en el obsequio de la fe y sirve a Dios. Y servir a Dios es reinar»29. The fields in won. «La batalla está ganada.» Hilaire Belloc escribió que la tarea de cualquiera que se inte-rese por Tomás Moro debe ser «entender cómo era por dentro, qué tipo de victoria fue la que ganó y cómo lo que él era y la victoria que ganó explican la época»30. Ocurre además, en el caso de Tomás Moro, que su figura, su vida y su muerte se resisten a no ser más que materia de estudio erudito. Moro no sólo explica buena parte de cuanto ocurrió en aquellas décadas del XVI, tan decisivas en la historia. Su ejemplo

sigue siendo para el verdadero conocedor moreano algo más vital que la erudición, puesto que es el fin de ella; y sin duda más importante, ya que el ejemplo de Moro atañe a aquellas decisiones temporales que hacen posible la conviven-cia en la tierra mientras tejen silenciosas el destino su-pratemporal y eterno.
Conocer y aun moverse a gusto entre los bártulos de la historia (tantas veces antigüedades exquisitas) sin pretender realmente tomar en serio las cosas serias de la historia, sería una limitación muy triste y árida. El hu-manismo moreano, al menos, no entendía así el trabajo intelectual ni la investigación o la erudición. De cual-quier modo, la fama de Santo Tomás Moro sigue cre-ciendo, y en estas últimas décadas el interés y la atrac-ción casi magnética hacia el hombre y su época, tanto en el terreno popular como en el académico y erudito, alcanzan proporciones que convierten en realidad unas viejas palabras de G. K. Chesterton, más profundas de lo que su primera lectura pudiera dar a entender: «Puede que venga a ser el más grande de los ingleses, o, al menos, el más grande de los caracteres históricos en la historia inglesa, porque fue, por encima de cual-quier otra cosa, histórico.» La agonía de Cristo es el testamento de Tomás Moro como humanista y como cristiano, como hombre leal y santo en medio de todos los afanes nobles del mundo, incluso en la turbulencia del poder y de la polí-tica. En sus páginas se manifiesta la energía viril de su vida cristiana junto con la agilidad de su formación cul-tural y literaria, su alma poética, su afición por el estu-dio dramático de los caracteres, la contemplación sobre el fluir de los sucesos en la historia de los hombres. Testamento, en fin, admirable de su fe católica, tan so-brenatural y heroica como razonable y libre, de su firme esperanza y de su ardiente caridad. Sus propias palabras al comentar la audacia del joven adolescente siguiendo a Cristo, y así delatándose, bien podrían re-petirse como resumen de esta hermosa, afectiva y seria contemplación de Cristo agonizante: Sed quam difficile est dissimulare quum ames! «Cuando se ama, ¡qué di-fícil es disimularlo!

ALVARO DE SILVA.

I. SOBRE LA TRISTEZA, AFLICCIÓN, MIEDO Y ORACIÓN DE CRISTO ANTES DE SER CAPTURADO (MT 26, MC 14, LC 22, LO 18)

Oración y mortificación con Cristo

«Y dicho el himno de acción de gracias, salieron hacia el monte de los Olivos»'. Aunque había hablado de tantas cosas santas durante la cena con sus Apóstoles, sin embargo, y a punto de marchar, quiso acabarla con una acción de gracias. ¡Ah!, qué poco nos parecemos a Cristo aunque llevemos su nombre y nos llamemos cristianos. Nuestra conversación en las comidas no sólo es tonta y superficial (incluso por esta negligencia advirtió Cristo que deberemos rendir cuenta), sino que a menudo es también perniciosa, y una vez llenos de comida y bebida dejamos la mesa sin acordarnos de Dios y sin darle gracias por los bienes que nos ha otorgado. Un hombre sabio y piadoso, que fue egregio investigador de los temas sagrados y arzobispo de Burgos*, da algunos argumentos convincentes para mostrar que el himno que Cristo recitó con los Apóstoles consistía en aquellos seis salmos que los hebreos llaman el «gran aleluya», es decir, el salmo 112 y los cinco restantes. Es una costumbre antiquísima que han seguido para dar gracias en la fiesta de Pascua y en otras fiestas importantes. Incluso en nuestros días siguen usando este himno para las mismas fiestas. Por lo que se refiere a los cristianos, aunque solíamos decir diferentes himnos de bendición y acción de gracias según las épocas del año, cada uno apropiado a su época, ahora hemos permitido que casi todos estén en desuso. Nos quedamos tan contentos diciendo dos o tres palabrejas, cuales-quiera que sean, e incluso ésas las susurramos descui-dadamente y bostezando con indolencia.
Salieron hacia el monte de los Olivos, y no a la cama. El profeta decía: «En mitad de la noche me levanté para rendirte homenaje»2, pero Cristo ni siquiera se reclinó sobre el lecho. Ojalá pudiéramos nosotros, por lo menos, aplicarnos con verdad este otro texto: «Me acordé de ti cuando descansaba sobre mi cama». Y no era el tiempo veraniego cuando Cristo, después de cenar, se dirigió hacia el monte. Porque no debía ocurrir todo esto mucho más tarde del equinocio de invierno, y aquella noche hubo de ser fría, como muestra la circunstancia de que los servidores se calentaban junto a las brasas en el patio del sumo pontífice. Ni tampoco era ésta la primera vez que Cristo hacía tal cosa, como claramente atestigua el evangelista al escri-bir secundum consuetudinem, «según su costumbre»4. Subió a una montaña para rezar, significando así que, al disponernos a hacer oración, hemos de elevar nuestras mentes del tumulto de las cosas temporales hacia la contemplación de las

divinas. El mismo monte de los Olivos tampoco carece de misterio, plantado como estaba con olivos. La rama de olivo era general-mente empleada como símbolo de paz, aquella que Cristo vino a establecer de nuevo entre Dios y el hom-bre después de tan larga separación. El aceite que se extrae del olivo representa la unción del Espíritu: Cristo vino y volvió a su Padre con el propósito de enviar el Espíritu Santo sobre los discípulos, de tal modo que su unción pudiera enseñarles todo aquello que no hubieran podido sobrellevar si se lo hubiera dicho antes.

«Marchó a la otra parte del torrente Cedrón, a un huerto llamado Getsemaní». Corre el Cedrón entre la ciudad de Jerusalén y el monte de los Olivos, y el vocablo «Cedrón» significa en lengua hebrea «tristeza», mientras que «Getsemaní» quiere decir «valle muy fértil» y también «valle de olivos». No se ha de pensar que es simple casualidad el hecho de que los evangelios recordaran con tanto cuidado estos nombres. De lo contrario, hubieran considerado suficiente indicar que fue al monte de los Olivos, a no ser que Dios hubiera escondido bajo estos nombres algunos misteriosos significados que hombres estudiosos, con la ayuda del Espí-ritu Santo, intentarían descubrir, por el simple hecho de ser mencionados. Dado que ni una sílaba puede considerarse vana o superflua en un escrito inspirado por el Espíritu Santo mientras los Apóstoles escribían, y dado el hecho de que ni siquiera un pájaro cae a tierra fuera del orden querido por Dios, me es imposible pensar que los evangelistas mencionaran estos nombres de manera fortuita, o bien que los judíos los asignaran a lugares (cualquiera que fuese su intención al hacerlo) sin un plan escondido del Espíritu Santo, que guardó en tales nombres un depósito de misterios para que fueran de-senterrados más adelante.

«Cedrón» significa tanto «tristeza» como «negrura u oscuridad», y da nombre no sólo al torrente mencionado por los evangelistas, sino también -como consta con claridad- al valle por el que corre el torrente y que separa a Getsemaní de la ciudad. Así, todos estos nombres evocan a la memoria (a no ser que nos lo impida ver nuestra somnolencia) la realidad de que mientras estamos distantes del Señor, como dice el Apóstol6, y antes de llegar al monte fructífero de los Olivos y a la agradable finca de Getsemaní -cuyo aspecto no es triste y áspero, sino fértil en toda clase de alegrías-, debemos cruzar el valle y la corriente del Cedrón. Un valle de lágrimas y un torrente de tristeza, en cuyas aguas puedan limpiarse la suciedad y negrura de nues-tros pecados. Mas, si cansados y abrumados con dolor y llanto intentamos perversamente cambiar este mundo, este lugar de trabajo y de sacrificio, en puerto de frívolo descanso; si buscamos el paraíso en la tierra, entonces nos apartamos y huimos para siempre de la verdadera felicidad, y buscaremos la penitencia cuando ya es demasiado tarde, y nos veremos además envuel-tos en tribulaciones intolerables e interminables. Esta es la lección saludable de la que estos nombres nos advierten, tan oportunamente escogidos están. Y como las palabras de la Sagrada Escritura no están atadas a un solo sentido, sino cargadas con otros misterio-sos, estos nombres de lugares armonizan bien con la historia de la Pasión de Cristo. Parece como si sólo por esta razón la eterna providencia de Dios se hubiera cui-dado de que esos lugares recibieran tales nombres, que serían, siglos después, señales anunciadoras de su Pasión. El que «Cedrón» signifique «ennegrecido», ¿no parece querer recordar aquella predicción del profeta sobre Cristo, anunciando que entraría en su gloria por un suplicio ignominioso, y que quedaría desconocido por las contusiones y los cardenales, la sangre, los es-cupitajos y la suciedad hasta tal grado que «no hay forma ni belleza en su rostro»?7. Y que el nombre del torrente que cruzó no en vano significa «triste» es algo que el mismo Cristo atestiguó al decir: «Mi alma está triste con tristeza de muerte.» «Y le siguieron también sus discípulos», es decir, los once que habían quedado con Él. El diablo había entrado en el otro Apóstol después de cenar, y afuera también éste marchó, mas no para seguir como discípulo al maestro, sino para perseguirle, como un traidor. Bien se cumplían en él aquellas palabras de Cristo: «El que no está conmigo está en contra de mí»8. En contra de Cristo ciertamente estaba porque en ese mismo momento tramaba insidias para atraparle, mientras el resto de los discípulos le seguían para rezar. Sigamos nosotros a Cristo y supliquemos al Padre con Él. No imite-mos la conducta de Judas, abandonando a Cristo después de haber participado de sus favores y haber cenado espléndidamente con Él, para que no caiga so-bre nosotros aquella profecía: «Si veías al ladrón te ibas con él»9.

«Judas, que le entregaba, conocía bien el sitio por-que solía Jesús retirarse muchas veces a él con sus dis-cípulos»'°. Una vez más los evangelistas aprovechan la ocasión -al mencionar al traidor- para subrayar, y así grabar en nosotros, aquella santa costumbre de Cristo de retirarse con sus discípulos para hacer oración. Si hubiera ido allí únicamente algunas veces y no frecuentemente, no hubiera estado el traidor tan seguro como estaba de encontrar allí al Señor, hasta el punto de llevar a los servidores del sumo sacerdote y a la cohorte de soldados romanos, como si todo se hubiera acordado de antemano. Caso de que hubieran visto que no estaba todo previsto, hubieran juzgado que Judas se burlaba de ellos, y no le habrían dejado marchar im-pune. Y yo me pregunto: ¿dónde están esos que se creen grandes hombres y se glorían de sí mismos como si hi-cieran algo extraordinario cuando, en las vigilias de algunas fiestas importantes, prolongan un poco más la oración en la noche o se levantan temprano para la oración de la mañana? Cristo, nuestro Salvador, tenía como costumbre pasar noches enteras en oración, sin dormir. ¿Dónde están los que le llamaban glotón porque no rechazaba la invitación a los banquetes de los publicanos ni despreciaba

a los pecadores? ¿Dónde están aquellos que juzgando su moral con rigidez farisaica no la consideraban mejor que la moral de la chusma?
Mientras tristes y amargados rezaban los hipócritas en las esquinas de las plazas para ser vistos por los hom-bres, Él, apacible y amable, almorzaba con pecadores para ayudarles a cambiar sus vidas. Y, además, solía pasar la noche rezando al descubierto, bajo el cielo, mientras el fariseo hipócrita roncaba a pierna suelta en la blandura de su lecho. ¡Ojalá aquellos de nosotros que, esclavizados en tal forma por la pereza no podemos imitar este ejemplo de nuestro Salvador, tuviéramos, por lo menos, el deseo de traer a la memoria -precisamente mientras nos damos la vuelta en la cama medio dormidos- estas sus noches enteras en oración! Ojalá aprovecháramos esos momentos mientras esperamos al sueño para dar gracias a Dios, para pedirle más gracias y para condenar nuestra apatía y pereza. Estoy seguro de que si hiciéramos el propósito de adquirir el hábito e intentarlo aunque sólo fuera un poco, pero con cons-tancia, en breve tiempo nos concedería Dios dar un gran paso y aumentar el fruto.

La angustia de Cristo ante la muerte

«Y dijo a los discípulos: Sentaos aquí mientras yo voy más allá y hago oración. Y llevándose consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entriste-cerse y a angustiarse. Y les dijo entonces: Mi alma está triste hasta la muerte. Aguardad aquí y velad conmigo»11. Después de mandar a los otros ocho Apóstoles que se quedaran sentados en un lugar, Él siguió más allá, llevando consigo a Pedro, a Juan y a su hermano Santiago, a los que siempre distinguió del resto por una mayor intimidad. Aunque no hubiera tenido otro motivo para hacerlo que el haberlo querido así, nadie tendría razón para la envidia por causa de su bondad. Pero tenía motivos para comportarse de esta manera, y los debió de tener presentes. Destacaba Pedro por el celo de su fe, y Juan por su virginidad, y el hermano de éste, Santiago, sería el primero entre ellos en padecer marti-rio por el nombre de Cristo. Estos eran, además, los tres Apóstoles a los que se les había concedido contemplar su cuerpo glorioso. Era, por tanto, razonable que estu-vieran muy próximos a Él, en la agonía previa a su Pa-sión, los mismos que habían sido admitidos a tan maravillosa visión, y a quienes Él había recreado con un destello de la claridad eterna porque convenía que fue-ran fuertes y firmes.
Avanzó Cristo unos pasos y, de repente, sintió en su cuerpo un ataque tan amargo y agudo de tristeza y de dolor, de miedo y pesadumbre, que, aunque estuvieran otros junto a Él, le llevó a exclamar inmediatamente palabras que indican bien la angustia que oprimía su corazón: «Triste está mi alma hasta la muerte.» Una mole abrumadora de pesares empezó a ocupar el cuerpo bendito y joven del Salvador. Sentía que la prueba era ahora ya algo inminente y que estaba a punto de volcarse sobre Él: el infiel y alevoso traidor, los enemigos enconados, las cuerdas y las cadenas, las calumnias, las blasfemias, las falsas acusaciones, las espinas y los golpes, los clavos y la cruz, las torturas horribles prolongadas durante horas. Sobre todo esto le abrumaba y dolía el espanto de los discípulos, la perdi-ción de los judíos, e incluso el fin desgraciado del hom-bre que pérfidamente le traicionaba. Añadía además el inefable dolor de su Madre queridísima. Pesares y su-frimientos se revolvían como un torbellino tempes-tuoso en su corazón amabilísimo y lo inundaban como las aguas del océano rompen sin piedad a través de los diques destrozados.
Alguno podrá quizá asombrarse, y se preguntará cómo es posible que nuestro salvador Jesucristo, siendo verdaderamente Dios, igual a su Padre Todopoderoso, sintiera tristeza, dolor y pesadumbre. No hubiera podido padecer todo esto si siendo como era Dios, lo hubiera sido de tal manera que no fuese al mismo tiempo hombre verdadero. Ahora bien, como no era menos verdadero hombre que era verdaderamente Dios, no veo razón para sorprendernos de que, al ser hombre de verdad, participara de los afectos y pasiones naturales de los hombres (afectos y pasiones, por su-puesto, ausentes en todo de mal o de culpa). De igual modo, por ser Dios, hacía portentosos milagros. Si nos asombra que Cristo sintiera miedo, cansancio y pena, dado que era Dios, ¿por qué no nos sorprende tanto el que sintiera hambre, sed y sueño? ¿No era menos ver-dadero Dios por todo esto`? Tal vez, se podría objetar: «Está bien. Ya no me causa extrañeza que experimentara esas emociones y estados de ánimo, pero no puedo explicarme el que de-seara tenerlas de hecho. Porque Él mismo enseñó a los discípulos a no tener miedo a aquellos que pueden ma-tar el cuerpo y ya no pueden hacer nada más. ¿Cómo es posible que ahora tenga tanto miedo de esos hombres y, especialmente, si se tiene en cuenta que nada sufriría su cuerpo si Él no lo permitiera? Consta, además, que sus mártires corrían hacia la muerte prestos y alegres, mostrándose superiores a tiranos y torturadores, y casi insultándoles. Si esto fue así con los mártires de Cristo, ¿cómo no ha de parecer extraño que el mismo Cristo se llenara de terror y pavor, y se entristeciera a medida que se acercaba el sufrimiento? ¿No es acaso Cristo el primero y el modelo ejemplar de los mártires todos? Ya que tanto le gustaba primero hacer y luego enseñar, hubiera sido más lógico haber asentado en esos momen-tos un buen ejemplo para que otros aprendieran de Él a sufrir gustosos la muerte por causa de la verdad. Y

también para que los que más tarde morirían por la fe con duda y miedo no excusaran su cobardía imaginando que siguen a Cristo, cuando en realidad su reluctancia puede descorazonar a otros que vean su temor y tristeza, rebajando así la gloria de su causa.»

Estos y otros que tales objeciones ponen no acier-tan a ver todos los aspectos de la cuestión, ni se dan cuenta de lo que Cristo quería decir al prohibir a sus discípulos que tuvieran miedo a la muerte. No quiso que sus discípulos no rechazaran nunca la muerte, sino, más bien, que nunca huyeran por miedo de aquella muerte «temporal», que no durará mucho, para ir a caer, al renegar de la fe, en la muerte eterna. Quería que los cristianos fuesen soldados fuertes y prudentes, no tontos e insensatos. El hombre fuerte aguanta y resiste los golpes, el insensato ni los siente siquiera. Sólo un loco no teme las heridas, mientras que el prudente no permite que el miedo al sufrimiento le separe jamás de una conducta noble y santa. Sería escapar de unos do-lores de poca monta para ir a caer en otros mucho más dolorosos y amargos.

Cuando un médico se ve obligado a amputar un miembro o cauterizar una parte del cuerpo, anima al enfermo a que soporte el dolor, pero nunca intenta persuadirle de que no sentirá ninguna angustia y miedo ante el dolor que el corte o la quemadura causen. Ad-mite que será penoso, pero sabe bien que el dolor será superado por el gozo de recuperar la salud y evitar do-lores más atroces.

Aunque Cristo nuestro Salvador nos manda tolerar la muerte, si no puede ser evitada, antes que separarnos de Él por miedo a la muerte (y esto ocurre cuando negamos públicamente nuestra fe), sin embargo, está tan lejos de mandarnos hacer violencia a nuestra naturaleza (como sería el caso si no hubiéramos de temer en abso-luto la muerte), que incluso nos deja la libertad de esca-par si es posible del suplicio, siempre que esto no reper-cuta en daño de su causa. «Si os persiguen en una ciudad dice-, huid a otra». Esta indulgencia y cauto con-sejo de prudente maestro fue seguido por los Apóstoles y por casi todos los grandes mártires en los siglos poste-riores. Es difícil encontrar uno que no usara este permiso en un momento u otro para salvar la vida y prolongarla, con gran provecho para sí y para otros muchos, hasta que se aproximara el tiempo oportuno según la oculta provi-dencia de Dios. Hay también valerosos campeones que tomaron la iniciativa profesando públicamente su fe cris-tiana aunque nadie se lo exigiera; e incluso llegaron a exponerse y ofrecerse a morir aunque tampoco nadie les forzara. Así lo quiere Dios que aumenta su gloria, unas veces, ocultando las riquezas de la fe para que quienes traman contra los creyentes piquen el anzuelo; y otras, haciendo ostentación de esos tesoros de tal modo que sus crueles perseguidores se irriten y exasperen al ver sus esperanzas frustradas, y comprueben con rabia que toda su ferocidad es incapaz de superar y vencer a quienes gustosamente avanzan hacia el martirio.

Sin embargo, Dios misericordioso no nos manda trepar a tan empinada y ardua cumbre de la fortaleza; así que nadie debe apresurarse precipitadamente hasta tal punto que no pueda volver sobre sus pasos poco a poco, poniéndose en peligro de estrellarse de cabeza en el abismo si no puede alcanzar la cumbre. Quienes son llamados por Dios para esto, que luchen por conseguir lo que Dios quiere y reinarán vencedores. Mantiene ocultos los tiempos y las causas de las cosas, y cuando llega el momento oportuno saca a la luz el arcano te-soro de su sabiduría que penetra todo con fortaleza y dispone todo con suavidad. Por consiguiente, si alguien es llevado hasta aquel punto en que debe tomar una decisión entre sufrir tormento o renegar de Dios, no ha de dudar que está en medio de esa angustia porque Dios lo quiere. Tiene de este modo el motivo más grande para esperar de Dios lo mejor: o bien Dios le librará de este combate, o bien le ayudará en la lucha, y le hará vencer para coronarlo como triunfador. Porque «fiel es Dios que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, sino que de la misma prueba os hará sacar provecho para que podáis sosteneros».

Si enfrentado en lucha cuerpo a cuerpo con el dia-blo, príncipe de este mundo, y con sus secuaces, no hay modo posible de escapar sin ofender a Dios, tal hombre -en mi opinión- debe desechar todo miedo; yo le mandaría descansar tranquilo lleno de esperanza y de confianza, «porque disminuirá la fortaleza de quien desconfíe en el día de la tribulación»14. Pero el miedo y la ansiedad antes del combate no son reprensibles, en la medida en que la razón no deje de luchar en su contra, y la lucha en sí misma no sea criminal ni pecaminosa. No sólo no es el miedo reprensible, sino al con-trario, inmensa y excelente oportunidad para merecer. ¿O acaso imaginas tú que aquellos santos mártires que derramaron su sangre por la fe no tuvieron jamás miedo a los suplicios y a la muerte? No me hace falta elaborar todo un catálogo de mártires: para mí el ejem-plo de Pablo vale por mil.

Si en la guerra contra los filisteos David valía por diez mil, no cabe duda de que podemos considerar a Pablo como si valiera por diez mil soldados en la batalla por la fe contra los perseguidores infieles. Pablo, fortísimo entre los atletas de la fe, en quien la esperanza y el amor a Cristo habían crecido tanto que no dudaba en absoluto de su premio en el cielo, fue quien dijo: «He luchado con valor, he concluido la carrera, y ahora una corona de justicia me está reservada»15. Tan ardiente era el deseo que le llevó a escribir: «Mi vivir es Cristo, y morir, una ganancia»16. Y también: «Anhelo verme libre de las ataduras del cuerpo y estar con Cristo»17. Sin embargo, y junto a todo esto, ese mismo Pablo no sólo procuró escapar con gran habilidad, y gracias al tribuno, de las insidias de los judíos, sino que también se libró de la cárcel declarando y haciendo va-ler su ciudadanía romana; eludió la crueldad de los ju-díos apelando al César, y escapó de las manos sacríle-gas del rey Aretas

dejándose deslizar por la muralla metido en una cesta. Alguien podría decir que Pablo contemplaba en esas ocasiones el fruto que más tarde había de sembrar con sus obras, y que además, en tales circunstancias, jamás le asustó el miedo a la muerte. Le concedo am-pliamente el primer punto, pero no me aventuraría a afirmar estrictamente el segundo. Que el valeroso cora-zón del Apóstol no era impermeable al miedo es algo que él mismo admite cuando escribe a los corintios: «Así que hubimos llegado a Macedonia, nuestra carne no tuvo descanso alguno, sino que sufrió toda suerte de tribulaciones, luchas por fuera, temores por dentro»18. Y escribía en otro lugar a los mismos: «Estuve entre vosotros en la debilidad, en mucho miedo y temor19'. Y de nuevo: «Pues no queremos, hermanos, que ignoréis las tribulaciones que padecimos en Asia, ya que el peso que hubimos de llevar superaba toda medida, más allá de nuestras fuerzas, hasta tal punto que el mismo hecho de vivir nos era un fastidio»20.
¿No escuchas en estos pasajes, y de la boca del mismo Pablo, su miedo, su estremecimiento, su cansancio, más insoportable que la misma muerte, hasta tal punto que nos recuerda la agonía de Cristo y presenta una imagen de ella? Niega ahora si puedes que los mártires santos de Cristo sintieron miedo ante una muerte espantosa. Ningún temor, sin embargo, por grande que fuera, pudo detener a Pablo en sus planes para extender la fe; tampoco pudieron los consejos de los discípulos disuadirle para que no viajara a Jerusalén (viaje al que se sentía impulsado por el Espíritu de Dios), incluso aunque el profeta Agabo le había predicho que las cadenas y otros peligros le aguardaban allí.
El miedo a la muerte o a los tormentos nada tiene de culpa, sino más bien de pena: es una aflicción de las que Cristo vino a padecer y no a escapar. Ni se ha de llamar cobardía al miedo y horror ante los suplicios. Sin embargo, huir por miedo a la tortura o a la misma muerte en una situación en la que es necesario luchar, o también, abandonar toda esperanza de victoria y entregarse al enemigo, esto, sin duda, es un crimen grave en la disciplina militar. Por lo demás, no importa cuán per-turbado y estremecido por el miedo esté el ánimo de un soldado; si a pesar de todo avanza cuando lo manda el capitán, y marcha y lucha y vence al enemigo, ningún motivo tiene para temer que aquel su primer miedo pueda disminuir el premio. De hecho, debería recibir incluso mayor alabanza, puesto que hubo de superar no sólo al ejército enemigo, sino también su propio temor; y esto último, con frecuencia, es más difícil de vencer que el mismo enemigo.

La Humanidad de Cristo

Por lo que se refiere a Cristo nuestro Salvador, lo que ocurrió poco después muestra qué lejos estaba de dejarse arrastrar por la tristeza, el miedo o el cansan-cio, y no obedecer el mandato de su Padre, llevando con valentía a su término todo lo que antes temiera con miedo provechoso y prudente. Por más de una razón quiso Cristo padecer miedo y tristeza, tedio y pena. Digo que quiso, libremente, no que fue forzado, porque ¿quién puede forzar a Dios? Él mismo dispuso de modo admirable que su divinidad moderara el influjo en su humanidad de tal modo que pudiera admitir las pasiones de nuestra frágil naturaleza humana, y padecerlas con la intensidad que Él quisiera. Como decía, quiso hacerlo así por varias razones.
La primera fue llevar a cabo aquello para lo que vino a este mundo: dar testimonio de la verdad. Pues aunque fuera verdaderamente hombre y verdadera-mente Dios no han faltado quienes, al comprobar la verdad de su naturaleza humana en su hambre, sed, sueño, cansancio y otras cosas parecidas, falsamente se persuadieron a sí mismos de que no era verdadero Dios. No me refiero a los judíos y gentiles que enton-ces le rechazaban, sino más bien a aquellos que mucho tiempo después, y que incluso profesaron su fe y su nombre, herejes como Arrio y seguidores de su secta, negaron que Cristo fuera consustancial con el Padre, desencadenando así contiendas en la Iglesia durante años. Contra plagas como ésta opuso Cristo un poderoso antídoto: el depósito sin fin de sus milagros. Pero apareció un peligro igual en el otro extremo, como quien tras escapar de Scilla viene a caer en Caribdis. Hubo, en efecto, quienes fijaron su atención de tal modo en la gloria de sus señales y poderes que, ofuscados y aturdi-dos por aquel inmenso esplendor, acabaron negando que Cristo fuera un hombre verdadero. Aumentando el número de los que así pensaban hasta formar una secta, no cejaron en su esfuerzo por escindir la unidad santa de la Iglesia católica, destruyéndola y rompiéndola con su desgraciada sedición. Esta insensata postura, no me-nos peligrosa que falsa, buscar minar y trastocar com-pletamente (en la medida en que pueden) el misterio de la redención del género humano. Tratan de cortar y se-car la fuente de donde mana nuestra salvación, esto es, la pasión y muerte del Salvador.
Para curar esta enfermedad mortífera, el mejor y más comprensivo de los médicos quiso experimentar en sí mismo la tristeza, el cansancio, el miedo a las torturas, mostrando por medio de estos indicios de humana debilidad que era verdaderamente un hombre.
Vino además a este mundo a ganar para nosotros la alegría por su propio dolor: y ya que nuestra felicidad será consumada en el cielo tanto en el alma como en el cuerpo, quiso de esta manera padecer no sólo el dolor de la tortura corporal, sino experimentar también en su alma, y de la forma

más cruda y amarga, la tristeza, el miedo y el tedio. Lo hizo en parte para unirnos más a Él, por razón de todo cuanto padecía por nosotros; y, en parte, para advertirnos cuán equivocados estamos al rechazar el dolor por su causa (ya que Él libremente so-portó tanto e inmenso dolor por la nuestra), o al tolerar de mala gana el castigo merecido por nuestros pecados: porque vemos a nuestro Salvador padeciendo por su propia voluntad toda esa gama de tormentos corporales y mentales, y no porque los hubiera merecido por una ofensa suya, sino exclusivamente para liberarnos de la maldad que sólo nosotros cometimos.
Una última razón, y dado que nada se le ocultaba a su conocimiento eterno, se encuentra en el hecho de que sabía que habría en la Iglesia personas de diversos temperamentos y condiciones. Y aunque la sola natura-leza sin la ayuda de la gracia nada puede hacer para sobrellevar el martirio (el Apóstol dice que ni siquiera se puede exclamar «Jesús es el Señor» si no es en el Espíritu), sin embargo, Dios no da la gracia a los hombres de tal modo que se suspendan las funciones y procesos de la naturaleza. O bien permite que la naturaleza se acomode a la gracia y la sirva de tal modo que la obra buena sea hecha con más facilidad, o, caso de que la naturaleza esté dispuesta a resistir, Dios hace que esta misma resistencia, vencida y subyugada por la gracia, aumente el mérito de la obra, precisamente en razón de que era difícil de llevar a cabo.
Sabía Cristo que muchas personas de constitución débil se llenarían de terror ante el peligro de ser torturadas, y quiso darles ánimo con el ejemplo de su propio dolor, su propia tristeza, su abatimiento y miedo inigualable. De otra manera, desanimadas esas personas al comparar su propio estado temeroso con la intrépida audacia de los más fuertes mártires, podrían llegar a conceder sin más aquello que temen les será de todos modos arrebatado por la fuerza. A quien en esta situa-ción estuviera, parece como si Cristo se sirviera de su propia agonía para hablarle con vivísima voz:
-«Ten valor, tú que eres débil y flojo, y no desesperes. Estás atemorizado y triste, abatido por el cansancio y el temor al tormento. Ten confianza. Yo he vencido al mundo, y a pesar de ello sufrí mucho más por el miedo y estaba cada vez más horrorizado a medida que se avecinaba el sufrimiento. Deja que el hombre fuerte tenga como modelo mártires magnánimos, de gran va-lor y presencia de ánimo. Deja que se llene de alegría imitándolos. Tú, temeroso y enfermizo, tómame a Mí como modelo. Desconfiando de ti, espera en Mí. Mira cómo marcho delante de ti en este camino tan lleno de temores. Agárrate al borde de mi vestido, y sentirás fluir de él un poder que no permitirá a la sangre de tu corazón derramarse en vanos temores y angustias; hará tu ánimo más alegre, sobre todo cuando recuerdes que sigues muy de cerca mis pasos -fiel soy, y no permi-tiré que seas tentado más allá de tus fuerzas, sino que te daré, junto con la prueba, la gracia necesaria para soportarla-, y alegra también tu ánimo cuando recuer-des que esta tribulación leve y momentánea se convertirá en un peso de gloria inmenso. Porque los sufrimientos de aquí abajo no son comparables con la gloria futura que se manifestará en ti. Saca fuerza de la consideración de todo esto y arroja el abatimiento y la tristeza, el miedo y el cansancio, con el signo de mi cruz y como si sólo fueran vanos espectros en las tinieblas. Avanza con brío y atraviesa los obstáculos firmemente confiado en que yo te apoyaré y dirigiré tu causa hasta que seas proclamado vencedor. Te premiaré entonces con la corona de la victoria.» Entre las razones por las que nuestro Salvador tomó sobre sí mismo las pasiones de la natural debilidad humana, esta última de la que acabo de hablar no es menos digna de consideración. Quiero decir que de ver-dad se hizo débil por causa del débil, para poder así atender a otros hombres débiles gracias, precisamente, a su propia debilidad. Tan impresa tenía en su corazón la preocupación por nuestra felicidad que todo el proceso de su agonía no parece haber sido delineado sino para dejar bien asentada toda una disciplina de lucha y un método para el soldado que, débil y temeroso, necesita ser empujado -por así decir- al martirio.

¿Cómo es nuestra oración?

Para enseñar que en el peligro o en una dificultad que acecha hemos de pedir a otros que vigilen y recen, poniendo al mismo tiempo nuestra confianza en sólo Dios; y también con la intención de mostrar que tomaría el cáliz amargo de la cruz Él solo, en soledad y sin otra compañía, mandó a aquellos tres Apóstoles que Él había entresacado de los once y llevado al pie de la montaña, que se quedaran allí, firmes y vigilando con Él. Después se retiró como un tiro de piedra. «Alejándose un poco adelante, se postró en tierra, caído sobre su rostro, y suplicaba que, si ser pudiese, se alejara de Él aquella hora: ¡Padre, Padre mío!, decía, todas las cosas te son posibles. Aparta de Mí este cáliz, mas no sea lo que Yo quiero, sino lo que Tú»21.Lo primero que enseña Cristo Rey, y con su propio ejemplo, a quien quiera luchar por Él es la virtud de la humildad, fundamento de las demás virtudes y que permite a uno remontarse hacia las más altas metas con paso seguro. Siendo Cristo, en cuanto Dios, igual al Padre, se presenta ante Dios Padre humildemente por ser también hombre, y se postra así en el suelo. Paremos, lector, brevemente en este lugar para con-templar con devoción a nuestro rey, postrado en tierra en esa actitud de súplica. Si hacemos esto con verdadera atención, un rayo de aquella luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo iluminará nuestras inteligencias y veremos, reconoceremos, nos doleremos, y en algún momento llegaremos a corregir,

no diré ya la negligencia, la pereza o la apatía de nuestra vida, sino la falta de sentido común, la colmada estupidez, la idiotez o insensatez con la que nos dirigimos a Dios todopoderoso. En lugar de rezar con reverencia nos acercamos a Él de mala gana, perezosamente y me-dio dormidos; mucho me temo que así no sólo no le complacemos y ganamos su favor, sino que le irritamos y hasta provocamos seriamente su ira.

Sería muy de desear que, alguna vez, hiciéramos un esfuerzo especial, inmediatamente después de acabar un rato de oración, para traer de nuevo a la memoria todo lo que pensamos durante el tiempo que hemos estado rezando. ¿Qué locuras y necedades veríamos allí? ¿Cuánta vana distracción y, algunas veces, hasta asquerosidades- podríamos captar? Nos quedaríamos de verdad asombrados de que todo eso fuera posible; de que, en tan corto espacio de tiempo, pudiera la ima-ginación disiparse por tantos lugares, tan dispares y le-janos entre sí; o entre tantos asuntos y cosas tan variopintos como carentes de importancia. Si alguien (como quien hace un experimento) se propusiera esforzar su mente para distraerse en el mayor grado posible y de la manera más desordenada, estoy seguro que no lo logra-ría tan bien como de hecho lo hace nuestra imaginación cuando, medio abandonada, desvaría por todas partes mientras la boca masculla las horas del oficio y otras oraciones vocales muy usadas. Así, si uno se pregunta o tiene alguna duda sobre la actividad de su mente mientras los sueños conquistan la consciencia al dormir, no encuentro mejor comparación que ésta: su mente se ocupa de la misma manera que se ocupan las mentes de aquellos que están despiertos (si se puede decir que están «despiertos» los que de esta guisa rezan), pero cuyos pensamientos vagan descabelladamente durante la oración revoloteando con frenesí en un tropel de absurdas fantasías. Mas hay una diferencia con el que sueña dormido; porque algunas de las extra-ñas visiones del que sueña despierto (rezando), y que su imaginación abraza en sus viajes mientras la lengua corre por las oraciones como si fueran sonidos sin sen-tido, son monstruosidades tan sucias y abominables que, de haber sido vistas estando dormido, ciertamente nadie, por muy desvergonzado, se atrevería a contarlas al despertar; ni siquiera entre un grupo de golfos.

Y el viejo proverbio es sin duda verdadero: «que el rostro es el espejo del alma». En efecto, este estado de desorden e insensatez de la mente se refleja con nitidez en los ojos, en las mejillas, en los párpados y en las cejas, en las manos y en los pies, en suma, en el porte del cuerpo entero. Cuando nuestra cabeza deja de prestar atención, ocurre un fenómeno parecido con el cuerpo.

Pretendemos, por ejemplo, que la razón para llevar ves-tidos más ricos que los corrientes en los días de fiesta es el culto a Dios, pero la negligencia con que luego rezamos muestra claramente nuestro fracaso en el intento de encubrir el motivo verdadero, a saber, un altivo y vanidoso deseo de lucirnos delante de los demás. En nuestra dejadez y descuido tan pronto paseamos como nos sentamos en un banco; pero, incluso si rezamos de rodillas, procuramos apoyarnos sobre una sola rodilla, levantando la otra y descansando así sobre el pie; o ha-cemos colocar un buen almohadón bajo las rodillas, y algunas veces (depende de cuán flojos y consentidos seamos) incluso buscamos apoyar los codos sobre un almohadón confortable. Con toda esta precaución parecemos una casa ruinosa que amenaza derrumbarse de un momento a otro.

Por lo que se refiere a nuestra conducta, las mismas cosas que hacemos nos traicionan de mil maneras mostrando que la cabeza está ocupada en algo muy ajeno a la oración. Porque nos rascamos la cabeza, y limpiamos las uñas con un cortauñas, y con los dedos nos hurgamos las narices; y mientras tanto nos equivocamos en lo que hemos de responder. Al olvidar lo que hemos dicho y lo que todavía no hemos dicho, nos limitamos a adivinar a la buena ventura lo que queda por decir. ¿Acaso no nos da vergüenza rezar en estado mental y corporal tan falto de sentido común? ¿Cómo es posible que nos comportemos así en algo tan importante para nosotros como la oración? ¿De esa manera pedimos perdón por nuestras faltas suplicándole que nos libre del castigo eterno? Porque de tal modo rezamos que, incluso si no hubiéramos pecado antes, nos hacemos merecedores de castigos diez veces mayores al acercarnos a la majestad soberana de Dios con tan poco aprecio.

Imaginad, si queréis, que habéis cometido un cri-men de alta traición contra un príncipe o contra alguien que tiene vuestra vida en sus manos, pero tan misericordioso que está dispuesto a calmar su indignación si os ve arrepentidos y en actitud de humilde súplica. Imaginad que está decidido a conmutar la sentencia de muerte por una multa, o incluso, a perdonar del todo la ofensa con la sola condición de que le mostréis indi-cios convincentes de vergüenza y dolor. Suponed ahora que, llevados ante la presencia del príncipe, os adelan-táis y empezáis a hablar descuidadamente, sin interés alguno, como a quien no le importa nada lo que pasa; mientras él está quieto en su sitio y escucha con aten-ción, vosotros os movéis paseando de aquí para allá mientras exponéis vuestra situación. Cansados de deam-bular os sentáis en una silla; o si la cortesía y educa-ción exige que os rebajéis y arrodilléis en el suelo, mandáis primero que alguien venga y coloque un buen almohadón bajo las rodillas; o mejor todavía, le pedís que traiga un reclinatorio con más almohadillas para que apoyéis los codos. Luego, empezáis a bostezar, a desperezaros, a estornudar, y a escupir y eructar, sin más cuidado, los vapores de la glotonería. En fin, comportaros de tal modo que pueda el príncipe

ver con claridad en vuestro rostro, en vuestra voz, en vuestros gestos y en todo vuestro porte corporal que mientras a él os dirigís estáis con la cabeza en cosa y asunto muy distinto. Decidme: ¿qué de bueno podéis esperar de tal modo de rogar?
Consideraríamos, sin duda alguna, absurdo e insensato defendernos así ante un príncipe de la tierra por un delito que pide la pena capital. Y un tal poderoso, una vez destruido nuestro cuerpo, nada más puede hacer. ¿Podremos acaso pensar que estamos en nuestro sano juicio, si habiendo sido sorprendidos en toda una reata de crímenes y pecados, pedimos perdón tan altiva y desdeñosamente al rey de reyes, a Dios mismo que tiene poder, una vez destruido en cuerpo, para mandar cuerpo y alma juntos al infierno?
No deseo que nadie interprete lo que digo pensando que prohíbo rezar paseando o estando sentado o incluso cómodamente echado. No, y de hecho, cuánto me gustaría que cualquier cosa que hiciéramos y en cualquier postura del cuerpo, estuviéramos, al mismo tiempo, elevando constantemente nuestras mentes a Dios, que esta suerte de oración es la que más le agrada. Poco im-portan a dónde se dirijan nuestros pasos si nuestras cabezas están puestas en el Señor. Ni importa lo mucho que andemos porque nunca nos alejaremos bastante de Aquél que en todas partes está presente.
Mas, de la misma manera que aquel profeta dice a Dios: «Te tenía presente mientras yacía en mi lecho»22, y no se quedó contento con esto, sino que se levantó «en mitad de la noche para rendir homenaje al Señor»23, así sugeriría yo aquí que, además de lo que rezamos al andar, hagamos también aquella oración para la que hemos preparado nuestras mentes con más refle-xión, y para la que disponemos nuestro cuerpo con más respeto y reverencia que si hubiéramos de presentarnos ante todos los reyes de la tierra reunidos en un mismo lugar. Con toda verdad he de afirmar que cuando pienso en nuestra disipación mental durante la oración, mi alma se duele y apesadumbra.
De todas maneras, no hay que olvidar que algunas ideas que vienen mientras rezamos han podido ser su-geridas por un espíritu del mal, o bien se han deslizado en la imaginación por el natural funcionamiento de los sentidos. Ninguna de estas distracciones, por vil y horribles que sea, es falta grave si la resistimos y rechazamos. Pero, de lo contrario, si la aceptamos con gusto o por falta de cuidado permitimos que crezca en intensi-dad durante un rato, no tengo la más mínima duda de que su fuerza puede llegar a aumentar de tal manera que sea fatalmente perjudicial para el alma.
Al considerar la gloria sin medida de la majestad de Dios, me veo obligado a pensar que si estas distrac-ciones de la mente no son delitos punibles con la muerte, se debe sólo a que Dios, en su misericordia y bondad, no quiere exigir por ellas la muerte. Porque la malicia inherente a ellas las hace merecedoras de tal castigo, y ésta es la razón: no consigo imaginar cómo tales pensamientos aparecen en la mente de los hombres mientras rezan (es decir, cuando hablan con Dios) si no es por falta de fe o porque la fe es muy débil. Si procuramos no estar en Babia al dirigirnos a un príncipe sobre algún asunto importante (o con alguno de sus ministros en posición de cierta influencia), jamás debería entonces ocurrir que la cabeza se distrajera lo más mínimo mientras hablamos con Dios. No ocurrirá esto en absoluto si creyéramos con una fe viva y fuerte que estamos en presencia de Dios. Y Dios no sólo escucha nuestras palabras y mira nuestro rostro y porte externo como lugares de donde puede colegir nuestro estado interior, sino que penetra en los rinco-nes más secretos y recónditos del corazón, con una visión más aguda que los ojos de Linceo y que ilumina todo con el resplandor brillantísimo de su majestad. No ocurriría, repito, si creyéramos que Dios está presente. Aquel Dios en cuya gloriosa presencia todos los poderosos del mundo, en toda su gloria, deben confe-sar (a no ser que estén locos) no ser más que despreciables gusanos.

La oración de Cristo

Por consiguiente, ya que Cristo Salvador nuestro vio que nada hay más provechoso que la oración, y también que este medio de salvación sería a menudo infructuoso por la negligencia e insensatez de los hom-bres y la malicia de los demonios (de tal manera que, a veces, sería pervertido en instrumento de destrucción), decidió Él mismo aprovechar esta oportunidad, en su camino hacia la muerte, para reforzar su enseñanza con la palabra y con su propio ejemplo. Daba así los últimos toques a tema tan necesario (como hizo con otros temas de su catequesis). Deseaba que supiéramos bien que hemos de servir a Dios no sólo con el alma, sino también con el cuerpo, pues ambos fueron por Él creados. Quiso igualmente enseñarnos que una actitud respetuosa y reverente del cuerpo, aunque tiene su origen y toma su forma del alma, aumenta al mismo tiempo la propia reverencia de ésta y la devoción del hombre a Dios. Quiso así mostrar Él la más humilde forma de sujeción, y veneró a su Padre del cielo en una postura corporal que ningún po-deroso de la tierra se ha atrevido a reclamar, ni ha acep-tado para sí cuando se la han ofrecido voluntariamente (con la excepción de aquel macedonio, ebrio por el vino y la crápula, y algunos otros bárbaros que, ensoberbecidos por los triunfos, pensaron deberían ser venerados como dioses).
Cuando Cristo rezaba no se sentó ni se puso de pie, y ni siquiera de rodillas: se arrojó cuan largo era, con el rostro postrado en tierra. Después, continuando en postura que inspira tanta compasión,

imploró la misericordia de su Padre, y le llamaba una y otra vez con su nombre, rogándole que, ya que todo le era posible y movido ante su oración, apartara de Él aquel cáliz de su pasión caso de que no se hubiera decretado de modo inmutable. Y pedía también que su voluntad, tal como se expresa en esa oración, no fuera complacida si algo mejor parecía a la voluntad del Padre. No se ha de deducir de este pasaje que el Hijo ignorara la voluntad del Padre, sino que, deseando instruir a los hombres, quiso expresar también sentimientos muy humanos.

Al decir dos veces el nombre de Padre quería recordarnos que toda paternidad procede de Él, tanto en elcielo como en la tierra; y que Dios Padre es su Padre doblemente. Por creación, que es una cierta paternidad, pues venimos de Dios, que nos creó de la nada, de modo más verdadero que descendemos del padre humano que nos produjo; porque, de hecho, él fue creado a su vez por Dios, y Dios proveyó la materia de que fuimos engendrados. Cuando Cristo reconoció a Dios como Padre en este sentido, lo hacía en cuanto hombre. Por otra parte, en cuanto es Dios, lo reconoce como Padre natural y coeterno.

Otra razón para llamarle Padre dos veces puede ser ésta (y tal vez no esté lejos de ser cierta): no sólo que-ría reconocer que Dios Padre es su Padre natural en el cielo, sino también que no tiene otro Padre sobre la tierra, ya que fue concebido según la carne por una Virgen y Madre, sin intervención de varón, cuando el Espíritu Santo descendió sobre ella. El Espíritu es del Padre y del Hijo, cuyas obras coexisten en identidad y no pueden ser radicalmente distinguidas.

La repetición del nombre de Padre puede también enseñarnos una importante lección: cuando rezamos por algo y no lo recibimos no hemos de abandonar la oración, como hizo el rey Saúl, que, al no conseguir de inmediato un oráculo profético de Dios, recurrió a una pitonisa, mezclándose así en prácticas y brujerías prohibidas por la ley que él mismo había promulgado. Cristo enseña a perseverar en la petición sin murmurar, caso de que no obtengamos lo que buscábamos. Y en-seña esto con razón, porque Él no obtuvo el indulto de muerte que buscaba del Padre con tanta urgencia, pero, a la vez, siempre con la condición de que su voluntad estuviera en todo sujeta a la del Padre. En esto último hemos de imitarle de modo muy particular.

«Volvió después a sus discípulos y los encontró dormidos»24. En amor amori quid prestat, cuánto so-bresale y destaca un amor sobre el otro. El amor de Cristo por los suyos era mucho más grande que el amor con que ellos correspondían, incluso el de quienes más le amaban. Ni la tristeza, miedo, pavor o cansancio, que angustiosamente le afligían cuanto más cercano es-taba su cruel suplicio, le excusaron de ir a ver a sus amigos. Estos, aunque mucho le amaban (y sin duda le querían con locura), se durmieron con toda tranquilidad, y, precisamente, cuando un peligro tan grave se cernía sobre su Maestro.«Y dijo a Pedro: ¿Simón, tú duermes? ¿No has po-dido vigilar conmigo una hora? Vigilad y orad para que no caigáis en la tentación. El espíritu, sí, está pronto, pero la carne es flaca»25. ¡Qué fuerza tienen estas palabras tan breves de Cristo! Suave es su sonido, mas pe-netran como el pinchazo de un aguijón. Al dirigirse a Pedro como Simón y reprocharle bajo ese nombre su somnolencia, quería Cristo decir que el nombre de Pe-dro, dado anteriormente en razón de su firmeza, no era muy apropiado ahora ante su debilidad y su sueño. No sólo interesa aquí notar la omisión del nombre de Pedro (o mejor, Cefas), sino también el hecho de que el mismo nombre de Simón no dejara de llevar su aguijón. Porque, en hebreo (lengua que hablaba Cristo).

Simón significa «el que escucha» y también «el que obedece», y en esta ocasión, y contra el expreso de-seo de Cristo, Pedro se había dormido: ni escuchaba ni obedecía. Estas palabras llenas de delicadeza que dirigió a Pedro llevaban otras implicaciones, y podrían haber sonado como a continuación escribo, caso de que hubiera hecho de reproche con tono más severo:

«Simón, que ya no Cefas, ¿duermes? ¿Cómo pue-des merecer que te llame Cefas, es decir, "roca", si muestras ahora tanta flaqueza que ni siquiera puedes aguantar una hora sin caer en los lazos del sueño? Y por lo que se refiere a tu viejo nombre, el de Simón, ¿puedes ser llamado "el que escucha" cuando te en-cuentro así dormido? ¿Puedes ser llamado "obediente" cuando, a pesar de que te mandé vigilar, apenas me voy, te echas, empiezas a cabecear y te caes dormido? Hice Yo tanto por ti, ¿y tú te duermes? Yo te hice sujeto de honores, ¿y te me duermes? Hace poco te jactabas de que morirías conmigo, ¿y ahora duermes? Soy arras-trado a la muerte por judíos y gentiles y por uno peor que cualquiera de ellos, Judas; y tú, Simón, ¿te duermes? No hay duda de que Satanás está buscando tritu-raros como el trigo, ¿y tú te duermes? ¿Qué puedo es-perar de otros si, en tan grave e inminente peligro, no sólo para mí, sino también para vosotros, incluso tú, Simón, te has dormido?» Después, y para que nadie pensara que esto afec-taba sólo a Pedro, se volvió y habló a los demás: «Vigilad y orad, para que no caigáis en la tentación. El espí-ritu está pronto, pero la carne es flaca.»

Se nos manda aquí orar constantemente. No sólo se declara la utilidad de la oración, sino su inmensa necesidad. Sin ella, la debilidad de la carne nos echa para atrás como la rémora retarda el barco, hasta que nuestras cabezas (sin que importe cuánto deseen ha-cer el bien) son precipitadas en el mar de la tentación. ¿Qué ánimo está más pronto que lo estaba el de Pe-dro? Esto enseña cuánta necesidad tenía de la ayuda divina contra la debilidad de la carne. Cuando el sueño le impidió rezar y pedir ayuda a Dios, abrió una rendija al demonio que, poco después, se serviría de su flaqueza para embotar los buenos deseos de su corazón y llevarlo hasta la negación de Cristo con

per-jurio.
Si esto ocurrió a los Apóstoles, hombres que eran ramas verdes llenas de vida, que entraron en tentación por dejar que el sueño interrumpiera su oración, ¿qué ocurrirá con nosotros que, en comparación con ellos, somos ramas secas, al enfrentarnos casi de súbitos con el peligro? Y me pregunto cuándo no estamos en peli-gro, porque nuestro enemigo el diablo anda como león rugiente buscando a quien cae por la debilidad de la carne para arrojarse sobre él y devorarlo. En tan grave peligro, me pregunto qué será de nosotros si no segui-mos el consejo de Cristo, perseverando en la vigilancia atenta y en la oración.
Manda Cristo estar despiertos no para jugar a las cartas o a dados, ni en borracheras o festines y juergas, ni por el vino o las mujeres, sino para rezar. Advierte que hemos de rezar, no de vez en cuando, sino siempre, sin cesar: Orate sine intermissione. No sólo durante el día (pues no parece sea muy necesario mandar a alguien estar despierto de día), sino que aconseja también dedicar a la oración un rato del tiempo que dedicamos ge-neralmente a dormir. Deberíamos estar avergonzados y reconocer nuestra culpa porque apenas decimos una o dos breves oraciones, y además, medio dormidos y bostezando. Enseña el Salvador que hemos de rezar no para vivir en la opulencia, ni en una rueda de placeres sin fin, ni para que algo horrible ocurra a nuestros enemigos, ni para que recibamos honores en este mundo, sino «para que no entremos en la tentación». Desea, de hecho, darnos a entender que todos esos bienes terrenales, o bien pueden sernos a la larga perjudiciales, o de otro modo, son nada en comparación con el beneficio y fruto de la oración. Por eso, dispuso en su sabiduría esta petición al final de la oración que había previamente enseñado a sus discípulos, y que es como un re-sumen: «y no nos dejes caer en la tentación, mas libra-nos del mal».

La voluntad de Dios Padre

«Volvióse de nuevo por segunda vez y rezaba repi-tiendo las mismas palabras: Padre mío, si no puede pa-sar este cáliz sin que yo lo beba, hágase su voluntad. Regresó una vez más y los encontró dormidos; estaban sus ojos cargados de sueño y no sabían qué respon-derle. Dejándolos, se retiró a orar por tercera vez, repi-tiendo las mismas palabras: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»26. Volvió de nuevo a la oración, repitiendo la misma que había hecho antes, pero sometiendo todo una vez más a la voluntad del Padre. La petición ha de ser apremiante, pero sin cerrarse ni limitarse a lo que pedimos en concreto. Ha de ser la oración una oración abierta a lo que Dios quiera y con absoluta confianza, pues desea nuestro bienestar no menos que nosotros mismos, y sabe lo que puede hacernos felices mil veces mejor que nosotros. «Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad.» Ese «mío» tiene doble fuerza, porque expresa un gran afecto y deja claro que Dios Padre es Padre de Cristo de modo único, esto es, no sólo por creación (es Padre de todas las cosas) ni por adopción (como es Padre de los cristianos), sino más bien por naturaleza es Padre de Dios Hijo. A los demás nos enseña a rezar diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos.» Reconocemos en estas palabras que her-manos somos todos los que tenemos un mismo Padre, mientras que Cristo es el único que puede decir con propiedad y dirigirse al Padre, a causa de su divinidad, como lo hace: «Padre mío.» Si alguien, no contento de ser como los demás seres humanos, llega a imaginar en su soberbia que sólo él es gobernado por el espíritu se-creto de Dios, y reza con esta invocación «Padre mío» en lugar de «Padre nuestro», se atribuye una situación distinta de la de los otros, me parece que ese tal se arroga para sí el lenguaje propio de Cristo. Reclama para sí como individuo el espíritu que Dios da a todos los hombres. Tal hombre no es de hecho muy diferente de Lucifer: reclama para sí solo la palabra de Dios, de la misma manera que Lucifer reclamó para sí el lugar y puesto del mismo Dios. Las palabras de Cristo -«si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad»- dejan bien claro cuál es el criterio por el que llama una cosa posible o imposible. No es otro que éste: el decreto cierto e inmutable de su Padre con respecto a su muerte. Si hubiera pensado Cristo que necesariamente estaba destinado a morir, bien por el curso de los astros o por lo que llaman la fuerza del «destino», hubiera sido del todo inútil que añadiera: «pero hágase tu voluntad». ¿Acaso habría dejado la decisión en manos del Padre si hubiera estado convencido de que dependía de algún otro además del Padre, o que el Padre había de tomar una decisión necesariamente determinada, como quien quiere y no quiere?. Al considerar las palabras con las que Cristo implo-raba al Padre para librarle de la muerte, sometiendo todo humildemente a su voluntad, no hay que olvidar que, siendo Dios y hombre, no decía esto como Dios, sino como hombre. Nosotros, que somos alma y cuerpo, también algunas veces decimos de todo nues-tro ser cosas que, de hecho, son ciertas sólo del alma; y, de otro lado, hablamos a veces de nosotros cuando una mayor precisión requeriría que habláramos sólo de nuestros cuerpos. Decimos, por ejemplo, que los mártires van derechos al cielo cuando mueren, pero en reali-dad sólo sus almas entran en el cielo. Y también deci-mos que los hombres, por soberbios que sean, no son más que polvo y ceniza, y que al terminar esta corta vida se pudrirán en el sepulcro. Constantemente habla-mos así, aunque sabemos que el alma no va al sepulcro ni sufre muerte, sino que sobrevive al cuerpo, bien en miserable tormento (si

vivió mal con el cuerpo), bien en perpetua felicidad (si vivió bien). De modo parecido habla Cristo de lo que hizo como Dios y de lo que hizo como hombre; no como si estuviera dividido en dos personas, sino como una sola y misma persona, porque, de hecho, es una sola persona.
En la persona omnipotente de Cristo, humanidad y divinidad estaban unidas y eran uno no menos que su alma inmortal estaba unida a un cuerpo que podía morir. Así, en razón de su divinidad, no dudó en afirmar: «Yo y el Padre somos uno»27, y «Antes que Abraham, soy yo»28. Por razón de sus dos naturalezas dijo: «Yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo»29. Y en ra-zón de su sola humanidad dice: «El Padre es mayor que yo»30, y «Un poco más estoy yo con vosotros»31. Es verdad, desde luego, que su cuerpo glorioso está real-mente presente con nosotros, y así será hasta el fin del mundo, bajo la apariencia de pan en el sacramento ve-nerable de la Eucaristía; pero aquella forma corporal que tuvo entre sus discípulos (y éste es el modo de pre-sencia a la que se refería al decir: «Un poco más estoy con vosotros») se nos quitó con la ascensión de Cristo(a no ser que Él quiera mostrarla a alguien, como algunas veces ha hecho). No olvidemos, al considerar, en este pasaje de su agonía, sus sufrimientos y súplicas tan humildes que parecen incompatibles con la sublime majestad de Dios, que Cristo las dijo como hombre. Algunas entre ellas tuvieron su origen en la parte inferior de su humanidad (la que concierne a la sensación), y sirvieron para proclamar la genuinidad de su naturaleza humana y para aliviar del temor temporal a otros hombres, más adelante.
Ni en las palabras ni en los hechos del proceso de su agonía pensó Cristo que hubiera algo indigno de su gloria (inglorium). De hecho, puso especial cuidado en que todas estas cosas de su afligida humanidad fue-ran ampliamente divulgadas. El único y mismo Espíritu de Cristo dictó cuanto escribieron los Apóstoles; mas encuentro difícil recordar cualquiera otra de sus obras que se preocupara tanto por dejar bien grabada en la memoria de los hombres. Que se entristeció so-bremanera es algo que Él mismo debió contar a sus Apóstoles para que pudieran transmitirlo a la posteridad. Las palabras que dirigió a su Padre en su oración difícilmente pudieron haber sido oídas por los Apósto-les, incluso si hubieran permanecido despiertos (los más cercanos estaban a un tiro de piedra); y si hubie-ran estado allí mismo, junto a Él, nada hubieran oído porque estaban dormidos. Por lo que se refiere a aque-llas gotas de sangre que corrían como sudor de su cuerpo entero, se ha de decir que, aun en el caso de que hubieran visto más tarde la mancha sobre el suelo, me parece que podrían haber deducido cualquier otra explicación sin adivinar la única correcta, era un fenó-meno sin precedente.
Sin embargo, parece poco probable que Cristo ha-blara de todas estas cosas con su Madre o con los Apóstoles inmediatamente antes de su muerte, a no ser que uno piense que contó el proceso de su agonía cuando volvió adonde estaban los Apóstoles, esto es, mientras estaban apenas despiertos o medio dormidos; o bien, que lo contara en el mismo momento en que la tropa de soldados le capturó. Una sola posibilidad queda, y pa-rece la verdadera: después de resucitar de entre los muertos, y cuando ya no podía haber duda alguna de que era Dios, su queridísima Madre y sus discípulos oyeron de su boca santísima la exposición detallada, punto por punto de lo que experimentó su afligida hu-manidad. El conocimiento de ese dolor beneficiaría tanto a ellos mismos como, a través de ellos, a tantos otros que vendrían después. Nadie fuera de Cristo pudo haberlo contado.
Así, pues, la meditación sobre la agonía produce un gran alivio en quienes tienen el corazón lleno de tribu-laciones. Y con mucha razón ocurre así, porque para consolar al afligido, para este fin, quiso dar a conocer nuestro Salvador, en su bondad, su propio dolor, el do-lor que nadie conoció ni pudo haber conocido.
Quizá alguno se haya preguntado por qué Cristo, al regresar hacia donde estaban sus discípulos después de su oración y encontrarles dormidos y atónitos, pues no sabían qué decir, los dejó sin más. Podría parecer que había ido con el solo objeto de ver si estaban despier-tos; pero como era Dios, tuvo que haberlo sabido de antemano. Si alguien se hiciera esta pregunta, yo le con-testaría así: Cristo nada hizo en vano. Es cierto que el volver de Cristo adonde ellos estaban no les incitó a es-tar bien despiertos, sino tan sólo a una reacción de asustada modorra. Apenas levantaron la mirada hacia Él, caso de que su reproche los despertara completa-mente, se volvieron a dormir en el mismo momento en que se marchó (lo que es todavía mucho peor). Mas este detalle de Cristo no es inútil, pues con él declaró su solicitud por los discípulos, y además, con su ejem-plo, enseñó a los futuros pastores de su Iglesia que no deberían permitir en sí mismos la más mínima vaci-lación o incertidumbre, por causa de la tristeza, del miedo o del cansancio, en lo que respecta al cuidado amoroso de su rebaño. Les indicaba con ese detalle que han de comportarse de tal modo que prueben con he-chos bien tangibles que no están tan preocupados por ellos mismos como por el bienestar de los que les han sido confiados como grey.
Alguno habrá que en su curiosidad por averiguar los planes divinos podrá quizá decir: «O Cristo quería que los Apóstoles estuvieran despiertos o no. Si quería, ¿qué sentido tiene ese ir y venir varias veces? Si no quería, ¿por qué les dio un mandato tan preciso? Dado que era Dios, ¿no podía haber asegurado que su man-dato sería cumplido sin mayor complicación?»
Sin ninguna duda, buen hombre. Cristo era Dios y podía llevar a cumplimiento lo que deseara, Él que

con sola su palabra creó todas las cosas. Habló y aparecie-ron. Mandó y fueron creadas. Si abrió los ojos de un ciego de nacimiento, ¿cómo no iba a saber abrir losojos de un hombre dormido? Ni hace falta ser Dios para poder, fácilmente, hacer esto último. Todo el mundo sabe que con sólo pinchar con un alfiler los párpados de un hombre dormido, se despertará y no se dormirá de in-mediato. No cabe la más mínima duda de que Cristo pudo haber hecho que los Apóstoles no se durmieran ni por un breve momento, si tal hubiera sido su deseo de modo absoluto e incondicional. Sin embargo, su deseo estaba modificado por una condición: que ellos mismos así también lo desearan, de tal manera que cada uno hi-ciera cuanto estuviera de su parte para aceptar el man-dato divino y cooperar con los impulsos de la gracia.

De igual manera desea Cristo que todos los hom-bres se salven y que nadie sufra la condena eterna, siempre con la condición de que nos configuremos se-gún su amable voluntad y no nos dispongamos en contra por nuestra propia malicia. Si alguno, obstinada-mente, insiste en oponerse, Dios no quiere llevarle en contra de su voluntad, como si necesitara de nuestros servicios allá en el cielo o como si no pudiera continuar su glorioso reinado sin nuestro apoyo. Si no pudiera reinar sin nosotros, castigaría de inmediato muchas ofensas que, ahora, y por nuestra causa, tolera e incluso parece no darse por enterado durante tiempo: confía y espera que su bondad y su paciencia nos conducirán, finalmente, al arrepentimiento. Nosotros, sin embargo, abusamos de su clemencia al añadir más pecados a nuestros pecados, amontonando (como dice el Apóstol) ira para el día de la ira.

Mas tal es la bondad de Dios que, a pesar de nues-tra negligencia y de estar dormidos en el almohadón de nuestros pecados, nos sacude de cuando en cuando y, sirviéndose de la tribulación, nos menea, agita y gol-pea, haciendo todo cuanto está de su parte para desper-tarnos. Aun cuando prueba ser benevolísimo incluso en su ira, muchos de nosotros, en esa estupidez del hom-bre, confundimos su acción e imaginamos que tan gran beneficio nos es perjudicial. Si tuviéramos sentido co-mún y estuviéramos en nuestro sano juicio, nos sentiríamos inclinados a rezar con frecuencia pidiendo que, cuando nos hayamos apartado de Él, no deje de darnos golpes y sacudirnos para volver al buen camino; y esto, incluso en el caso de que poco o nada nos apetezca.

Para que veamos el camino

En consecuencia, hemos de rezar, en primer lugar, viam ut videamus, para que veamos el camino y con la Iglesia podamos decir a Dios: «De la ceguera del cora-zón, líbranos, Señor»32. Y con el profeta cuando dice: «Enséñame a hacer tu voluntad»33, y también: «Mués-trame tus caminos y enséñame tus senderos »34. Des-pués, desearemos con toda nuestra alma correr tras de Ti, oh Dios, en el olor de tu ungüento y en la dulce fra-gancia de tu espíritu. Si languidecemos en nuestra mar-cha (como casi siempre ocurre) y quedamos rezagados, tan distantes que difícilmente conseguimos seguirle desde lejos, acudamos a Dios de inmediato diciéndole: «Coge mi mano derecha»35 y «Guíame a lo largo del camino»36. Si vencidos por el cansancio apenas tene-mos ya fuerza para continuar, o si tanta es la pereza y blandenguería que estamos a punto de pararnos, pidamos a Dios que, por favor, nos arrastre aunque opongamos resistencia. Finalmente, si tanto resistimos, y contra la voluntad de Dios y nuestra propia felicidad, nos empeñamos, tercos y duros de mollera, como caballos y burros que carecen de inteligencia, debemos humildemente pedir a Dios con las muy adecuadas palabras del profeta: «Sujétame bien fuerte con el freno de la brida y golpéame cuando no marche cerca de Ti»37.

La ilusión por la oración es lo primero que hemos de buscar cuando nos veamos atrapados por la tibieza y la desidia; pero en esa situación del alma no apetece rezar por nada que no deseemos recibir (ni siquiera aun-que nos sea muy útil). Por esta razón, si tenemos un poco de sentido común, deberíamos contar con esta de-bilidad por anticipado, deberíamos preverla antes de caer en ese enfermizo y penoso estado espiritual. En otras palabras, deberíamos derramar sin cesar sobre Dios jaculatorias y oraciones como las que acabo de mencionar, implorando con humildad que, si en algún momento, viniéramos a pedir algo que no nos es con-veniente, impulsados por los atractivos de la carne, o seducidos por los espejuelos de los placeres, o atraídos por el anhelo de las cosas terrenales, o trastornados por las insidias y maquinaciones del diablo, se haga sordo a nuestra petición y aleje aquello por lo que rezamos, derramando sobre nosotros todo aquello que Él sabe nos hará bien, aunque mucho le pidamos lo aparte de nuestra vida. Nada de particular ni de extraño tiene esta conducta.

Es bien lógica. En efecto, así nos comportamos de ordi-nario (si tenemos un poco de inteligencia) cuando esta-mos a punto de coger una fiebre maligna. Advertimos y avisamos por adelantado a quienes nos van a cuidar du-rante la enfermedad que, aunque se lo supliquemos, no nos proporcionen en absoluto aquello que nuestra en-fermiza condición nos hará desear aunque sea nocivo para la salud e, incluso, vaya a empeorar la fiebre.

Estamos a veces tan dormidos en los vicios que ni siquiera queremos despertarnos ante las llamadas y sa-cudidas de la misericordia divina, y regresar a la práctica de las virtudes. Nosotros

mismos somos la causa de que Dios se aleje abandonándonos en nuestra vida viciosa. A algunos los deja de tal manera que ya no vuelve a ellos; a otros les deja dormir hasta otro mo-mento, según lo vea más oportuno en su admirable bondad y en la profundidad inescrutable de su sabidu-ría. La conducta de Cristo cuando regresó a ver qué ha-cían los Apóstoles ofrece un buen ejemplo de esto. No habían querido permanecer despiertos, sino que se dur-mieron inmediatamente; Cristo, por tanto, los dejó y se marchó: «dejándolos se volvió y oraba con las mismas palabras: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Reza y pide otra vez por lo mismo. Una vez más añade la misma condición, y de nuevo nos da ejemplo, mostrando que cuando estamos en gran peligro (aunque sea por el honor de Dios) no podemos pensar que sea inoportuno pedir urgentemente a Dios que nos procure una salida. Incluso es posible que permita que seamos llevados a tales dificultades, precisamente porque el miedo al peligro nos hará ser más fervientes en la ora-ción, cuando quizás la prosperidad nos había enfriado. Esto es particularmente cierto si se trata de un peligro corporal, pues muchos de nosotros no estamos dema-siado preocupados con los peligros que afectan al alma.

Fuera del caso de quien es inspirado y fortalecido por Dios para sufrir martirio, toda otra persona que se preocupa, como debe ser, de su alma, tiene suficientes motivos para temer que se cansará tanto bajo tal peso que acabará sucumbiendo. Sólo conoce que debe sufrir martirio quien ha experimentado esa llamada de un modo inenarrable, o bien, lo ha juzgado así por indica-ciones y datos apropiados. De lo que se deduce que, para evitar aquella misma excesiva confianza que Pedro tenía de sí, ha de rezar cada uno diligentemente para que Dios, en su bondad, le libre de un peligro tan grande para su alma. Con todo, se ha de insistir una y otra vez en que nadie ha de rezar pidiendo escapar tan totalmente del peligro que ya no quede en su ánimo el deseo de abandonar el asunto en Dios, dispuesto a cum-plir con esmerada obediencia todo cuanto Dios haya dispuesto para él.

Estas son algunas de las razones por las que Cristo nos dejó este ejemplo de oración tan aprovechable para nosotros: que Él se hallaba tan lejos de necesitar tal pe-tición como la tierra dista del cielo. En cuanto Dios, no era inferior al Padre; no sólo su poder, sino también su voluntad, se identificaba con la del Padre. En cuanto hombre, su poder era infinitamente menor, pero todo el poder, en el cielo y en la tierra, le fue finalmente entre-gado por el Padre. Aunque su voluntad humana era dis-tinta a la del Padre, estaba en tal grado de conformidad con ella que jamás hubo desacuerdo alguno. Acepta, por tanto, sufrir amarguísima muerte en obediencia a la voluntad del Padre, y al mismo tiempo, se muestra hombre verdadero, pues la sensibilidad toda de su cuerpo reacciona ante la muerte con horror. Su oración expresa muy vívidamente tanto el miedo como la obe-diencia: «Padre, decía, si quieres aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y que sus facultades mentales nunca rehuyeron suplicio tan horroroso, sino que permanecieron obedientes al Padre hasta la muerte y muerte de cruz, es algo que muestran sus obras (las que siguieron en su pasión) con mayor claridad todavía que sus palabras.

Al mismo tiempo, sus sentimientos eran abruma-dos con un intenso terror ante la inminente pasión, como lo prueban las palabras que siguen en el evange-lio: «Se le apareció un ángel del cielo para confor-tarle»38. ¡Qué grande hubo de ser su angustia que un ángel tuvo que venir del cielo para darle ánimo!

Al leer este pasaje no puedo dejar de asombrarme ante la estupidez de quienes afirman ser del todo inútil buscar la intercesión de un ángel o de un santo difunto. Vienen tales a decir que podemos dirigirnos con con-fianza a Dios mismo; no sólo porque está más cerca nuestro que todos los ángeles y santos juntos, sino tam-bién porque tiene poder de darnos más, y desea hacerlo así mucho más que todos los santos del cielo, cuales-quiera que sean.

Son argumentos tan triviales e infundados que sólo expresan el disgusto y la envidia de quienes así hablan por la gloria de los santos. Mientras éstos, por su parte, han de estar con razón disgustados con tales hombres que se esfuerzan por demoler el homenaje de amor que damos a los santos y la asistencia protectora que nos prestan. ¿Por qué estos desvergonzados no razonan de la misma manera en este pasaje, diciendo que el es-fuerzo del ángel por consolar a Cristo salvador era completamente inútil y vanos? ¿Qué ángel podría ser tan poderoso como Cristo? ¿Qué ángel estaba tan cer-cano a Dios como lo estaba Él, si Cristo era Dios? Lo cierto es que, de la misma manera que quiso sufrir tris-teza y angustia por nuestra causa, quiso también tener un ángel para ser consolado. Refutaba así los argumen-tos sin sentido de esos individuos, al mismo tiempo que declaraba ser hombre verdadero: porque así como los ángeles le sirvieron como Dios al triunfar sobre las ten-taciones del demonio, también ahora un ángel vino a consolarle como hombre mientras avanzaba hacia la muerte. Nos llenó así de esperanza sabiendo que, si es-tando en peligro nos dirigimos a Dios, no nos faltará consolación, con tal que no recemos perezosa y rutina-riamente sino con un ruego que salga de lo más profundo del corazón, tal como vemos a Cristo en este pasaje.

La perspectiva del martirio

«Y entrando en agonía, rezaba con más ardor, y su sudor se hizo como gotas de sangre que

chorreaba hasta el suelo»39. Afirman muchos autores que los su-frimientos de Cristo fueron mucho más dolorosos que los de cualquier otro mártir por grandes que fueran, en cualquier otro tiempo o lugar. Hay quienes no están de acuerdo porque, dicen, hay otros géneros de tortura de aquellos que padeció Cristo, y en algunos casos, los tormentos se han prolongado durante días. Piensan también que, por razón de su divinidad infinita, una sola gota de la preciosa sangre de Cristo hubiera sido más que suficiente para redimir a toda la humanidad. La prueba de Cristo no fue ordenada por Dios según la me-dida humana, sino de acuerdo con su sabiduría impene-trable; y, como nadie puede conocer esta medida con certeza, sostienen no ser perjudicial para la fe creer que el dolor de Cristo fue menor que el de algunos mártires. Además de la extendida opinión de la Iglesia, que oportunamente aplica a Cristo las palabras de Jeremías sobre Jerusalén (O vos omnes qui transitis per viam, respicite et videte si est dolor sicut dolor meus), en-cuentro yo este pasaje muy convincente para que jamáscrea que los tormentos de ningún mártir puedan ser comparados con el sufrimiento de Cristo, ni siquiera en esta cuestión de la intensidad del dolor. Incluso si tu-viera que conceder (y tengo buenas razones para no ha-cerlo) que alguno de los mártires haya padecido más y mayores torturas y, si se quiere, más largas que las de Cristo, pienso que torturas de apariencia más leve cau-saron, de hecho, en Cristo un dolor más atroz del que se podría sentir con suplicios de apariencia más espantosa.

En efecto, veo a Cristo abatido con la angustia de la inminente pasión, con una angustia tan amarga como nadie ha podido experimentarla ante el pensamiento de los tormentos que se le venían encima, porque, ¿quién ha sentido jamás tal angustia que un sudor de sangre fluyera de todo su cuerpo chorreando hasta el suelo? Sólo el presentimiento del dolor fue más amargo y pe-noso en Cristo que en cualquier otro: ésta es la medida para hacerse una idea de la intensidad del dolor que pa-deció. La angustia que padecía no pudo haber aumen-tado de tal manera que causara al cuerpo sudar sangre, si Cristo no hubiera empleado su omnipotencia divina, no sólo para que no disminuyera el dolor, sino para aumentar su fuerza. Y lo hizo así por su propio querer.

Anunciaba la sangre que los futuros mártires se verían obligados a derramar sobre el suelo; y ofrecía, al mismo tiempo, un ejemplo nunca visto y sorprendente de una angustia inmensa. Lo hacía a modo de consuelo para aquellos que, al llenarse de pavor y miedo ante el pensamiento de la posible tortura, podrían quizá pensar que la angustia es signo de su próxima ruina, y caer en desesperación.

Alguno podrá sacar aquí a relucir el ejemplo de aquellos mártires que, libremente y con gran deseo, se expusieron a una muerte cierta por su fe en Cristo; y seguir después diciendo que son particularmente dig-nos de los laureles del triunfo porque mostraron tal gozo que no dejaba lugar al dolor, ni mostraron rastro de tristeza ni de miedo. Estoy dispuesto a aceptar el pri-mer punto, con tal de que no se vaya tan lejos que se acabe negando el triunfo de quienes, marchando a con-trapelo, ni se echan para atrás ni escapan una vez cap-turados; sino que continúan hacia adelante a pesar de su temerosa angustia y, por amor a Cristo, hacen frente a aquello que les horroriza.

Si alguien defiende que quienes abrazaron gozosos el martirio reciben mayor gloria que estos últimos, no diré yo nada, y puede quedarse para sí con su argumento. Me basta con saber que en el cielo a ningún mártir le fal-tará gloria más grande de la que jamás pudieron sus ojos ver ni sus oídos escuchar, ni entraba en el corazón poder concebir mientras vivía aquí en la tierra. Además, si alguno tiene un lugar más alto en el cielo, nadie le envidia; al contrario, todos se gozan en la gloria de los demás a causa de su mutuo amor. Finalmente, hay que decir que todo este asunto sobre quién recibirá de Dios más gloria en el cielo no es, en mi opinión personal, algo perfectamente diáfano para nosotros, yendo como vamos a tientas en la oscuridad de nuestra naturaleza mortal.

Ciertamente, «Dios ama al que da con alegría»40. Pero, aun así, no tengo ninguna duda de que amaba a Tobías e igualmente al santo Job. Los dos varones so-brellevaron con paciencia y fortaleza sus calamidades, pero, que yo sepa, ninguno de ellos saltaba de gozo ni aplaudía de contento mientras tanto. Ofrecerse a morir por Cristo cuando la situación así lo exige o cuando Dios mueve por dentro para hacerlo es, no lo niego, una obra de virtud heroica. Mas, fuera de tales casos, no me parece tan seguro comportarse así, y entre aque-llos que espontáneamente sufrieron por Cristo hay mu-chas grandes figuras que temieron sobremanera, que padecieron profundamente angustiados y abatidos, y que, en más de una ocasión, huyeron de la muerte antes de enfrentarla finalmente con gran fortaleza.

No niego el poder de Dios, y sé bien que, de vez en cuando, hace este favor a personas santas como premio de los trabajos de sus vidas, o bien simplemente por ge-nerosidad: llena el alma del mártir con tal alegría que, no sólo deja de ser oprimido por la angustia, sino que se ve también libre de lo que los estoicos denominan las pro-pasiones (emociones incipientes o primitivas), de las que incluso esos sabios consumados son susceptibles. Se da el caso de quienes, desplazada su consciencia por una emoción muy fuerte, no sienten las heridas que les han inflingido en la batalla; sólo más tarde advierten el daño. De manera semejante, no hay razón para dudar de que el gozo en la esperanza de la gloria ya cercana haga que el alma sea transportada fuera de sí, hasta el punto de no temer la muerte y ni siquiera sentir los tormentos.

Llamaría yo a este don o gracia «gratuita felicidad» o premio a la virtud vivida, y no materia de futura feli-cidad. Podría haber pensado que esta recompensa corresponde al dolor sufrido por Cristo, si no fuera por-que Dios, en su liberalidad, lo otorga en una medida tan buena y tan colmada, tan apretada y tan sobreabun-dante, que es muy cierto que los sufrimientos de esta vida no son de ningún modo comparables con la gloria de la vida futura que se revelará en aquellos que ama-ron a Dios tan celosamente que gastaron su sangre y su vida por su gloria en medio de una agonía mental y en-tre tormentos corporales.

Dios, en su bondad, no remueve el miedo de esas personas porque apruebe en mayor grado su audacia, o porque quiera premiarla de esa manera, sino más bien a causa de su debilidad: sabe bien que no podrán hacer frente al terror en condiciones de igualdad. Hubo, de hecho, algunos que sucumbieron al miedo, aunque ven-cieron después sufriendo todos los tormentos. Quienes, de otra parte, padecen la muerte con ánimo pronto y gozoso, ayudan a otros con su ejemplo, y no dudo que esto sea bien útil.

No olvidemos, sin embargo, que casi todos teme-mos la muerte, y por eso, apenas nos hacemos idea de cuánta ayuda y fortaleza han recibido muchos de aqué-llos que, angustiados y temblorosos, se enfrentaron con la muerte, y que, a pesar de todo, superaron con valen-tía los escollos del camino y los obstáculos, barreras más duras que el hierro, como lo son su propio abatimien-to, su miedo y su angustia. Victoriosos sobre la muerte conquistan el cielo al asalto. ¿No se enardecerá el áni-mo de estas débiles creaturas al ver el ejemplo de tales mártires, como ellos cobardes y temerosos, para no ce-der bajo la persecución aunque sientan la tristeza dentro de sí, y el miedo y abatimiento ante una muerte tan espantosa?.

La sabiduría de Dios, que todo lo penetra con fuerza irresistible y que dispone toda las cosas con sua-vidad, al contemplar en presente cómo serían afectados los ánimos de los hombres en diferentes lugares, aco-moda su ejemplo a los varios tiempos y lugares, esco-giendo, ora un destino ora otro, de acuerdo con lo que Él ve será más conveniente. De esta manera, da a los mártires temperamentos según los designios de su pro-videncia. Uno corre aprisa y gustoso a la muerte; otro marcha en la duda y con miedo, pero sufre la muerte con no menos fortaleza: a no ser que alguien imagine ser menos valiente por tener que luchar no sólo contra sus enemigos de fuera, sino también contra los de den-tro; que el tedio, la tristeza y el miedo son, además de fuertes emociones, poderosos enemigos.

Puede concluirse toda esta discusión diciendo que hemos de admirar y venerar los dos tipos de mártires, alabar a Dios por ambos, e imitarlos cuando la situa-ción lo exija, cada uno según sus posibilidades y la gra-cia que Dios le dé. El que siente grandes deseos no ne-cesita más ánimos para ser audaz, y entonces, quizá sea oportuno recordarle que es bueno que tema, no sea que su presunción, como la de Pedro, le haga echarse para atrás y caer. El que siente angustia, miedo y abati-miento debe ciertamente ser confortado. Y así, tanto en un caso como en el otro, la angustia de Cristo está llena de alivio, pues mantiene al primero lejos de exagerar su entusiasmo, y hace al otro alzarse en la esperanza cuando se encuentre postrado y abatido.

Si alguien se siente fogoso y lleno de entusiasmo, ese tal, al recordar tan humilde y angustiosa presencia de su rey, tendrá buen motivo para temer, no sea que su astuto enemigo esté elevándole en alto, pero sólo para poder aplastarle más tarde contra el suelo con mayor dureza.

Quien se vea tan totalmente abrumado por la ansie-dad y el miedo que podría llegar a desesperar, contem-ple y medite constantemente esta agonía de Cristo ru-miándola en su cabeza. Aguas de poderoso consuelo beberá de esta fuente. Verá, en efecto, al pastor amo-roso tomando sobre sus hombros la oveja debilucha, interpretando su mismo papel y manifestando sus pro-pios sentimientos.Cristo pasó todo esto para que cual-quiera que más tarde se sintiera así de anonadado pu-diera tomar ánimo y no pensar que es motivo para desesperar.

Demos gracias como mejor podamos, que nunca podremos dar bastantes; y en nuestra agonía recorde-mos la suya, con la que ninguna podrá jamás ser com-parada; y pidámosle, con todas nuestras fuerzas, que se digne consolarnos en nuestra angustia, iluminándonos con la que Él mismo sufrió. Cuando, con vehemencia y a causa de nuestra flaqueza, le pidamos que nos libre del peligro, sigamos su ejemplo tan precioso cerrando nuestra súplica con este broche: «No se haga mi volun-tad sino la tuya.» Si lo hacemos, no dudo lo más mí-nimo que, así como cuando Él oraba, un ángel fue a lle-varle consuelo, también cada uno de nuestros ángeles nos traerán ese consuelo del Espíritu que nos dará fuerza para perseverar en las obras que nos llevan al cielo. Y para darnos segura confianza sobre esto, Cristo nos antecedió allá por ese camino y con el mismo mé-todo.

Tras haber padecido agonía durante un largo rato, su ánimo se restableció de tal modo que volvió a los Apóstoles y se dirigió al encuentro del traidor y de los verdugos que le buscaban para atormentarle. Después, tras haber sufrido como convenía, entró en su gloria y allí prepara un lugar para aquellos de nosotros que si-gamos sus pisadas. Que por su agonía se digne ayudar-nos en la nuestra, para que no se vea frustrado ese lugar del cielo por nuestra estupidez y cobardía.

Los Apóstoles se duermen mientras el traidor conspira

«Levantándose del suelo y volviendo a sus discípu-los, hallólos dormidos por causa de la tristeza. Les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad para no caer en la tentación. Dormid y descansad. Pero basta ya. He aquí que llegó la hora y el Hijo del hombre va a ser entre-gado en manos de los pecadores. Levantaos y vámonos de aquí. Ya se acerca el que me ha de entregar»41.Vuelve Cristo por tercera vez adonde están sus Apóstoles, y allí los encuentra sepultados en el sueño, a pesar del mandato que les había dado de vigilar y re-zar ante el peligro que se cernía. Al mismo tiempo, Ju-das, el traidor, se mantenía bien despierto, y tan con-centrado en traicionar a su Señor que ni siquiera la idea de dormirse se le pasó por la cabeza. ¿No es este con-traste entre el traidor y los Apóstoles como una imagen especular, y no menos clara que triste y terrible, de lo que ha ocurrido a través de los siglos, desde aquellos tiempos hasta nuestros días? ¿Por qué no contemplan los obispos, en esta escena, su propia somnolencia? Han sucedido a los Apóstoles en el cargo, ¡ojalá repro-dujeran sus virtudes con la misma gana y deseo con que abrazan su autoridad! ¡Ojalá les imitaran en lo otro con la fidelidad con que imitan su somnolencia! Pues son muchos los que se duermen en la tarea de sembrar virtudes entre la gente y mantener la verdadera doc-trina, mientras que los enemigos de Cristo, con objeto de sembrar el vicio y desarraigar la fe (en la medida en que pueden prender de nuevo a Cristo y crucificarlo otra vez), se mantienen bien despiertos. Con razón dice Cristo que los hijos de las tinieblas son muchos más as-tutos que los hijos de la luz42.
Aunque esta comparación con los Apóstoles dor-midos se aplica muy acertadamente a aquellos obispos que se duermen mientras la fe y la moral están en peli-gro, no conviene, sin embargo, a todos los prelados ni en todos los aspectos.
Desgraciadamente, algunos de ellos (muchos más de los que uno podría sospechar) no se duermen «a causa de la tristeza», como era el caso con los Apósto-les. No. Están, más bien, amodorrados y aletargados en perniciosos afectos, y ebrios con el mosto del demonio, del mundo y de la carne, duermen como cerdos revol-cándose en el lodo. Que los Apóstoles sintieran tristeza por el peligro que corría su Maestro fue bien digno de alabanza; pero no lo fue el que se dejaran vencer por la tristeza hasta caer dormidos. Entristecerse y dolerse porque el mundo perece, o llorar por los crímenes de otros, es un sentimiento que habla de ser compasivo, como sintió este escritor: «Me senté en la soledad y lloré», y este otro: «Me dolía el corazón porque los pe-cadores se apartaban de tu ley.» Tristeza de esta clase la colocaría yo en aquella categoría de la que se dice [...]*. Pero la pondría ahí sólo si el efecto, aunque bueno, es controlado y dirigido por la razón. Si no es así, si la pena oprime tanto al alma que ésta pierde vigor y la ra-zón pierde las riendas, si se encontrara un obispo tan vencido por la pesadez de su sueño que se hiciera negli-gente en el cumplimiento de los deberes que su oficio exige para la salvación de su rebaño, se comportaría como un cobarde capitán de navío que, descorazonado por la furia del temporal, abandona el timón y busca re-fugio mientras abandona el barco a las olas. Si un obispo se comportara así, no dudaría yo en juntar esta tristeza con aquella otra que conduce, como dice San Pablo, al infierno. Y aún peor la consideraría yo, por-que esta tristeza en las cosas espirituales parece origi-narse en quien desespera de la ayuda de Dios.
Otra clase de tristeza, peor si cabe, es la de aquellos que no están deprimidos por la tristeza ante los peligros que otros corren, sino por los males que ellos mismos pueden recibir; temor tanto más perverso cuanto su causa es más despreciable, es decir, cuando no es ya cuestión de vida o muerte, sino de dinero. Cristo mandó tener por nada la pérdida de nuestro cuerpo por su causa. «No temáis a quienes matan el cuerpo, y no pueden hacer más. Yo os mostraré a quién habéis de te-mer: Temed al que después de quitar la vida, puede mandar también el alma al infierno. A ése, os repito, habéis de temer»43. Para todos, sin excepción, dijo es-tas palabras, caso de que hayan sido encarcelados y no haya escapatoria posible. Pero añade algo más para aquellos que llevan el peso y la responsabilidad episco-pal: no permite que se preocupen sólo de sus propias almas, ni tampoco que se contenten refugiándose en el silencio, hasta que sean arrastrados y forzados a esco-ger entre una abierta profesión de fe o una engañosa si-mulación. No. Quiso que dieran la cara si ven que la grey a ellos confiada está en peligro, y que hicieran frente al peligro con su propio riesgo, por el bien de su rebaño.
El buen pastor da su vida por sus ovejas44, dice Cristo. Quien salve su vida con daño de las ovejas, no es buen pastor. El que pierde su vida por Cristo (y así hace quien la pierde por el bien del rebaño que Cristo le confió) la salva para la vida eterna. De la misma manera, el que niega a Cristo (como hace el que no confiesa la verdad cuando el silencio daña a su rebaño), al querer salvar su vida empieza de hecho a perderla. Tanto peor, desde luego, si llevado por el miedo, niega a Cristo abiertamente, con palabras, y lo traiciona. Tales obispos no duermen como Pedro, sino que, con Pedro despiertos, niegan a Cristo. Al recibir, como Pedro, la mirada afectuosa de Cristo, muchos serán los que con su gracia llegarán un día a limpiar aquel delito sal-vándose a través del llanto. Sólo es necesario que respondan a su mirada y a la invitación cariñosa a la peni-tencia, con dolor, con amargura de corazón y con una nueva vida, recordando sus palabras, contemplando su pasión y soltando las amarras que los ataban a sus pe-cados.

Si tan amenazado estuviera alguien en el mal que no haya dejado de profesar la verdadera doctrina por miedo, sino que, como Arrio y otros como él, predica falsa doctrina bien por una sórdida ganancia o por una corrupta ambición, ese tal no duerme como Pedro, ni niega como Pedro, sino que permanece bien despierto como el miserable Judas y, como Judas, a Cristo persi-gue. La situación de ese hombre es mucho más peli-grosa que la de los otros, como muestra el horrendo y triste final de Judas. No hay límite, sin embargo, en la bondad de un Dios misericordioso, y ni siquiera tal pecador ha de desesperar del perdón. De hecho, incluso al mismo Judas ofreció Dios muchas oportunidades de volver en sí y arrepentirse. No le arrojó de su compa-ñía. No le quitó la dignidad que tenía como Apóstol. Ni tampoco le quitó la bolsa, y eso que era ladrón. Admitió al traidor en la última cena con sus discípulos tan queridos. A los pies del traidor se dignó agacharse para lavar con sus inocentes y sacrosantas manos los sucios pies de Judas, símbolo de la suciedad de su mente. Con incomparable bondad le entregó para comer, bajo la apariencia de pan, aquel mismo cuerpo suyo que el traidor ya había vendido. Y, bajo la apariencia de vino, le dio aquella sangre que, mientras bebía, pensaba el trai-dor cómo derramar. Finalmente, al acercarse Judas con la turba para prenderle, ofreció a Cristo un beso, un beso que era, de hecho, la muestra abominable de su traición, pero que Cristo recibió con serenidad y con mansedumbre.
¿Quién habrá incapaz de pensar que cualquiera de estos detalles podría haber removido el corazón del traidor a mejores pensamientos, por muy endurecido que estuviera en el crimen? Es cierto que hubo un prin-cipio de arrepentimiento al admitir su pecado, cuando devolvió las monedas de plata (que nadie recogiera) gritando que era traidor y confesando haber entregado sangre inocente. Me inclino a pensar que Cristo le movió hasta este punto para salvarle de la ruina, lo que hu-biera sido posible si no hubiera añadido a su traición la desesperación. Así se portaba Cristo con quien, con tanta perfidia, le había entregado a la muerte.
Después de ver de cuántas maneras mostró Dios su misericordia con Judas, que de Apóstol había pasado a traidor, al ver con cuánta frecuencia le invitó al perdón, y no permitió que pereciera sino porque él mismo quiso desesperar, no hay razón alguna en esta vida para que nadie, aunque sea como Judas, haya de desesperar del perdón. Siguiendo el santo consejo del Apóstol: «Re-zad unos por otros para ser salvos»45, si vemos que al-guien se desvía del camino recto, esperamos que vol-verá algún día a él, y mientras tanto, recemos sin cesar para que Dios le ofrezca oportunidades de entrar en ra-zón; para que con su ayuda las coja, y para que, una vez cogidas, no las suelte ni rechace por la malicia, ni las deje pasar de lado por culpa de su miserable pereza.

¿Por qué dormís?

Al encontrar Cristo a los Apóstoles durmiendo por tercera vez, les dijo: «¿Por qué dormís?», como si di-jera: «No es este tiempo para dormir, sino para estar bien despiertos y orar, como os he advertido ya dos ve-ces, no hace apenas un rato.» Si no supieron qué res-ponder cuando se durmieron por segunda vez, ¿qué excusa podían haber dado ahora, en que por tercera vez eran sorprendidos en la misma falta? ¿Era una excusa válida decir que se habían dormido «a causa de la tris-teza», como menciona el evangelista? Así lo recuerda Lucas, pero también es cierto que no lo alaba en abso-luto. Insinúa, sí, que su tristeza era de alguna manera loable; pero el sueño que la siguió no estaba libre de culpa. La tristeza, aquélla que puede ser digna de un gran premio, tiende algunas veces hacia un gran mal. Así ocurre si nos devora de tal modo que nos deja inu-tilizados; nos impide acudir a Dios con la oración, bus-cando de Él consuelo, y desesperados y oprimidos, como queriendo escapar de una tristeza consciente, buscamos alivio en el refugio del sueño. Mas, tam-poco aquí encontraremos lo que buscábamos, y per-deremos en el sueño el consuelo que podríamos haber obtenido de Dios si hubiéramos permanecido despier-tos y orando. Se deja, entonces, sentir sobre nosotros el peso molesto de una mente perturbada incluso mientras dormimos, y aun con los ojos cerrados, tro-pezamos con las tentaciones y trampas preparadas por el diablo.
De ahí que Cristo, prescindiendo de cualquier excusa para el sueño, dijera: «¿Por qué dormís? Dormid ya y descansad. Basta. Levantaos y rezad para que no caigáis en la tentación. Ha llegado la hora y el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos. Ya llega el que me va a entregar. Toda-vía estaba hablando, cuando llegó Judas ....»46 Al despertar a los Apóstoles por tercera vez, cortó de golpe sus palabras con una cierta ironía. No con esa ironía frí-vola y burlona con la que hombres ociosos, pero de talento, acostumbran a divertirse entre sí, sino con una ironía grave y seria: «Dormid y descansad...»
Notad cómo da permiso para dormir: de tal modo que significa en realidad lo contrario. Apenas había di-cho: «Dormid», añadió «Basta»; como si dijera: «Ya no necesitáis dormir más. Durante todo el tiempo que deberíais haber estado despiertos, habéis estado durmiendo, incluso en contra de lo que os mandé. Ahora ya no hay tiempo para dormir, y ni siquiera para que-darse un momento sentados. Debéis levantaros inme-diatamente y rezad para que no caigáis en la tenta-ción. Tal vez por ella me abandonaréis, causando gran escándalo. Pero, por lo demás, por lo que se refiere al sueño, dormid y descansad, si podéis. Tenéis mi permiso, pero no podréis. Ya se acerca la turba -ya están casi aquí-

y ella sacudirá vuestra modorra. Ya se aproxima la hora en la que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pecadores. Muy cerca está quien me entrega.» Apenas hubo terminado estas pocas palabras, y todavía hablaba, cuando he aquí que Judas Iscariote...
No ignoro que algunos eruditos y santos no admi-ten esta interpretación, aunque sí admiten que otros -igualmente doctos y santos- la han considerado aceptable. No se ha de pensar que quienes no aceptan esta interpretación se hayan horrorizado ante una iro-nía en labios de Cristo (como algunos otros, sin duda hombres piadosos, pero no lo suficientemente versados en las figuras de lenguaje que toma la Sagrada Escri-tura ordinariamente del lenguaje común; si lo fueran, habrían encontrado la ironía en tantos otros lugares que no la habrían juzgado ofensiva en éste). ¿Qué podría ser más punzante y humorístico que aquella ironía con la que el bienaventurado Apóstol censura a los corin-tios con tanta gracia? Pues pide, en efecto, disculpas por no haber nunca cargado a ninguno de ellos con cargas ni gastos: «¿Qué he hecho yo de menos por voso-tros que por las otras iglesias si no es esto: que nunca os he sido gravoso? Perdonadme este agravio»47. ¿Qué ironía podría ser más mordaz que aquella con la cual el profeta de Dios ridiculizó a los adivinos de Baal mientras invocaba a la estatua muda de su dios: «Llamadle más fuerte -decía- porque vuestro dios duerme o, quizás, se ha ido a otro lugar de viaje»?48. Aprovecho la ocasión de mencionar estos ejemplos por aquellos lectores que, debido a una demasiado pía sencillez, rehúsan aceptar en la Sagrada Escritura (o al menos no advierten en ella) estas formas de lenguaje tan usadas corrientemente; y al no contar con ellas no aciertan a veces con el sentido real de la Escritura.
No disgusta a San Agustín la interpretación que yo mantengo, pero dice que no es necesaria: opina ser su-ficiente el sentido literal y directo, sin ninguna figura del lenguaje. En su obra Concordia evangelistarum es-cribe sobre ese pasaje: «Parece que Mateo se contra-dice. ¿Cómo puede decir "dormid ahora y descansad", e inmediatamente después añadir "levantaos, vamos"? Contrariados por esta inconsistencia intentan ver en esas palabras -"dormid y descansad"- un reproche en lugar de una concesión o permiso. Esto sería lo más correcto si fuera necesario. Pero Marcos lo relata así: Cuando Cristo hubo dicho "Dormid y descansad", añadió "Basta", y siguió diciendo: "Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre será traicionado". Por lo tanto, se ha de entender que después de decir "Dormid y descansad", quedó el Señor un rato en silencio para que hicieran lo que había permitido, y sólo después siguió: "Basta. He aquí...", es decir, "Habéis descansado bas-tante"»*.Como siempre, no deja San Agustín de ser agudo en este razonamiento. En mi opinión, sin embargo, los que defienden la otra opinión no encuentran probable que, después de que Cristo les reprochara por dos veces el dormirse, se volvieran a dormir ahora que su captura era inmediata; ni que tras haberles reprochado severamente su somnolencia (al decirles «¿por qué dormís?»), les hu-biera dado permiso para dormirse. No hay que olvidar que el peligro -y ésta era la razón por la que no debían haberse dormido antes- estaba ahora, precisamente, a la puerta, como se dice. De cualquier modo, presentado como he las dos opiniones, cada uno es libre de escoger la que prefiera. Me limito a dar cuenta de ambas. No de-seo yo (que soy nadie en esta cuestión) ofrecer una so-lución como si fuera el árbitro oficial.

Levantaos y orad

«Levantaos y orad para que no caigáis en la tenta-ción.» Les mandó antes vigilar y rezar; mas, ahora que han experimentado, y por dos veces, que el estar dema-siado cómodamente sentado favorece que el sueño se insinúe poco a poco, les enseña un remedio instantáneo contra la modorra y la somnolencia. Consiste en ponerse de pie. Del mismo Salvador viene este remedio, y ojalá tuviéramos ganas de practicarlo de cuando en cuando en plena noche. Comprobaríamos ser verdad lo que dice Horacio: Dimidium facti qui cepit habet, que «el que empieza tiene la mitad hecho». Y aún más, que «una vez empezado, está todo hecho».
En efecto, cuando luchamos contra el sueño, el primer encuentro es siempre el más duro y violento. No hemos, por consiguiente, de superar el sueño por una lucha prolongada, sino que, de un golpe, de una sola sacudida, debemos romper los lazos tentadores con los que nos abraza y así deshacernos de él de inmediato. Una vez arrojada la somnolencia de la desidia y apatía (verdadera imagen de la muerte), volverá la vida con todo su ardor y entusiasmo. Si recogida la mente en el umbroso silencio de la noche, nos dedicamos a la meditación y a la oración, se sentirá mucho más capaz de recibir el alivio de Dios que durante el día, cuando el estrépito de los negocios por todos lados distrae los ojos, los oídos y la cabeza, disipándola en muchas acti-vidades tan variopintas, a veces, como inútiles. Observad cómo el pensamiento de cualquier tontería (algo relacionado con asuntos mundanales) interrumpe nues-tro sueño y nos mantiene despiertos por largo rato, y hasta se nos hace difícil dormir en absoluto; la oración, por el contrario, no nos mantiene despiertos. A pesar del fruto tan grande que procura al alma, y a pesar de las muchas trampas que nos tiene preparadas el ene-migo, no nos despertamos para seguir rezando, sino que nos dormimos contemplando las visiones y ensue-ños de Mandrágora. Hemos de recordar con frecuencia que Cristo no nos mandó simplemente levantarnos, sino levantarnos para rezar. No es suficiente levantarse si no lo hacemos

para algo bueno. De otro modo, habría menos pecado si se perdiera el tiempo en perezosa somnolencia que si se aprovechara, estando bien despierto, para cometer in-tencionadamente crímenes llenos de malicia. Junto con la necesidad de rezar, les muestra para qué deben rezar. «Orad -dice- para que no caigáis en la tentación.» Una y otra vez les grababa esta misma idea: la oración es el único refugio contra la tentación, y si alguien no quiere admitir la oración en el castillo de su alma, sino que la excluye entregándose al sueño, permite con su negligencia que las tropas del diablo (esto es, las tenta-ciones del mal) irrumpan como por inercia en su alma.

Tres veces seguidas les aconsejó rezar, y después, para que no pensaran que les enseñaba sólo con pala-bras, Él mismo les dio ejemplo, y por tres veces se fue a orar. Insinuaba de esta manera que hemos de rezar a la Trinidad: al Padre Ingénito, al Hijo engendrado por el Padre e igual a Él, y al Espíritu, igual a cada uno y que de ambos procede. De las Tres Personas hemos de pedir también tres cosas: perdón por la vida pasada, gracia para el tiempo presente, y prudencia para el fu-turo. Y en esta oración no hemos de ser descuidados y perezosos; ha de ser ferviente y sin cesar. Cuán lejos estamos de este tipo de oración, es algo que cada uno personalmente puede apreciar, pues se lo indica su pro-pia conciencia. Y también externamente puede llegar a conocerlo, si día tras día son menores los frutos que provienen de la oración (que Dios no lo permita).

Ya que he procurado atacar con todas mis fuerzas las distracciones y la falta de atención durante la ora-ción, será ahora muy oportuno hacer una advertencia, no sea que vaya a aparecer yo como un cirujano cruel y despiadado tocando una llaga que padecemos todos, y en lugar de llevar medicina y alivio a las almas delica-das, sólo les sea causa de mayor dolor, quitándoles la esperanza de salvarse. Con el propósito de curar estas «inflamaciones» y preocupaciones del alma ofrece Gerson ciertos calmantes, de la misma manera que los médicos se valen de medicinas para mitigar el dolor (las que ellos llaman anodina o sedantes).

Este autor, Jean Gerson*, hombre de gran erudición y director comprensivo de conciencias atribuladas, comprobó (según mi entender) que ese «mariposeo» de la mente provocaba tan grandes angustias en algunas personas que repetían las palabras de sus oraciones, una detrás de otra, balbuceándolas con gran trabajo, y a pesar de su esfuerzo no iban a ninguna parte, e incluso, a veces, quedaban más descontentas a la tercera vez que a la primera. Tan completo era el fastidio, que per-dían todo consuelo al rezar, y no faltaban quienes esta-ban a punto de abandonar la oración como algo inútil y sin sentido (caso de que continuaran así rezando) o, in-cluso, como de hecho temían, nocivo. Este autor, ama-ble y piadoso, con objeto de aliviar tan aguda molestia, distinguió tres aspectos en la oración: el acto, la virtud y el hábito. Explicándose con mucha claridad, pone el ejemplo de una persona que se decide a hacer una pere-grinación a Santiago (de Compostela) partiendo desde Francia.

Habrá trechos durante el viaje en que esta persona avanzará meditando en la figura del santo y en el pro-pósito de su viaje. En tales ratos continúa su peregrina-ción con un doble acto, a saber: una continuidad natu-ral y una continuidad moral (para usar las mismas expresiones de Gerson). Continuidad natural porque, actualmente, avanza hacia aquel lugar. Moral, porque sus pensamientos están centrados en la peregrinación como tal. Llama «moral» a aquella intención (formam) por la que el hecho de ponerse en camino (en sí mismo indiferente) es perfeccionado por una causa piadosa. Otros ratos, sin embargo, caminará el peregrino consi-derando diferentes asuntos, sin pensar lo más mínimo en el santo ni en el sitio de destino; puede ocurrir que vaya meditando en algo incluso más santo, como en Dios mismo. Cuando así acontece continúa su peregri-nación en el nivel natural, pero no en el moral. Avanza con los pies, sí, pero no piensa, en ese preciso mo-mento, en la razón particular de su partida y, tal vez, ni siquiera se fija por dónde va caminando. Aunque el acto moral de su peregrinación no se continúa, sí perse-vera la virtud moral: su caminar, que es actividad bien natural, se ve penetrado e informado por una virtud moral, al estar siempre acompañado por el buen propósito del primer momento (como una piedra sigue la tra-yectoria del primer impulso aunque se retire la mano que la arrojó). Podrá ocurrir que se dé el acto moral en ausencia del natural, como, por ejemplo, cuando piense sobre la peregrinación mientras descansa sentado sin caminar. Finalmente, ocurre también que no se den nin-guno de los dos actos, por ejemplo, al dormir: ni ca-mina ni piensa en la peregrinación. Mas, aun en este caso, permanece la virtud moral habitualmente, a no ser que sea intencionadamente rechazada. La peregri-nación nunca se ve, por tanto, interrumpida ni deja de tener mérito: persiste de modo habitual a no ser que se tome una decisión en sentido contrario, abandonando el viaje o, al menos, retrasándolo. Valiéndose de este ejemplo concluye de manera parecida en lo que se re-fiere a la oración: una vez que se ha empezado con atención, nunca después puede ser interrumpida de tal modo que la virtud de la primera intención no perma-nezca de modo continuo, actual o habitualmente. Y esto es así siempre que no se renuncie a aquella inten-ción inicial decidiendo abandonar la oración, o bien cortándola bruscamente por el pecado mortal.

Oportet semper orare et non deficiere 49. Dice Ger-son sobre estas palabras de Cristo, que no se pronuncia-ron figurativamente, sino de modo directo y literal, y que, de hecho y literalmente, son cumplidas por hom-bres buenos y rectos. Apoya su opinión en un conocido proverbio: Qui bene vivit

sempre orat (el que vive con rectitud está siempre rezando). Y esto es verdad porque, quien todo lo hace para la gloria de Dios (como reza la prescripción del Apóstol), una vez que ha empe-zado con atención nunca interrumpe luego su oración de tal modo que la virtud meritoria no perdure, si no actualmente, al menos virtualmente*.
Esta es la explicación de un hombre bueno y ver-sado como Jean Gerson, en su breve tratado De ora-tione et eius valore. Quiere aliviar y animar a quienes se angustian y entristecen si, mientras rezan, se les va la cabeza a muchas otras cosas sin su querer ni su co-nocimiento, pues ocurre aunque celosamente luchen por no distraerse. No pretende, en absoluto, proporcio-nar un falso tranquilizante a quienes por pereza supina no ponen el más mínimo esfuerzo durante la oración. Cuando hacemos cosa tan seria como la oración de modo negligente y descuidado, ni rezamos ni tenemos a Dios propicio; por el contrario, le alejamos de noso-tros en su indignación. ¿Podrá alguien sorprenderse de que Dios se indigne al ser interpelado de manera tan despectiva por una pobre creatura? ¿O habremos de pensar que no se dirige despectivamente a Dios quien le dice: «Oh, Dios, escucha mi oración», mientras su cabeza anda volcada en mil cosas vanas y superficia-les, y algunas veces (ojalá no ocurriera nunca) hasta pe-caminosas? Tal individuo ni siquiera oye su propia voz. Va murmurando de memoria oraciones muy gastadas, la cabeza en las nubes, emitiendo sonidos sin sentido, como dice Virgilio. En fin, al acabar la oración necesi-tamos muy a menudo alguna otra oración para pedir perdón por la anterior negligencia.
«Levantaos y rezad para que no caigáis en la tenta-ción.» Y en seguida les advirtió Cristo del peligro tan grande que se cernía sobre ellos, para que quedara así claro que no sería suficiente una oración rutinaria o somnolienta. «He aquí que se acerca la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los peca-dores», es decir: «Os predije que iba a ser traicionado por uno de vosotros, y os horrorizasteis ante esas pala-bras. Advertí que Satanás os buscaba para sacudiros como el trigo, y escuchasteis esto con gran despreocu-pación, sin dar respuesta, como si la tentación fuera algo a no tener en cuenta. Para que supierais que no debe ser menospreciada, predije que todos os escanda-lizaríais de mí, y todos lo negasteis. Al que más negó escandalizarse le predije que me negaría tres veces an-tes de que el gallo cantara. Mas él insistió en que no se-ría así, sino que moriría conmigo antes que negarme. Y lo mismo dijisteis los demás. Para que no consideraseis la tentación como algo fácil y sin importancia, una y otra vez os mandé que vigilaseis e hicieseis oración -no fuera que cayeseis en la tentación-. Tan lejos es-tabais de estimar su fuerza y su atracción, que no os preocupasteis de rezar ni de vigilar contra ella. Quizás os llevó a desdeñar el poder violento de la tentación diabólica el hecho de que, cuando os envié de dos en dos para predicar la fe, me contabais al regresar que hasta los demonios se os sometían. Pero yo, que co-nozco tanto la naturaleza de los demonios como la vuestra (y con toda profundidad porque creé ambas), ya os advertí entonces que no os gloriaseis en tal vani-dad porque no era vuestro poder el que dominaba a los demonios: yo mismo lo hacía, y lo hice por otros que iban a abrazar la fe verdadera; por ellos lo hice y no por vosotros. Os recordé que debíais más bien gloriaros en el verdadero fundamento de la alegría, esto es, en el he-cho de que vuestros nombres están escritos en el libro de la vida. Esto os pertenece con toda firmeza, porque una vez que hayáis alcanzado la culminación de esa alegría, ya no podréis perderla aunque todo el ejército de los demonios luchara contra vosotros. El poder que ejercisteis contra ellos en aquella ocasión aumentó tanto vuestra confianza que desdeñáis ahora la tenta-ción como cosa de poca importancia. Hasta ahora habéis visto la tentación como algo muy lejano, aunque os anuncié que el peligro se cernía esta misma noche. Mas ahora os advierto: no sólo la noche sino la hora precisa está ya muy cercana. Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre será entregado en manos de los pe-cadores. Ya no hay lugar para estar sentado o para dormir. Tendréis necesidad de estar despiertos, vigilantes, y apenas hay tiempo para rezar. Ya no anuncio cosas futuras, sino que en este mismo momento digo: Levan-taos, vamos. El que me ha de entregar está cerca. Si no queréis estar despiertos para rezar, levantaos por lo me-nos y marchad rápidamente, no sea que más tarde no podáis escapar. Porque ya está aquí el que me trai-ciona.»
Al decir «Levantaos, vamos», también pudo signi-ficar, no que huyeran, sino que se adelantaran para ha-cer frente a los acontecimientos con confianza. Así lo hizo. Él mismo. No se marchó en la dirección opuesta, sino que, mientras hablaba, iba al encuentro de aque-llos que le buscaban con el corazón lleno de furia cri-minal.

Cristo sigue siendo entregado en la historia

«Todavía mientras Jesús hablaba, he aquí a Judas Iscariote, uno de los Doce, y con él una gran muchedumbre con espadas y palos, enviada por los jefes de los sacerdotes, los escribas y ancianos del pueblo»50. Nada hay tan eficaz para la salvación y para la siembra de todas las virtudes en un corazón cristiano, como la contemplación piadosa y afectiva de cada uno de los sucesos de la pasión de Cristo. Pero, junto a esto, no resulta de poco interés considerar el mismo hecho histórico -aquel tiempo en que los Apóstoles dormían mientras el Hijo del hombre era entregado- como una misteriosa imagen de lo que ocurriría en el futuro. Para redimir al hombre, Cristo fue verdaderamente

Hijo del hombre; aun concebido sin semen de varón, descendía realmente del primer hombre; se hizo hijo de Adán para poder restaurar en su pasión la posteridad de Adán, per-dida y desgraciadamente desposeída por la falta de los primeros padres, a un estado de felicidad incluso ma-yor que el original.

Por esta razón, y aun siendo Dios, continuamente se llamaba a sí mismo Hijo del hombre, porque era hombre verdadero. Insinuaba así de modo constante el beneficio de su muerte al recordar la única naturaleza que puede morir. Aunque Dios murió por nosotros, ya que murió aquél que era Dios, su divinidad no sufrió la muerte, sino sólo su humanidad, o, más bien, su cuerpo (si nos atenemos más a lo que ocurre de hecho en la na-turaleza que al uso vulgar de las palabras; pues se dice de un hombre que muere cuando el alma se separa del cuerpo sin vida, pero el alma es en sí misma inmortal). No sólo se complacía en ser llamado con esa expresión que define nuestra naturaleza, sino que se gozaba en tornar la naturaleza humana para salvarnos y para unir a sí, como si se tratara de un solo cuerpo, a todos los que hemos sido regenerados por la fe y los sacramen-tos de salvación. Se dignó incluso hacernos partícipes de su mismo nombre; y, de hecho, la Escritura llama a todos los fieles «cristos y dioses».

En consecuencia, pienso que no andamos equivo-cados al sospechar que se avecina de nuevo un tiempo en que el Hijo del hombre, Cristo, será entre-gado en manos de los pecadores, cuando observamos un peligro inminente de que el Cuerpo místico de Cristo, la Iglesia de Cristo, esto es, el pueblo cris-tiano, es arrastrado a la ruina a manos de hombres perversos e impíos. Y con dolor lo digo, porque ya son varios los siglos en los que no hemos dejado de ver cómo esto acontece, ora en un sitio, ora en otro; mientras, en algunos lugares, invade el cruel turco te-rritorios cristianos, o, en otros, poblaciones enteras son desgajadas por las luchas intestinas de muchas sectas heréticas. Cuando veamos u oigamos que tales cosas empiezan a ocurrir, aunque sea muy lejos de nosotros, pensemos que no es momento para sentarse y dormir, sino para le-vantarse inmediatamente y socorrer a aquellos cristianos en el peligro en que se encuentran y de cualquier manera que podamos. Si otra cosa no podemos, sea al menos con la oración. Ni se ha de considerar este peligro de modo frívolo y superficial por el solo hecho de que ocurra muy lejos de nosotros Si tan acertada es aquella frase del poe-ta cómico: «Hombre como soy, nada humano me es ex-traño», ¿cómo no sería merecedor de grave reproche la conducta de esos cristianos que duermen y roncan mien-tras otros cristianos están en peligro? Para insinuarnos esto dirigió Cristo su advertencia de que convenía estar despierto, vigilando y rezando, no sólo a los discípulos que estaban cerca suyo, sino también a los que Él quiso que se quedaran a cierta distancia.

Si los males y desgracias de aquellos que están le-jos no nos llegaran a conmover y preocupar, muévanos, al menos, nuestro propio peligro. Pues razón de sobra tenemos para temer que la maldad destructora no tar-dará en acercarse adonde estamos, de la misma manera que sabemos por experiencia cuán grande e impetuosa es la fuerza devastadora de un incendio, o cuán terrible el contagio de una peste al extenderse. Sin la ayuda de Dios para que desvíe el mal, inútil es todo refugio hu-mano. Recordemos, por consiguiente, estas palabras evangélicas, y pensemos de continuo que es el mismo Cristo quien las dirige de nuevo, una y otra vez, a no-sotros: «¿Por qué dormís? Levantaos y rezad para que no caigáis en la tentación.»

Otra idea se desprende de aquí, y es ésta: Cristo es entregado de nuevo en manos de los pecadores cuando su Cuerpo sacrosanto en la Eucaristía es consagrado y manoseado por sacerdotes lujuriosos, disolutos y sacrí-legos. Cuando tales cosas veamos (y desgraciadamente ocurren con mucha frecuencia), pensemos que Cristo mismo nos habla de nuevo: «¿Por qué dormís? Desper-taos, levantaos y rezad para que no caigáis en la tenta-ción. Porque el Hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores.» Por el mal ejemplo de esos sacerdo-tes perversos, la peste del vicio se extiende con facili-dad entre el pueblo. Y cuando menos idóneos son para recibir la gracia quienes, por obligación, han de vigilar y rezar por el pueblo, tanto más necesario es para éste estar bien despierto, levantarse y rezar con gran ardor, no sólo por sí mismos, sino también por estos sacerdo-tes. ¡Qué grandísimo bien se haría al pueblo si tales sa-cerdotes cambiaran y se hicieran mejores!

Una manera particular de entregar a Cristo en ma-nos de los pecadores se da entre ciertas personas que, aunque reciben el sacramento de la Eucaristía con fre-cuencia, quieren dar la impresión de que lo veneran de modo más santo al recibirlo bajo las dos especies, lo cual va en contra del uso común y se hace sin necesi-dad alguna, y no sin grave afrente a la Iglesia católica. Sin embargo, estos mismos blasfeman de lo que han re-cibido, algunos llamándolo «pan verdadero y vino ver-dadero», y otros, todavía peor, llamándolo simple-mente «pan y vino». Todos ellos niegan que el Cuerpo de Cristo esté contenido en el sacramento que llaman «Corpus Christi». Cuando después de tanto tiempo que ha transcurrido se ponen a hablar así contra los más evidentes pasajes de la Escritura, contra las interpreta-ciones clarísimas de todos los santos, contra la fe cons-tantísima de toda la Iglesia durante tantos siglos, contra la verdad ampliamente atestiguada por miles de mila-gros, esa gente que marcha en este último tipo de infi-delidad, ¿qué diferencia, me pregunto, existe entre ellos y los que cogieron prisionero a Cristo aquella no-che? ¡Qué poca diferencia entre ésos y aquellas

tropas de Pilato que en actitud de burla doblaban sus rodillas delante de Cristo, como si le rindieran honor, mientras le insultaban y le llamaban rey de los judíos! Esta gente de ahora también se arrodilla ante la Eucaristía y la llama Cuerpo de Cristo mientras, de acuerdo con su doctrina, no creen en ella más que los soldados de Pi-lato creían que Cristo era rey.
En cuanto oigamos que tales cosas ocurren en otros lugares -no importa qué lejos estén-, imaginemos inmediatamente a Cristo diciéndonos con urgencia: «¿Por qué estáis dormidos? Levantaos y rezad para que no caigáis en la tentación.» No seamos ingenuos: don-dequiera se presenta hoy esta plaga con extraordinaria virulencia, no cogen todos la enfermedad en un solo día. El contagio se extiende poco a poco y de manera imperceptible. Quienes al principio no le daban impor-tancia, se levantan más tarde para oírlo y responder con cierta apatía o menosprecio; y luego son arrastrados al error, hasta que, como un cáncer (según expresión del Apóstol), el escurridizo mal acaba finalmente conquis-tando el país entero. Mantengámonos bien despiertos, levantémonos y recemos asiduamente para que vuelvan sobre sí todos cuantos han caído en esta desgra-ciada insania preparada por Satán, y para que Dios nunca permita entremos nosotros también en tal tenta-ción, ni permita jamás al diablo desatar las ráfagas de esa tormenta hacia nuestras costas. Pero acabemos ya con esta digresión sobre los misterios y reanudemos la historia.

Judas Apóstol y Traidor

«Judas, habiendo tomado una cohorte de soldados que le dieron los sacerdotes y los fariseos, fue allá con antorchas y armas. Estando Jesús todavía hablando, llega Judas Iscariote, uno de los Doce, y con él un tro-pel de gente armada con espadas y garrotes, enviada por los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos. El traidor les había dado una señal ...»51. Me inclinaría a creer que la cohorte que, según los evange-listas, fue dada al traidor por los pontífices, era una co-horte romana asignada por Pilato a los sacerdotes. Los fariseos, escribas y ancianos del pueblo habían añadido a ella sus propios servidores, bien porque no tuvieran suficiente confianza en los soldados del gobernador, bien porque pensaron que un mayor número sería con-veniente para que no fuese Cristo rescatado por el re-pentino tumulto y la confusión causada por la oscuri-dad de la noche. O tal vez llevaban la intención de arrestar a todos los Apóstoles al mismo tiempo, sin dejar que ninguno escapara en la oscuridad. No fue cum-plido este último propósito, pues el poder de Cristo no lo consintió; y Él mismo fue capturado porque quiso ser hecho prisionero Él solo.
Llevan antorchas encendidas y linternas para poder distinguir entre las tinieblas del pecado el sol brillante de la justicia. Llevan antorchas, no para que pudieran ser iluminados con la luz de Aquél que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, sino para extinguir aquella luz eterna que nunca puede ser oscurecida. Tanto unos como otros, los enviados y quienes les enviaban, se afanaban por derrocar la ley de Dios por causa de sus tradiciones. También ahora hay quienes siguen sus hue-llas, y persiguen a Cristo al esforzarse por ensombrecer el esplendor de la gloria de Dios con su propia gloria.
Merece la pena, en este pasaje, prestar atención y advertir la inestabilidad de las cosas humanas. Apenas hacía seis días que, incluso los gentiles, estaban deseo-sos de ver a Cristo a causa de sus milagros y la santi-dad de su vida. Los mismos judíos le habían recibido con respeto admirable al entrar en Jerusalén. Y, ahora, judíos y gentiles vienen a arrestarle como a un ladrón. Entre ellos, no uno más en el gentío, sino haciendo ca-beza, iba un hombre peor que todos los judíos y genti-les juntos: era Judas. Quiso Cristo ofrecer este con-traste para enseñar que la rueda de la fortuna no quedará inmóvil para nadie, y que ningún hombre cris-tiano, su esperanza puesta en el cielo, ha de perseguir la gloria desdeñable en la tierra.
Observaremos que las autoridades que en contra de Cristo enviaron aquella turba eran sacerdotes -¡príncipes de los sacerdotes!-, fariseos, escribas y ancia-nos del pueblo. Lo que es óptimo en la naturaleza, si empieza a desviarse, se corrompe en lo peor; Lucifer, por ejemplo, que fue creado por Dios como uno de los más excelsos entre los ángeles del cielo, vino a ser el peor de los demonios una vez que se entregó a la co-rrupción de la soberbia. No fue lo más bajo del pueblo, sino lo más encumbrado, los príncipes de los sacerdo-tes, cuya obligación y oficio era cuidar de la justicia y promover los asuntos de Dios, quienes, particular-mente, conspiraron para apagar el sol de la justicia y destruir al unigénito de Dios. La avaricia, la envidia y la altivez les llevaron a tal extremo de locura.
He aquí otro punto que no se debe pasar por alto. Judas, llamado en otros lugares con el infame nombre de traidor, es ahora perturbado al recibir el título su-blime de Apóstol. «Judas Iscariote, uno de los Doce»: ni era uno de los gentiles, ni uno de los judíos enemi-gos, ni uno entre los muchos discípulos de Cristo (aun si lo hubiera sido, inconcebible sería lo que hizo), sino -vergüenza jamás vista- uno de los Apóstoles esco-gidos por Cristo. El solo, «uno de los Doce», fue capaz de entregar a su Señor para ser capturado, e incluso se hizo cabecilla de la turba.
Hay en este pasaje una lección que deben aprender quienes ocupan puestos y cargos en la vida pública, pues no tienen siempre motivo para gloriarse y com-placerse en sí mismos cuando son llamados con títulos solemnes. No; tales títulos son dignos y apropiados si quienes los poseen son

conscientes de haber merecido tal tratamiento de honor por el recto cumplimiento personal de sus deberes administrativos. De no ser así, ten-drían que ser abatidos por la vergüenza (a no ser que se deleiten en palabras vacías). No importa lo que sean: príncipes, grandes señores, emperadores, obispos, sacer-dotes; si son miserables y perversos, deberían darse cuenta de que, cuando los hombres hacen sonar en sus oídos los títulos espléndidos de sus cargos, no lo hacen sinceramente para rendirles honor, sino para poder re-procharles, sin peligro alguno y bajo color de alabanza, los honores que llevan y usan tan indignamente. «Judas Iscariote, uno de los Doce»; cuando el evangelista hace aparecer a Judas con el título de su Apostolado, la in-tención real no es, en absoluto alabarle, lo que está bien claro, pues le llama en seguida traidor. «El traidor les había dado una señal diciendo: A quien y besare, ése es, prendedle»52.

Se suele preguntar aquí por qué necesitó el traidor dar una señal a la turba para identificar a Jesús. Contes-tan algunos que acordaron hacerlo así porque más de una vez, anteriormente, Cristo había escapado de im-proviso de manos de quienes intentaban prenderle. Ahora bien, debió de ocurrir esto de día, y dado que Cristo lo hacía sirviéndose de su poder divino, bien de-sapareciendo de su vista o pasando a través de ellos mientras miraban atónitos, se comprende que era inútil del todo dar una señal con objeto de identificarle y que no escapara. Otros han dicho que uno de los dos San-tiagos se parecía mucho a Cristo, tanto que, si no se les miraba bien de cerca, no era fácil distinguirlos (dicen que ésta era la razón de que fuera llamado hermano del Señor). Pero si podían haber sido arrestados juntos y, más tarde, ser identificados, ¿qué necesidad había de dar una señal? Era la noche ya avanzada, como dice el evangelista, y aunque se acercaba el amanecer, todavía era de noche y la oscuridad lo llenaba todo, pues lleva-ban antorchas que daban, seguramente, luz suficiente para hacerlos visibles desde lejos, pero no para distin-guir bien una persona a cierta distancia. Y aunque aquella noche tal vez tuvieron la ventaja de cierta luz de la luna llena, sólo pudo servir para iluminar los con-tornos de las figuras humanas en la distancia y no para obtener una buena iluminación de los rasgos faciales, distinguiendo una persona de otra. Por otra parte, si iban corriendo al barullo con la esperanza de capturar a todos a la vez (cada uno escogiendo su víctima sin sa-ber quién era), tendrían, con razón, miedo de que, entre tanta gente, pudiera alguno escapar y, lo que es peor, que uno de los fugitivos fuera, precisamente, el único hombre que de verdad perseguían (los que en mayor peligro se encuentran suelen ser los que más rápida-mente se preocupan de sí mismos).Tanto si así lo pla-nearon, como si Judas mismo lo insinuó, lo cierto es que dispusieron la estratagema haciendo que el traidor se adelantara y señalara al Maestro con un abrazo y un beso. Una vez puestos los ojos en Él, pondrían en Él sus manos, y caso de que alguno de los otros escapara, ya no habría tanto peligro.

«Les había dado el traidor esta señal: A quien yo besare, ése es. Prendedle y llevadle con cautela.» ¡Hasta dónde llegará la mezquindad! ¿No te bastó, canalla traidor, con vender a tu Señor, al que te había ele-vado a la tarea sublime de Apóstol, en manos de hom-bres impíos y con un beso, sin necesidad de estar tan preocupado de que se lo llevaran con precaución, no fuera que llegara a escapar? Se te pagó para que le trai-cionaras, mientras otros eran enviados para atraparle, custodiarle y conducirle a juicio. Pero tú, como si ese pa-pel en el crimen no fuera bastante importante, vas y te inmiscuyes en la tarea de los soldados. Como si los rui-nes magistrados que les enviaron no les hubieran dado instrucciones adecuadas, hacía falta un hombre como tú que añadiera un nuevo mandato de llevárselo con pre-caución bien apresado. Habías cumplido del todo tu tra-bajo criminal entregando a Cristo a sus sicarios. Pero si los soldados hubieran sido tan remisos que Cristo consi-guiera escapar de entre ellos, por su descuido o resca-tado por la fuerza, ¿tenías miedo acaso de que entonces no te serían pagadas tus treinta piezas de plata, paga ilus-tre de crimen tan horrendo? Se te pagará, no lo dudes, pero no desearás tanto recibirlas con codicia como esta-rás inquieto y deseoso de arrojarlas lejos de ti tan pronto como las hayas conseguido. Entretanto, llevarás a cabo una acción que trae dolor para tu Señor y la muerte para ti, pero que será para muchos la salvación.«Venía delante de ellos y se acercó a Jesús para be-sarle. En cuanto llegó, arrimándose a Jesús le dijo: Salve, Maestro, salve. Y le besó. Le dijo Jesús: Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»53. Iba Judas delante de la turba y esto no sólo es verdad en la historia, sino que tiene también un sen-tido espiritual: entre los que participan en un mismo acto pecaminoso, el que tiene más motivos para abste-nerse es el que mayor culpa tiene delante del juicio de Dios.

«Y se acercó para besarle. Y al llegar fue hacia Él y le dijo: Maestro, salve, Maestro. Y le besó.» Así se acercan a Cristo, así le saludan, así le besan también todos aquellos que se fingen discípulos de Cristo y pro-fesan su doctrina con la lengua mientras, de hecho y con obras, se esfuerzan por destruirla con artilugios y toda una técnica de sutilezas. De igual guisa que Judas le saludan quienes le llaman «Maestro» pero despre-cian sus mandamientos. De la misma manera le besan aquellos sacerdotes que consagran el Cuerpo sacrosanto de Cristo, para después asesinar a los miembros de Cristo, almas cristianas, con su falsa doctrina y su ejemplo depravado. Así le saludan y besan también quienes exigen ser considerados como personas buenas y pías porque, a pesar de ser fieles laicos, persuadidos por malos sacerdotes, reciben el Cuerpo y la Sangre sa-grados de Cristo bajo

ambas especies, contra la cos-tumbre de todos los cristianos, sin ninguna necesidad y no sin gran menosprecio por toda la Iglesia católica y, en consecuencia, no sin grave falta. Esta gente lo hace contra la práctica y el uso de siempre de todos los cris-tianos. Y no sólo se comportan así (cosa que podría ser tolerada), sino que, como si fueran santos Padres de la Iglesia, condenan a todos los que reciben ambas sus-tancias bajo sólo una de las dos especies. Es decir, fuera de sí mismos, condenan a todos los cristianos de todas partes y durante tantísimos años. A pesar de su importuna insistencia en que ambas especies son nece-sarias para los laicos, ya son muchos entre ellos -tanto laicos como sacerdotes- los que eliminan la realidad de ambas especies (el Cuerpo y la Sangre). Se parecen en esto a los soldados de Pilato que se burlaban de Cristo arrodillándose y saludándole como rey de los ju-díos. Se arrodillan en veneración de la Eucaristía, y la llaman Cuerpo y Sangre de Cristo aunque ya no creen que sea lo uno ni lo otro: creen como «creían» los sol-dados de Pilato que Cristo era rey de los judíos.

Todos estos caracteres que he mencionado traen a nuestra cabeza al traidor Judas en cuanto coinciden con él en dos cosas: su saludo y el beso con felonía. Así como todos éstos representan una acción del pasado, Joab proporcionó una figura del futuro porque, ha-biendo saludado a Amasa con estas palabras: «Saludos, hermano», acariciándole la barbilla con su mano dere-cha como si quisiera besarle, desenvainó un puñal que llevaba escondido y lo mató de un golpe. De la misma manera había matado a Abner. Más tarde, como conve-nía según la justicia, pagó con su propia vida engaño tan horrible54. Pues bien, Judas recuerda a Joab, tanto si se consideran las personas y hechos criminales como la venganza de Dios y el final desgraciado de cada uno. Se asemejan Joab y Judas con una sola diferencia; que Judas superó a Joab en todos los aspectos.

Gozaba Joab del favor y de la influencia de su prín-cipe y señor; pero con señor mucho más grande trataba Judas. Joab mató a quien era amigo suyo; Judas era mucho más íntimo con Jesús. La envidia y la ambición movían a Joab porque había oído que el rey iba a pro-mover a Amasa sobre él; mas Judas se movía por la am-bición mezquina de una mísera recompensa, por unas pocas monedas de plata entregó a la muerte al Señor del universo. Cuanto más enorme fue el crimen de Ju-das, tanto más miserable fue el castigo que le siguió. Joab fue muerto a manos de otro, pero el desgraciado Judas se ahorcó con su propia mano. En la forma ex-terna que tomó el delito hay una clara similitud entre ambos crímenes. Joab asesina a Amasa en el mismo instante de saludarle, casi besándole; Judas se acerca a Cristo cortésmente, le saluda con respeto, le besa como muestra de amor; mas no pensaba el cruel villano en otra cosa sino en entregar a su Señor a la muerte. Con todo, no pudo engañar a Cristo como Joab hiciera con Amasa. Cristo le recibe, escucha su saludo, no rechaza el beso. Conocedor de la criminal traición, se comportó durante ese rato como si nada supiera.

Conducta de Cristo con el traidor

¿Por qué Cristo actuó así? ¿Era acaso para enseñar-nos cómo disimular y fingir? ¿Para enseñarnos a devol-ver, con fina astucia, el engaño con otro engaño? De ningún modo. Lo hizo para indicarnos que hemos de soportar con paciencia y mansedumbre todas las inju-rias y ardides, sin enfurecernos, sin buscar venganza, sin dar rienda suelta a nuestras pasiones para insultar al ofensor, sin buscar vano deleite en coger al enemigo en algún traspié. Nos enseñaba a hacer frente a la injuria y a la falsedad con verdadera virtud y, en una palabra, a vencer el mal en abundancia de bien. Es decir, hacer todo esfuerzo posible, insistiendo con ocasión y sin ella, con palabras tan corteses como fuertes y penetran-tes, de tal modo que el hombre miserable pueda cam-biar para bien; y si no responde a este tratamiento, no eche la culpa a nuestra negligencia, sino a la mons-truosa magnitud de su propia maldad.

Como buen médico, intenta Cristo ambos méto-dos de cura, y en primer lugar, empleando palabras suaves y afables: «Amigo, ¿a qué has venido?». Cuando se oyó llamar «amigo», el traidor quedó inde-ciso y pensativo en la duda. Consciente de su crimen, temía que Cristo hubiera usado el nombre de «amigo» para reprocharle con gravedad su enemistad. Por otra parte, ya que los criminales se precian a sí mismos en la esperanza de que nadie conoce sus crímenes, espe-raba ciego en su locura (aunque tenía la experiencia de que los pensamientos de los hombres estaban pa-tentes ante Cristo, e incluso su propia traición había sido declarada durante la última cena), esperaba, digo, que su crimen pasara oculto a Cristo; tan falto de ra-zón estaba Judas. Y como nada podía ser más nocivo para él que verse decepcionado en esta su esperanza porque nada podría disponerle peor para su arrepenti-miento. Cristo en su bondad no permitió que siguiera engañado. De ahí que añadiera inmediatamente en tono grave: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?».

Le llama con el nombre con que solía hacerlo de or-dinario para que el recuerdo de su anterior amistad ablandara el corazón del traidor y le moviera al arre-pentimiento. Le reprocha luego, abiertamente, su trai-ción para que no siguiera pensando que estaba oculta y le diera vergüenza confesarla. Sugiere, por fin, la cri-minal hipocresía del traidor: «¿con un beso entregas al Hijo del

hombre?». Entre los crímenes y obras perver-sas no es fácil descubrir una más odiosa ante Dios que aquellas en las que pervertimos la naturaleza real y ge-nuina de las cosas buenas para hacerlas instrumentos de nuestra maldad. Odiosa es ante Dios la mentira, por-que las palabras, que están por naturaleza ordenadas a expresar el sentido de nuestro pensamiento, son trasto-cadas para un propósito de engaño y decepción. Dentro de este género de maldad, constituye una ofensa grave a Dios abusar de las leyes y del derecho para infligir aquellas injurias que están, precisamente, destinadas a prevenir.

He ahí la razón por la que Cristo reprocha a Judas con dureza por ese modo detestable de pecar. «Judas le dice-, ¿entregas al Hijo del hombre con un beso? Ojalá fuera de hecho como tú deseas aparentar; pero, de otro modo, muéstrate abiertamente, con sinceridad, tal como realmente eres, porque quien obra la enemis-tad bajo el disfraz de la amistad es un hombre vil que multiplica en esa acción su villanía. No estabas satisfe-cho, Judas, con entregar al Hijo del hombre (hijo de aquel hombre por el que todos hubieran parecido si ese Hijo del hombre, que tú crees estar destruyendo, no re-dimiera a quienes desean ser salvados), ¿no te fue suficiente, repito, traicionarle sin necesidad de hacerlo con un beso, convirtiendo así un signo sagrado de amor en instrumento de tu traición? Estoy mejor dispuesto ha-cia esta turba que me rodea y ataca por la fuerza de la violencia y abiertamente, que hacia ti, Judas, que me entregas a ella con un falso beso.

Al ver Cristo que no había en el traidor señal al-guna de arrepentimiento, y para mostrar que prefería hablar con un enemigo sincero que con uno escondido en el anonimato, se apartó de él y se encaminó hacia la turba bien armada. Dejaba claro que nada le importa-ban las inicuas artimañas y tretas del traidor. Así lo re-lata el Evangelio: «Y Jesús, que sabías todas las cosas que le habían de sobrevenir, salió a su encuentro, y les dijo: ¿A quién buscáis? Respondiéronle: A Jesús Naza-reno. Díjoles Jesús: Yo soy. Estaba también entre ellos. Judas, el que le entregaba. Apenas dijo: Yo soy, retro-cedieron y cayeron en tierra»55¡Oh, Cristo salvador!, que hace apenas un rato tan grande era tu miedo que yacías postrado en el suelo, en postura digna de compasión, y que con sudor de sangre suplicabas al Padre que apartara de Ti el cáliz de tu Pa-sión, ¿cómo es que ahora, de manera tan repentina, te levantas, te lanzas como un gigante y vas gozoso al en-cuentro de quienes te buscan para hacerte sufrir?, ¿por qué das a conocer tu identidad tan espontáneamente a quienes admiten buscarte, pero que ignoran todavía que eres Tú a quien, de hecho, buscan? ¡Vengan, acu-dan aquí los débiles y pusilánimes! Que se agarren con fuerza a una esperanza inquebrantable cuando se sien-tan aplastados por el temor ante la muerte. Si con Cristo agonizan y temen y se apesadumbran, llenos de angustia, tristeza, cansancio y sudor, participarán tam-bién en su consolación. Sin duda ninguna, se sentirán fortalecidos por el mismo consuelo que tuvo Cristo (con la condición de que hagan oración, de que perse-veren en ella y de que abandonen todo en la voluntad de Dios). Tan recreados serán por este espíritu de Cristo que sentirán renovarse sus corazones como la tierra vieja es refrescada por el rocío del cielo y, por medio del madero de la Cruz de Cristo, inmerso en las aguas del dolor, el mismo pensamiento de la muerte, antes tan amargo, se hará suave y llevadero. Un ánimo alegre y jovial sucederá al cansancio; el vigor mental y la valentía, reemplazarán el pavor, y, al final, apetece-rán la muerte que antes les horrorizaba, considerando la vida triste y el morir una ganancia, deseando verse libre de las ataduras del cuerpo para estar con Cristo.

«Acercándose Cristo a la muchedumbre les pre-gunta: ¿A quién buscáis? Contestan: A Jesús Nazareno. Judas, el que le entregaba, estaba entre ellos. Y Jesús les dijo: Yo soy. Cuando dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron por tierra.» Si pudiera darse el caso de que el pavor y la angustia de Cristo hubieran antes disminuido nuestra estima e imagen de Él, habría ahora que restau-rarla ante esta su fortaleza tan varonil. Avanza imperté-rrito hacia una masa de hombres armados (a aquellos que ni siquiera sabían quién era Él) y, un seguro de su muerte (pues sabía todo lo que iba a ocurrirle), se ofrece libremente como una víctima que va a ser cruelmente sacrificada. Este cambio, tan completo como re-pentino, resulta verdaderamente admirable si se con-templa desde su santísima humanidad. ¿Qué estima tendremos de Él? ¿Qué intensa reacción ha de produ-cirse en los corazones de todos los fieles por la fuerza de este poder divino pasando asombrosamente a través del organismo debilitado de un hombre? Porque, ¿cómo fue posible que ninguno de los que le buscaban pudiera reconocerle al acercarse? Había enseñado en el templo. Había volcado las mesas de los vendedores. Había arrojado de allí a éstos. Había desarrollado su actividad en público. Había desconcertado a los fari-seos. Había satisfecho a los saduceos. Había refutado a los escribas. Había eludido con una prudente respuesta la pregunta capciosa de los soldados herodianos. Había alimentado a siete mil hombres con siete panes, y cu-rado enfermos y resucitado a los muertos. Se había he-cho accesible a todo tipo de personas: fariseos y publi-canos, ricos y pobres, justos y pecadores, judíos y samaritanos y gentiles. Y, ahora, no hay nadie entre tanta gente que le reconozca por su rostro o por su voz al dirigirse a ellos de cerca. Parece como si los que en-viaran la turba hubieran cuidado de no mandar a nadie que hubiera visto de antemano a la persona que busca-ban. ¿Cómo es posible que nadie distinguiera a Cristo por el beso y el abrazo que había dado Judas por señal? El mismo traidor, ahora entre la turba, ¿acaso olvidó de repente cómo reconocer a

quien acababa de traicionar y señalar con un beso? ¿Qué ocurrió en suceso tan ex-traño? Pienso que nadie fue capaz de reconocerle por la misma razón por la que, más tarde, María Magdalena, aunque le vio, no le reconoció sino cuando Él se reveló a sí mismo; lo mismo con aquellos dos discípu-los que, aun mientras charlaban con Él, no supieron quién era hasta que Él se dio a conocer; y aun así, pen-saron que era un viajero, como María Magdalena creyó que era el jardinero. En pocas palabras, no le recono-cieron por la misma causa que nadie pudo seguir en pie cuando Cristo empezó a hablar: «Al decir: Yo soy, re-trocedieron y cayeron por tierra.»
Declaraba así Cristo ser en verdad la palabra de Dios, que penetra con mayor agudeza que una espada de dos filos. Del rayo dicen que es de tal naturaleza que derrite la espada dejando ilesa la vaina. Aquí, la sola voz de Cristo, sin dañar los cuerpos, de tal modo debi-litó las almas que les dejó sin fuerzas para sostener los miembros.
Menciona el evangelista que Judas estaba entre la turba. Muy probablemente, al oír que Jesús reprochaba abiertamente su traición, confundido por la vergüenza o aplastado por el miedo, pues conocía bien el carácter impulsivo y pronto de Pedro, se retiró inmediatamente y volvió con los de su calaña. El evangelista lo re-cuerda para que entendamos que también con todos los demás cayó Judas al suelo: era Judas de tal condición que no había en aquella muchedumbre nadie peor que él ni que más se mereciera ser arrojado por tierra. Quiso también el evangelista advertir sobre la necesi-dad de ser cuidadoso y prudente en la compañía y ami-gos que uno mantiene: si se anda con gente miserable se corre el peligro de caer junto con ellos. Si alguien pone estúpidamente su suerte junto con quienes van a un naufragio seguro, rara vez sucederá que se salve él solo nadando a tierra firme, mientras los demás se aho-gan en el fondo del mar. Libertad de Cristo en su captura, pasión y muerte.

Libertad de Cristo en su captura, pasión y muerte.

Quien pudo arrojar a todos al suelo con sólo su pa-labra, fácilmente hubiera podido hacerlo con tal fuerza que ninguno volviera a levantarse jamás. Me parece que esto no lo duda nadie. Cristo, sin embargo, os tiró al suelo para que supieran que nada podrían sobre Él si Él no quisiera libremente padecer; y así, permitió que se levantaran para seguir haciendo lo que Él deseaba padecer. «Al levantarse les preguntó por segunda vez56,¿A quién buscáis?, y ellos respondieron: A Jesús Naza-reno.» Tan atemorizados contestaron que parece esta-ban fueran de su sano juicio. En efecto, podían haber sabido que no encontrarían a nadie, y en aquel lugar y en aquella hora de la noche, que no fuese discípulo de Cristo o amigo suyo; y lo último que haría tal persona sería darles una pista para encontrar a Cristo. Ellos, por su parte, en lugar de mantener secreto el propósito de su búsqueda, descubren todo el meollo del asunto al en-contrarse con alguien que ni saben quién es ni por qué les interroga.
Tan pronto preguntó: «A quién buscáis?», respon-dieron: «A Jesús Nazareno.» Contestó Cristo Jesús: «Ya os he dicho que yo soy. Ahora bien, si me buscáis a mí, dejad ir a éstos.» Es decir: «Si me buscáis a mí, ¿por qué no me arrestáis de golpe, ya que yo mismo me he acercado a vosotros y os he dicho quién soy? Y la razón es que sois tan incapaces de prenderme contra mi voluntad que ni siquiera podéis permanecer de pie mientras os hablo, como acabáis de comprobar al cae-ros. Por si acaso lo habéis olvidado, os vuelvo a repetir que yo soy Jesús de Nazaret. Si a mí me buscáis, dejad que éstos se vayan.» Que estas últimas palabras de Cristo no eran un simple ruego es algo que, me parece, Cristo dejó muy claro al arrojar a todos al suelo.
Ocurre, a veces, que quienes planean una villanía no quedan contentos con la simple acción criminal, sino que, con depravado desenfreno, añaden algunos «adornos» (por llamarlos de algún modo), del todo in-necesarios para su propósito criminal. Hay, incluso, al-gunos ministros del mal tan absurda y perversamente cumplidores que, para evitar el riesgo de omitir alguna obra mala a ellos confiada, añaden algo «extra» de su propia parte, por si caso. A ambos se refiere Cristo: «Si a mí me buscáis, dejad marchar a éstos. Si los sumos sacerdotes, escribas, fariseos y ancianos del pueblo de-sean ávidamente calmar su sed con mi sangre, prestad atención y mirad: Cuando me buscabais, salí a vuestro encuentro. Ni siquiera me conocíais, y me entregué a vosotros. Mientras estabais postrados en el suelo, yo seguía junto a vosotros. Y ahora que os levantáis sigo en pie dispuesto a ser capturado. Soy yo mismo quien me entrego a vosotros (cosa que el traidor no pudo con-seguir), para que ni vosotros ni mis discípulos piensen que su sangre deba ser añadida a la mía, como si acaso no fuera suficiente crimen matarme a mí. Si a mí me buscáis, dejad ir a éstos.»Mandó que dejaran en paz a los discípulos y aun les forzó a hacerlo; salvados gracias a la fuga, anuló todos sus esfuerzos por capturarlos. Todo esto lo había anun-ciado ya de antemano, y mandó: «Dejad ir a éstos», para que se cumplieran aquellas otras palabras: «No he per-dido ninguno de los que me has confiado» 57.Estas pala-bras que menciona el evangelista son las mismas que ha-bía dirigido Cristo a su Padre aquella noche en la cena: «Padre santo, guarda en tu nombre a estos que Tú me has confiado.» Y después: «He guardado a los que me diste, y ninguno se ha perdido sino el hijo de la perdi-ción, para que se cumpla la Escritura.» Al predecir que los discípulos se salvarían cuando Él

fuese arrestado, se declara Cristo ser su guardián y custodio. Así lo re-cuerda el evangelista a sus lectores para que entiendan que, aunque dijera a la turba que los dejasen marchar, ya había Él mismo abierto una vía para que huyeran. El final desgraciado de Judas se predice en el salmo 108, donde, en forma de oración, se lee: «Sean cortos sus días, y otro reciba su ministerio.» Se dijo esto de Judas, traidor mucho antes de su traición, pero dudo que, aparte del salmista, conociera alguien que estas palabras eran una predicción precisamente sobre Judas, hasta que Cristo lo mostró con claridad y los hechos confirmaron las palabras. No hay que olvidar que ni los mismos profetas veían todo lo predicho por otros, por que el espíritu de profecía se da a la medida, es personal. Y además me parece que nadie entiende el sentido de to-das las frases de la Sagrada Escritura de tal modo que nada quede ya en ellas de misterio escondido, todavía ig-norado, bien sea sobre los tiempos del anticristo o sobre el juicio final por Cristo; y permanecerán ocultos hasta que venga de nuevo Elías para explicarlos. Puedo de este modo aplicar a la Sagrada Escritura aquella exclamación del Apóstol sobre la sabiduría de Dios, pues es en la Es-critura donde ha ocultado Dios el vasto cúmulo de su sa-biduría: «Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: ¡cuán incomprensibles son sus jui-cios, cuán inescrutables son sus caminos!»58.En nuestros días, sin embargo, primero en un sitio y luego en otro, surgen día tras día, casi como avispas y abejorros, individuos que se glorían de ser autodidac-tas (como dice San Jerónimo), y que sin la ayuda de los comentarios de los antiguos doctores, encuentran muy accesibles, abiertos y claros todos aquellos pasajes que los antiguos Padres confesaron habían encontrado difi-cilísimos. Y los Padres fueron autores de no menor in-genio ni inferior formación doctrinal, infatigables en el estudio y, por lo que se refiere a ese «espíritu» o «ca-risma» que estos autores modernos tienen tan a me-nudo en sus labios como tan rara vez en sus corazones, también los Padres les superaron no menos que en la santidad de sus vidas.

Ocurre en nuestros días que estos autores nuevos, que súbitamente han florecido de la tierra como teólo-gos y que quieren presentarse como quien lo sabe todo, no sólo están en desacuerdo con aquellos autores de vida tan santa sobre el significado de la Escritura, sino que ni siquiera perseveran unánimes en los grandes dogmas de la fe cristiana*. Uno cualquiera entre ellos, el que sea, pretendiendo tener la verdad, conquista a los demás, y, a su vez, es conquistado por ellos: todos se asemejan en su oposición a la fe católica, y son todos también igua-les en ser así vencidos. El que habita en los cielos se ríe de sus intentos, inútiles e impíos. Y a Él suplico yo para que no se ría de ellos de tal guisa que los desdeñe en su ruina eterna, sino para que les conceda la gracia salva-dora del arrepentimiento, y así, estos hijos pródigos, que durante tanto tiempo han andado descarriados en el exi-lio, vuelvan sus pasos al seno de su madre, la Iglesia. De esta manera, unidos todos en la verdadera fe de Cristo y en la caridad de sus miembros, podamos obtener la glo-ria de Cristo, nuestra Cabeza, gloria que nadie, por mu-cho que se engañe, puede esperar alcanzar fuera del cuerpo de Cristo y de la verdadera fe.

El fin de Judas

Pero, volviendo a lo que decía, el hecho de que esa profecía se aplique a Judas fue algo insinuado por Cristo y que Judas mostró al suicidarse; fue hecho luego explícito por Pedro y cumplido por todos los Apóstoles cuando Matías fue elegido para ocupar su lugar: otro re-cibió su episcopado. Después de esto, no hubo ya ningún otro cambio en el grupo de los Doce, aunque los obispos suceden ininterrumpidamente a los Apóstoles. Aquel nú-mero sagrado alcanzó su fin al cumplirse la profecía. Al decir Cristo: «Dejad que éstos se vayan», no im-ploraba su permiso, sino que declaraba, de una manera velada, que Él mismo había concedido a los Apóstoles el poder de marcharse para que se cumplieran aquellas palabras: «Padre, he guardado a los que me diste y nin-guno se ha perdido excepto el hijo de la perdición.» Vale la pena contemplar aquí con cuánta eficacia pre-dijo Cristo en estas palabras el contraste entre el fin de Judas y el de los demás, la ruina del traidor y el feliz desenlace de los otros. Habla Jesús con tal firmeza que no parece anunciar algo del futuro, sino lo que ya ha ocurrido: «He guardado -dice- a aquellos que me diste.» No se defendieron con sus propias fuerzas, ni se salvaron por la misericordia de los judíos, ni escaparon por la negligencia de la cohorte, sino gracias a Cristo: «Yo los he guardado. Y ninguno se ha perdido sino el hijo de la perdición. También él estaba entre los que Tú me diste. Él me recibió, y también a él, como a todos los que me reciben, le he dado poder de llegar a ser hijo de Dios. Cuando la avaricia le enloqueció se pasó a Sa-tanás, y abandonándome y traicionándome con perfi-dia, rechazando la salvación y esforzándose en mi des-trucción, se convirtió en hijo de la perdición y pereció como un miserable en su propia miseria.»Infaliblemente cierto del final de Judas, Cristo ha-bla de su ruina como si ya hubiera acontecido. Mien-tras Cristo es apresado, aparece el infeliz traidor como jefe y guía de los que le capturan, y yo lo imagino go-zándose y exultando en el peligro de su Maestro y de los que fueron sus condiscípulos, pues estoy conven-cido de que deseaba y esperaba que todos fueran arres-tados y condenados. El carácter perverso y la locura furiosa de la ingratitud se manifiestan por esta peculia-ridad: que desea la muerte de la misma víctima a la que inicuamente ha injuriado. Quien

tiene su conciencia plagada de úlceras criminales ve en el mismo rostro de su víctima un reproche insoportable de su acción, y huye de él con espanto.
Se alegraba el traidor confiando que serían captura-dos todos juntos, y estaba tan estúpidamente seguro de sí mismo, que nada había más lejano de su cabeza como el pensamiento de la sentencia de muerte que Dios le colgaba, un lazo terrible a punto de atrapar su cuello en cualquier momento. Qué digna de compasión es esta tenebrosidad de la débil y mortal condición hu-mana que a menudo tiembla de miedo y se perturba tumultuosamente mientras ignora estar completamente a salvo, y otras veces, en cambio, se comporta como si nada le preocupara, segura de todo peligro, y del todo inconsciente de que una espada mortal pende sobre su cabeza. Temían los demás Apóstoles ser prendidos y asesinados junto con Cristo y, sin embargo, todos consi-guieron escapar. Judas, por el contrario, al parecer libre de todo temor y que, incluso se deleitaba en el miedo de los Apóstoles, pereció unas pocas horas después.
Cruel es el apetito que se alimenta de la desgracia ajena. Ni hay razón alguna para que alguien se goce y felicite porque esté en su poder causar la muerte a otro ser humano, como se le antojaba al traidor gracias a los soldados que había conseguido. Aunque un hombre puede enviar a otro a la muerte, puede estar bien seguro de que él mismo también le seguirá, e incierta como es la hora de la muerte, puede ocurrir que él mismo, tal vez, preceda a quien imagina con arrogancia haber en-viado a la muerte. Así ocurrió aquí, en donde la del mi-serable Judas precedió a la de Cristo, a quien aquél ha-bía entregado a la muerte.
Ejemplo triste y terrible para todos. No se crea el criminal seguro y libre de castigo, por mucho que se precie en su arrogante impenitencia, porque contra los malvados conspiran al unísono todas las creaturas junto con el Creador. El aire suspira por soplar vapores noci-vos contra el miserable. El mar desea arrollarlo con sus olas. Las montañas quieren volcarse sobre él. Los va-lles, levantarse en contra suya. La tierra, entreabrirse bajo sus pies. El infierno busca tragarlo tras una larga caída. Los demonios desean zambullirle en las llamas devoradoras y eternas. Y entretanto, el único que pre-serva al hombre malvado es el mismo Dios que aquél abandonó. Si alguien es tan obstinado en su imitación de Judas que Dios decida no ofrecerle más la gracia que tan a menudo le ha sido procurada (y por él recha-zada), ese hombre sí que es verdaderamente desgra-ciado, y por mucho que se halague a sí mismo en la falsa ilusión de volar muy alto en el aire sobre una nube de falsa felicidad, está, de hecho, revolcándose en abismo de calamidad y de desgracia. A Cristo clemen-tísimo se ha de pedir por uno mismo y por los demás, para no imitar a Judas en su obcecación frenética, y po-der así aceptar la gracia que Dios ofrece para ser res-taurados de nuevo por la penitencia y por la misericor-dia a la gloria.

II. SOBRE LA OREJA SAJADA DE MALCO, LA FUGA DE LOS DISCÍPULOS Y LA CAPTURA DE CRISTO

Furia y celo de Pedro

Desde mucho tiempo antes habían los Apóstoles es-cuchado a Cristo predecir las cosas que ahora veían acontecer. Aun afectados por la tristeza y la pena, reci-bieron entonces todo aquello con mucha menos preo-cupación que ahora, cuando veían ocurrir todas aque-llas cosas delante de sus propios ojos. Al ver que una cohorte entera de soldados buscaba a Jesús Nazareno, no quedaba ya lugar para la duda o la ambigüedad: le buscaban para hacerle prisionero. Al sospechar lo que se avecinaba fueron sus ánimos abatidos e inundados por un tumulto de sentimientos. De un lado, solicitud y preocupación por su Señor, al que tanto amaban; pero, también, miedo y temor por lo que pudiera ocurrirles a ellos mismos. De otro lado, debieron sentir vergüenza al recordar aquella magnífica promesa suya de morir antes que abandonar al Maestro. A todos estos estados de ánimo seguían impulsos varios, porque, si su amor les llevaba a quedarse, el miedo les hacía no permane-cer, el temor a la muerte les movía a huir, y la ver-güenza por lo que habían prometido les inclinaba a re-sistir y no ceder.
Recordaban, además, lo que Cristo les había dicho aquella misma noche: que si antes tenían prohibido lle-var cosa alguna para defenderse, ahora, el que no tu-viera espada debería comprar una, aunque para hacerlo se viera obligado a vender la túnica. Crecía su miedo al ver a la cohorte romana y a la turba de los judíos avan-zando en bloque, todos bien provistos de armas, mien-tras ellos eran sólo once y desarmados, excepto dos que tenían dos espadas (aparte de algún cuchillo o puñal que tuviera algún otro). Pues bien, a pesar de todo re-cordaron más tarde que al decir al Maestro: «Mira, aquí hay dos espadas», Él había contestado: «Es suficiente.» No entendiendo el misterio de esas palabras, le pregun-tan impetuosamente si quiere que ellos le defiendan con la espada: «Señor, ¿herimos con la espada?»59.Pedro, furioso por la emoción, no esperó la res-puesta, sino que desenvainando la espada, asestó un golpe a un siervo del sumo sacerdote y le cortó la oreja derecha. Quizá estaba este criado junto a Pedro, o bien su aspecto fiero y altanero destacaba entre los demás. De cualquier modo, parece que era conocido por su maldad, porque los

evangelistas mencionan que era un siervo del sumo sacerdote, jefe y príncipe de todos los sacerdotes, y como dice un autor satírico: «Cuanto más grande la casa, más soberbios los servidores.» Saben los hombres por experiencia que, en cualquier parte, los servidores de grandes señores superan a éstos en arrogancia. Y para que supiéramos que este individuo estaba muy cercano al sumo pontífice (y así era tanto más distinguido en su soberbia), añadió Juan, inme-diatamente, su nombre: «El nombre del siervo era Malco»60.
Es un dato que este evangelista no ofrece en cual-quier lugar y sin una buena razón. Imagino que este canalla llamado Malco debió de entrometerse altane-ramente, irritando a Pedro, que, a su vez, escogió a tal sujeto para iniciar la pelea; y vigorosamente habría di-rigido el ataque si Cristo no hubiera detenido su ím-petu. En efecto, prohibió Cristo a los demás que lucha-ran, declaró ser impotente el celo de Pedro y, finalmente, curó la oreja de este pobre individuo. Lo hizo así por-que no vino a huir de la muerte, sino a padecerla, y además, caso de que no hubiera venido a morir, no ha-bría necesitado de tal ayuda
Para recalcar bien esto, respondió primero a la pre-gunta de los otros Apóstoles: «Dejadles. No sigáis ade-lante. Dejadles hacer otro poco. Con una sola palabra los tiré al suelo y, con todo, como veis, les permití que se levantaran para que pudieran llevar a cabo lo que de-sean hacer. Si a ellos les dejo llegar hasta ahí, haced vo-sotros otro tanto. Llegará el momento en que ya no per-mitiré que puedan nada sobre mí; e incluso ahora no necesito vuestra ayuda.»
Después, volviéndose a Pedro le dijo: «Pon la es-pada en su lugar»61, como si dijera: «No deseo ser de-fendido con la espada, y a vosotros os he escogido para una misión que no es lucha con esa espada, sino con la espada de la palabra de Dios. Devuelve, por tanto, la espada de hierro a su sitio, que es donde debe estar: en manos de los príncipes y de las autoridades temporales para usarla contra los que obran el mal. Vosotros, Após-toles de mi rebaño, tenéis otra espada mucho más temi-ble que cualquiera de hierro. Una espada por la que el hombre impío es, a veces, cortado y desgajado de la Iglesia como miembro podrido de mi Cuerpo místico, y entregado a Satanás para destrucción de la carne, y así salvar el espíritu (supuesto que sea curable) y capaci-tarlo una vez más para ser injertado y seguir creciendo de nuevo. Aunque, ocurre alguna vez, que quien padece un tumor incurable es entregado a la muerte invisible del alma, no sea que infeccione otros miembros sanos con su enfermedad. Tan lejos estoy de desear que hagas uso de la espada de hierro (que pertenece a la autoridad secular) que pienso asimismo que la espada espiritual (cuyo manejo os pertenece) no debe ser desenvainada con mucha frecuencia. Pero manejad con gran energía la espada de la palabra, cuyo tajo, como el del bisturí, hace posible que salga el pus, y cura, ciertamente, hi-riendo. Por lo que se refiere a la maciza y peligrosa es-pada de la excomunión, deseo permanezca escondida en el estuche de la misericordia a no ser que una necesi-dad urgente y grave requiera sea desenvainada.»

Cristo corrige al Apóstol

Con sólo tres palabras contestó a los otros Apósto-les, bien porque eran más moderados o quizá, sencilla-mente, porque eran más tibios que Pedro. Para calmar el ímpetu bullicioso y sin freno de este último necesitó extenderse un poco más. No sólo le mandó envainar la espada; añadió también la razón por la que no aprobaba su celo, por fervoroso que fuera. «¿No quieres que beba el cáliz que mi Padre me dio a beber?»62.Tiempo antes, había predicho Cristo en una ocasión a los Apóstoles que «convenía que fuera él a Jerusalén y que padeciera mucho de los ancianos, escribas y prín-cipes de los sacerdotes, y que fuese muerto y que resu-citara al tercer día. Y tomándole aparte Pedro trataba de disuadirle diciendo: "De ningún modo, Señor. Nada de todo eso te ocurrirá". Cristo se volvió hacia Pedro y le dijo: "Apártate de mí, Satanás, que no saboreas las cosas que son de Dios"»63. ¡Con qué energía replicó Cristo a Pedro!
Poco antes de esto, al confesar Pedro que Cristo era el Hijo de Dios, le había dicho: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado eso la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edi-ficaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevale-cerán contra ella» 64. En esa otra ocasión, sin embargo, declara ser escándalo, le llama Satanás, que no en-tiende las cosas de Dios sino sólo las de los hombres. ¿Por qué todo esto? Porque intentaba Pedro disuadirle de su camino hacia la muerte. Cristo le hizo ver que convenía perseverar hasta la muerte, hasta aquella muerte irrevocablemente decretada por su propia vo-luntad. No sólo no quería Cristo que ellos impidieran su muerte, sino que deseaba le siguieran también en aquel mismo camino suyo. «Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, coja su cruz y sí-game» 65. No contento con esta exigencia, fue más allá para mostrar que si alguien rehusara seguirle en el ca-mino hacia la muerte cuando el caso lo requiere, no sólo no evita la muerte, sino que viene a caer en una mucho peor. Quien da su vida, no la pierde, sino que la cambia por una vida más plena, pues «quien quiera sal-var su vida, la perderá; pero quien pierde su vida por mí la encontrará. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿Qué podrá dar entonces para rescatarla? El Hijo del hombre ha de venir reves-tido de la

gloria de su Padre y rodeado con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras»66.
Es posible que haya yo dedicado a este pasaje más tiempo del necesario. Pero, ante estas palabras de Cristo tan graves y amenazadoras, por un lado, y tan eficaces, por otro, para originar esperanza en la vida eterna, me pregunto si habrá alguien que no quede de verdad conmocionado.
La importancia de estas palabras en este lugar está clara. Pedro es amonestado para que su celo no le des-viara de tal modo que estorbara la muerte de Cristo. No obstante, vuelve Pedro con igual ardor a oponerse a ella, y no se limita ahora a unas pocas palabras, sino que intenta conseguirlo por la violencia de la lucha. Cristo, que sabía que Pedro lo hacía con buena inten-ción, y que a medida que se acercaba la pasión aparecía más y más humilde con todos, no le reprochó con du-reza. Le corrigió dándole una razón; declaró después ser aquello un pecado; y, finalmente, afirmó que, caso de que quisiera evitar la muerte, no necesitaría de la ayuda de Pedro ni de ningún otro mortal. No tenía mas que pedírselo a su Padre, que hubiera enviado una po-derosa e invencible legión de ángeles para liberarle de esta gente ruin que buscaba cogerle prisionero.
La razón con la que contrarrestó el celo de Pedro se contiene en su pregunta: «¿No quieres que beba el cá-liz que mi Padre me entregó?67. Mi vida entera hasta ahora ha estado moldeada por la obediencia y ha sido modelo de humildad. ¿Qué he enseñado con más fre-cuencia o con más energía sino que las autoridades de-ben ser obedecidas, que se ha de tener honor y respeto a los padres, que lo que es del César se ha de entregar al César y lo que es de Dios a Dios? Y ahora que debo acabar mi obra y hacerla perfecta en todo detalle, ¿pre-tendes que rechace el cáliz que mi Padre me ofrece, de-seas que el Hijo del hombre desobedezca y que, de este modo, destruya y deshilache en un momento el tapiz hermosísimo que durante tanto tiempo ha estado te-jiendo?»
Enseña a Pedro, en segundo lugar, que, al asestar un golpe de espada, ha cometido un pecado. Y lo hace con un ejemplo del Derecho civil: «Los que se sirven de la espada, a espada morirán»68. Según el Derecho romano (al que estaban sometidos los judíos), cualquier persona que fuera descubierta llevando una espada, sin legítima autoridad, con el propósito de matar, era considerada en la misma categoría que el hombre que ya hubiera asesi-nado a otro. ¡Cuánto más en el caso de quien no sólo llevaba espada, sino que la había desenvainado y ases-tado un golpe! No me parece que Pedro, en tal momento de consternación y desconcierto, pudiera controlarse para apuntar sólo a la oreja de Malco, evitando delibe-radamente golpearle en la cabeza, como si no hubiera querido matarle sino tan sólo asustarle.
Naturalmente, se podría añadir aquí que es lícito servirse de la fuerza para proteger a un inocente de un asalto criminal. Pero esta cuestión requeriría un trata-miento más extenso del que se pude intentar en estas páginas. Por mucho que pueda excusarse la acción de Pedro, ya que la hizo por un leal afecto hacia Cristo, una cosa está clara: lo hizo en ausencia de legítima au-toridad para emplear la fuerza, como muestra muy bien el hecho de que Cristo le había severamente advertido de que no intentara impedir de ningún modo su pasión y muerte, no sólo por la fuerza, sino ni siquiera con pa-labras.
Finalmente, desaprueba el ataque violento de Pe-dro, señalando que su protección era del todo superflua e innecesaria. «¿No sabes que puedo pedir ayuda a mi Padre, e inmediatamente me enviaría más de doce legiones de ángeles?»69. Fijaos, mantiene silencio sobre su propio poder, pero se gloría de gozar del favor de su Padre. A medida que se acercaba más y más su muerte, deseaba evitar toda alocución sublime de sí mismo y no quería pregonar que su poder era igual al de su Pa-dre. Queriendo dejar bien claro que no necesitaba la ayuda de Pedro ni de ningún otro mortal, afirma que la ayuda de los ángeles le habría sido enviada por su Pa-dre todopoderoso inmediatamente, con sólo haberla pedido. «¿No sabes que puedo pedir ayuda a mi Padre...?», como si dijera: «Con vuestros propios ojos acabáis de ver cómo arrojé al suelo, con sólo mi voz y sin tocarla, a toda esta turbamulta, tan grande que si confías ser suficientemente fuerte para defenderme contra ella, debes estar completamente loco. Si esta ra-zón no te convence, considera, al menos, de quién con-fesaste tú que yo era hijo cuando al preguntaros "¿Quién decís vosotros que soy yo?", tú diste al punto aquella respuesta que el cielo te enseñó: "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo". Pues, si por divina reve-lación conoces que yo soy Hijo de Dios, y ya que has de saber que los padres en esta tierra no abandonan a sus hijos, ¿piensas, acaso, que mi Padre celestial me abandonaría? ¿No sabes que, si se lo pidiera, me enviaría más de doce legiones de ángeles, y que lo haría en el acto, sin tardanza? Y contra tantas legiones de ángeles, ¿qué podría esta cohorte de plebeyos y ruines mortales? Ciento veinte legiones de creaturas como éstas no po-drían ni siquiera mirar el rostro de un ángel airado.»
Vuelve después Cristo a lo primero como si fuera lo más importante, y dice: «¿Cómo se cumplirán las Escrituras según las cuales conviene que ocurra así?»'°. Llenas, en efecto, están las Escrituras de vaticinios so-bre la pasión y muerte de Cristo y sobre el misterio de la redención de la humanidad que no se realizaría sin la pasión. Y para que ni Pedro ni ningún otro musitara para sí mismo: «Si puedes conseguir todas esas legio-nes de tu Padre, ¿por qué no las pides?», le dijo Cristo: «¿Cómo se cumplirán las Escrituras según las cuales conviene que suceda así? Si ves en la Sagrada Escri-tura que éste es el camino escogido por la sabiduría jus-tísima de Dios para instaurar de nuevo

la raza humana en la gloria que perdió, y aun así pidiera yo a mi Padre que me salvara de la muerte, ¿qué estaría haciendo sino esforzarme por deshacer lo que vine a cumplir? Hacer que bajen del cielo los ángeles para defenderme, ¿qué otro resultado tendría sino, precisamente, excluir del cielo a la raza humana entera para cuya redención a la gloria celestial he bajado yo a la tierra? No luchas tú, por tanto, con tu espada contra los impíos judíos, sino que arremetes contra toda la humanidad en la medida en que no dejas que se cumplan las Escrituras ni quie-res que beba el cáliz que me dio mi Padre; aquel cáliz por el que yo, libre de culpa y sin mancha, borraré la mácula de la naturaleza caída.»

Malco, figura de la razón humana

Contemplad el corazón dulcísimo de Cristo que no pensó era bastante reprochar al que golpeaba, sino que, para darnos ejemplo de que hemos de devolver bien por mal, tocó también la oreja sajada de su perseguidor y se la curó. Ningún cuerpo está tan plenamente confi-gurado por el alma como la letra de la Sagrada Escri-tura está permeada de misterios espirituales. Así como nadie puede tocar una parte del cuerpo en que no se ha-lle el alma dando vida y sensación (incluso la parte más pequeña), de manera parecida, no hay en toda la Sa-grada Escritura un hecho o una historia aunque sea bien material y palpable, por así decirlo, que no lleve la vida y el aliento de algún misterio espiritual. Al considerar cómo la oreja de Malco fue cortada por la espada de Pedro y restaurada por la mano de Cristo, no nos que-demos únicamente con los hechos del relato (de los que podemos aprender mucho para nuestra salvación): pe-netremos en el misterio espiritual de salvación escon-dido bajo la letra de la historia.

Este personaje, Malco, cuyo nombre significa en hebreo «rey», puede ser tomado como figura de la ra-zón humana; porque la razón debe gobernar en el hom-bre como un rey, y verdaderamente reina cuando se su-jeta a sí misma en el obsequio de la fe y sirve a Dios. Y servir a Dios es reinar.

Por su parte, el sumo sacerdote, junto con sus minis-tros, los escribas y los ancianos del pueblo, era dado a de-pravadas supersticiones que mezclaba con la ley de Dios y, con el pretexto de la piedad, luchaba contra la piedad esforzándose por demoler al fundador de la verdadera re-ligión. Todo esto hace que pueda ser tomado, junto con sus cómplices, como figura de los heresiarcas sacrílegos, ministros supremos de la nefanda superstición.

Cuando la razón se rebela contra la verdadera fe de Cristo y se hace adicta a la herejía, se convierte en es-clava del hereje al que sigue, descarriada por el diablo y perdida en los vericuetos del error. Conserva la oreja izquierda, por la que escucha siniestras herejías, mien-tras pierde la derecha, por la que debería oír la fe ver-dadera.

No ocurre esto siempre por igual causa ni con el mismo resultado. Hay cabezas que tienden a la herejía por malicia y adrede. En ese caso no cae la oreja de un golpe, sino que va perdiéndose poco a poco y paso a paso, en la medida en que el diablo infiltra el veneno; llega luego un momento en que las partes purulentas se endurecen obturando los pasos de la trompa auditiva, de tal modo que nada bueno puede entrar. Difícilmente son tales individuos restaurados en la salud porque las par-tes carcomidas por el cáncer devorador se pierden del todo, y nada queda que pueda ser repuesto en su lugar.

Puede también ocurrir que la oreja haya sido sajada de un golpe seco y preciso, a causa de un celo impru-dente, y que, entera, haya rodado hasta el suelo. Así pasa con aquellos que, movidos por una pasión o un sentimiento repentino, abandonan la verdad conquistados por una falsa apariencia de la verdad. También re-presenta a quienes han sido engañados por su celo; de éstos ya advirtió Cristo: «Vendrá un tiempo en que quien os matare se creerá hacer un obsequio a Dios»71. De esta clase fue el Apóstol Pablo.

Otros hay que, atolondradas sus inteligencias por apegos terrenos, dejan que la oreja por la que oían la buena doctrina del cielo sea amputada, cayendo sobre la tierra. A menudo se compadece Cristo de la desgra-cia de tales hombres, y recogiendo del suelo con su propia mano la oreja que fue cortada en un súbito arre-bato o por un celo mal entendido, con sólo tocarla la encola de nuevo a la cabeza, y vuelve a ser idónea para escuchar la verdadera doctrina.

En fin, sé bien que, de este pasaje, sacaron los anti-guos Padres, con la gracia del Espíritu Santo, varios significados misteriosos, cada autor el suyo; pero no es mi propósito hacer un elenco de todos porque interrum-piría demasiado el relato de los acontecimientos his-tóricos.

El poder de las tinieblas

«Dijo después Jesús a los príncipes de los sacerdo-tes y a los prefectos del templo y a los ancianos que ha-bían venido: "Habéis salido a prenderme con espadas y con garrotes como si yo fuera un ladrón. Todos los días estaba entre vosotros enseñando en el templo y nunca me echasteis la mano. Mas ésta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas"72. Así habló Cristo a aquellos príncipes de los sacerdotes y magistrados del templo que habían venido. Tienen aquí algunos una cierta duda porque

el evangelista Lucas señala que Cristo se diri-gió a los príncipes de los sacerdotes y a los magistra-dos del templo y a los ancianos del pueblo, mientras que los demás evangelistas dicen que no fueron esas personas al lugar, sino que enviaron una cohorte de sol-dados con sus servidores. Afirman algunos no encontrar tal dificultad porque se puede decir que Cristo habló con ellos porque habló, de hecho, con los que habían sido enviados. Ordinaria-mente, se entiende que los príncipes hablan entre sí por medio de sus embajadores respectivos, y muchas per-sonas se hablan valiéndose de mensajeros. Todo lo que decimos a un criado que se nos ha enviado, lo habla-mos, realmente, a su amo que nos lo envió, pues el ser-vidor repetirá todo a su señor. Aunque no juzgo impro-bable esta solución, me inclino mucho más a favor de la opinión de quienes piensan que Cristo habló cara a cara con los príncipes de los sacerdotes, ministros del templo y ancianos del pueblo. Lucas, en efecto, no dice que Cristo se dirigiera a todos los príncipes de los sa-cerdotes ni a todos los prefectos del templo ni a todos los ancianos del pueblo, sino solamente a aquellos que habían venido. Parece indicar que, aunque reunidos to-dos en consejo se decidió enviar la cohorte y los servi-dores para apresar a Jesús, hubo algunos de cada grupo (ancianos, príncipes y fariseos) que fueron junto a ellos. Esta explicación concuerda exactamente con las palabras de Lucas y no contradice los relatos de otros evangelistas.

Dirigiéndose, por tanto, a los príncipes, fariseos y ancianos, les recuerda Cristo tácitamente que no atri-buyan su captura a sus fuerzas ni a su habilidad, y que no se jacten ridículamente de ella como si fuera una as-tuta e ingeniosa proeza (como suelen, desgraciada-mente, hacer quienes al obrar la maldad se ven acom-pañados por la suerte). Nada pudieron contra Él las insensatas maquinaciones con las que se esforzaban por ahogar la verdad; detrás de todo estaba la profunda sabiduría de Dios que había previsto y establecido el tiempo en que el príncipe de este mundo perdería su presa, es decir, el género humano, por mucho que lu-chara por retenerla.

De otro modo, les siguió explicando Cristo, no hu-biera habido necesidad de comprar un traidor, ni de ve-nir en la noche con internas y antorchas, rodeados de soldados y armados con espadas y garrotes. Podían ha-berlo hecho antes, en cualquier momento. Podían ha-berle arrestado sin esfuerzo, sin pasar una noche en vela, sin ruido ni estrépito de armas, todas aquellas ve-ces mientras, tranquilamente sentado, enseñaba en el templo. Se jactaban, quizá, porque pensaban que era muy difícil realizar lo que Cristo les mostraba haber sido tan fácil; temían que la captura de Cristo hubiera podido originar un gran peligro, un levantamiento del pueblo. Pero esta dificultad sólo se presentó, en su ma-yor partes, después de la resurrección de Lázaro. En efecto, más de una vez antes de este suceso, y a pesar del amor por sus virtudes y del profundo respeto que el pueblo sentía hacia Él, había tenido Cristo que servirse de su poder para escapar de en medio de ellos. Quienes entonces hubieran intentado cogerle y matarle no ha-brían encontrado ningún peligro ni amenaza en la masa del pueblo, sino, más bien, un cómplice en el crimen (tan mudable es siempre la muchedumbre anónima y tan inclinada a decidirse por la parte equivocada). Los hechos mostraron poco después con qué facilidad se ol-vida el favor de la muchedumbre hacia una persona y el miedo que de ahí pueda surgir; porque, en cuando fue Cristo apresado, el pueblo que antes aclamara con júbilo: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!»73, gritaba ahora furibundo en contra suya: «¡Afuera! ¡Crucifícalo!»74.

Había querido Dios, hasta este momento, que los que deseaban capturar a Cristo imaginaran todo tipo de razones ficticias para temblar de miedo cuando nada había que temer. Ahora que había llegado el tiempo oportuno para la redención de todos los mortales (los que de verdad quieran ser redimidos) por la muerte cruel de uno solo, siendo así restablecidos a la felicidad de la vida eterna, esas pobres creaturas que atrapan a Cristo se jactan de haber realizado con gran inteligen-cia y astucia lo que, de hecho, había prescrito Dios en su divina providencia y misericordia desde toda la eter-nidad; que ni siquiera la caída de un pájaro al suelo está fuera de su providencia. Para mostrarles cuán errados andaban, y para que supieran que, sin su consenti-miento, de nada hubiera valido el engaño fraudulento del traidor, ni sus bien calculadas insidias, ni el poder de los soldados romanos, les dijo: «Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.» Palabras de Cristo que Mateo consolida con razón al escribir: «Todo esto se hace para que se cumplan las Escrituras del profeta»75.

Son muchos los lugares de los profetas donde se encuentran vaticinios sobre la muerte de Cristo: «Fue llevado como un cordero al matadero, y su clamor no fue oído en las calles»76, «Horadaron mis manos y mis pies»77, «Fue contado entre los malhechores»78, «Tomó sobre sí nuestras enfermedades»79, «Por cuyas llagas hemos sido sanados»80. Abundan los profetas en claras predicciones de la muerte de Cristo, y, para que no que-daran incumplidas, era necesario que no dependieran totalmente de planes humanos, sino de Aquel que pre-vió y ordenó desde toda la eternidad lo que iba a ocu-rrir, es decir, en el Padre de Cristo, en el mismo Cristo y en el Espíritu Santo de ambos; pues las obras de los tres de tal modo se unen que ninguna obra ad extra deja de pertenecer por igual a las tres Personas. El tiempo oportuno para el cumplimiento de aquel plan estaba así previsto y prescrito, y los príncipes de los sacerdotes, escribas, fariseos y ancianos, inicuos ministros que se enorgullecían de haber capturado a Cristo, no eran sino instrumentos ciegos

de la voluntad bondadosísima e in-mutable de Dios Todopoderoso, no sólo de las perso-nas del Padre y del Espíritu Santo, sino también de la persona de Cristo. Herramientas eran, en su ignorancia, ávidas, cegadas y alocadas por la malicia, que causa-ban daño enorme en sí mismos y un bien grande en otros, y que llevaron a Cristo a la muerte temporal, pero que fueron utilizadas para conseguir la felicidad para el género humano y para Cristo la gloria eterna.

Les dijo: «Más ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.» Hubo un tiempo en el que, aunque me odiabais con furor y deseabais perderme, aunque po-díais haberlo hecho en cualquier momento sin dificul-tad, no me cogisteis en el templo y ni siquiera pusisteis manos sobre mí. ¿Por qué? Porque ni el tiempo ni la hora habían llegado; no una hora fijada por las estrellas del cielo o escogida por vuestras astucias, sino por el plan inescrutable de mi Padre al que había yo dado mi consentimiento. ¿Os preguntáis cuándo la escogió? No en tiempos de Abraham, sino desde toda la eternidad. Desde siempre, junto con el Padre, antes de que Abraham fuera, yo soy. Pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas. Esta es la hora breve dada a vosotros, y éste, el poder concedido a las tinieblas, para que podáis hacer en la oscuridad de la noche lo que no se os per-mitió a la luz del día. Como aves de rapiña, como búhos y lechuzas, murciélagos y cuervos de la noche, y otros pajarracos de esa suerte, chillando desaforadamente con vuestros picos, revoloteáis ahora sobre mí, pero todo será en vano. Porque en tinieblas andáis cuando achacáis mi muerte a vuestra fuerza. En tinieblas está Pilato, el gobernador, cuando se enorgullece de tener poder para salvarme o crucificarme: aunque mi pueblo y mis sacerdotes están a punto de entregarme a él, nin-gún poder tendría sobre mí si no le fuera dado del cielo; por esta razón, los que a él me entregan mayor pecado tienen. Mas ésta es la hora y el poder, pasajero y breve, de la tiniebla. Quien camina en la oscuridad no sabe a dónde va; y vosotros ni veis ni sabéis lo que hacéis, por lo que yo mismo rogaré al Padre para que se os pueda perdonar todo cuanto tramáis contra mí. Mas no a todos se perdonará ni se excusará su ceguera; porque vosotros mismos creáis y forjáis vuestra propia oscuridad. Apagáis la luz y cegáis primero vuestros ojos, y luego, los ojos de los demás. Os convertís en ciegos que guían a otros ciegos, hasta que ambos caen en el pozo. Esta vuestra hora es y será breve. Este es el poder incontrolable y frenético que os trae aquí bien armados para apresar el inerme y desarmado, el hom-bre cruel y sanguinario contra el hombre amable y apa-cible, hombres culpables contra el hombre inocente, el traidor contra su señor, pobres criaturas mortales con-tra su Dios.

No sólo a vosotros, contra mí y aquí y ahora, se da este poder de la oscuridad, sino también a otros gober-nadores, césares y autoridades temporales contra otros discípulos míos. Y poder de las tinieblas será esa hora, en verdad, porque cuanto sufran y digan no lo padece-rán ni expresarán con solas sus fuerzas, sino que ven-ciendo con mi energía, en su paciencia conquistarán sus almas, y será el Espíritu de mi Padre el que hable en ellos. De la misma manera, quienes les atormenten y asesinen no harán nada de sí mismos: el Príncipe de las tinieblas (ya se acerca y no tiene poder sobre mí) inculcará el veneno en verdugos y tiranos, mostrando y haciendo alarde de su fuerza a través de ellos y por el tiempo que le sea permitido. No lucharán mis compa-ñeros de armas contra la carne y la sangre, sino contra príncipes y potestades, contra los que manipulan la os-curidad de este mundo, contra los espíritus maléfi-cos»81. Ha de nacer todavía Nerón, por el que el prín-cipe de las tinieblas matará a Pedro, y después a Pablo, aunque éste todavía no se llama Pablo y se mueve en contra mía. Por el príncipe de las tinieblas muchos otros césares y autoridades se levantarán contra mis discípulos.

Aunque las gentes se amotinen y tracen las nacio-nes planes vanos, aunque se alcen los poderosos de la tierra y conspiren juntos contra el Señor y su Cristo, es-forzándose por quebrantar los vínculos y arrojar el yugo tan suave que Dios tan amoroso y amable impone por medio de sus pastores sobre sus cuellos testarudos, el que mora en los cielos se reirá y se burlará de todos ellos. Que no está Él sobre un trono como el que tienen los poderosos de la tierra, elevados a unos pocos pies del suelo, sino que se alza majestuoso sobre la puesta del sol y se sienta por encima de los querubines; los cielos son su trono, la tierra es su escabel, su nombre es «el Señor». Rey de reyes y señor de señores. Rey de pre-sencia impresionante que intimida los ánimos de los príncipes. Les hablará en su ira y con su furor los turbará. Constituirá a Cristo, su Hijo que hoy ha engendrado, como rey sobre Sión su monte santo, montaña que jamás se tambaleará. Pondrá sus enemigos como escañuelo bajo sus pies. Los que querían romper los lazos y arrojar lejos su yugo serán gobernados con vara de hierro y los despedazará como el barro82. Contra todos ellos y contra su instigador, el príncipe de las tinieblas, serán mis discí-pulos confortados y fortalecidos en el Señor. Y revesti-dos con la armadura de Dios, los lomos ceñidos con la verdad, protegidos con la coraza de la justicia, calzados y listos para sembrar el evangelio de la paz, alzando en todas las cosas el escudo de la fe, y poniéndose el casco de salvación y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios»83, serán revestidos con el poder de lo alto.

Resistirán, de esta manera, las insidias del diablo, esto es, los halagos y lisonjas, los placeres y comodida-des que pondrán en labios de los perseguidores para que, vencidos por la flojedad y la blandura, abandonen el camino de la verdad. Aguantarán también firmes los asaltos abiertos de Satán resguardados por el escudo de la fe, bañando en lágrimas su oración, y sudando san-gre en la

agonía de su pasión. De nada valdrán los fie-ros dardos lanzados contra ellos por los esclavos de Sa-tán. Después de haber cogido su cruz para seguirme, y una vez que hayan vencido al diablo y aplastado a los esbirros terrenales de Satanás, entrarán, por fin, los mártires en el Cielo con una gloria admirable sobre una carroza triunfal.
Pero, vosotros que ahora ejercéis sobre mí vuestra malicia y todos los que, en su corrupción, os imiten des-pués, raza de víboras que, con parecida maldad y sin arrepentimiento, marcharán sobre los míos, seréis arro-jados al fuego eterno del infierno. Se os concede, mien-tras tanto, mostrar y ejercer vuestro poder; y, para que no o ensoberbezcáis, no olvidéis que muy pronto se os aca-bará. No es el mundo sempiterno para que sea permitido tal desenfrenado libertinaje, sino que su duración ha sido abreviada hasta un tiempo muy corto por causa de los escogidos, para que no sean torturados más allá de sus fuerzas. Vuestro tiempo y el poder de las tinieblas no son eternos, sino tan fugaces como el momento presente, un instante temporal atrapado entre el pasado que ya fue y el futuro que todavía no ha llegado. Breve es vuestra hora y, para que no os perdáis nada de ella, proceded in-mediatamente a gastarla. Ya que me buscáis a mí para destruirme, daos prisa, haced rápidamente lo que pen-sáis hacer, pero dejad que éstos se vayan. «Entonces, to-dos los discípulos le abandonaron y huyeron»84.

La fuga de los discípulos

Fácilmente se ve en este pasaje qué difícil es la vir-tud de la paciencia. Muchos son los que pueden enfrentarse con valentía a una muerte cierta con la condición de que puedan devolver los golpes de los atacantes, dando rienda suelta a sus pasiones e hiriendo al enemigo. Mas sufrir sin lo que pudiera ser el alivio de una posible venganza, arrostrar la muerte con tal paciencia que no sólo no se devuelvan los golpes, sino que ni si-quiera se rechacen con palabras airadas, es, os lo ase-guro, tal cumbre sublime de heroica virtud que ni los Apóstoles tuvieron fuerzas para ascenderla. Fueron, ciertamente, admirables en su promesa de ir a la muerte con Cristo antes que abandonarle; y la mantuvieron, en algún sentido, porque estaban dispuestos a morir con la condición de que pudieran morir peleando. Así lo mostró Pedro con obras al golpear a Maleo. Pero cuando nuestro Señor les negó el primero para luchar y defenderse, «le abandonaron todos y hu-yeron».
Alguna vez me he preguntado si, cuando Cristo dejó de orar y fue a donde estaban los Apóstoles, en-contrándolos dormidos, se dirigió a ambos grupos o sólo a aquellos Apóstoles que Él había deseado estu-viesen más cerca suyo. Al considerar ahora las palabras del evangelista, «Todos le abandonaron y huyeron», ya no dudo de que todos por igual se durmieron. Despier-tos y rezando deberían haber estado para no caer en la tentación, como Cristo les mandó; y, al dormirse, die-ron una oportunidad al tentador de debilitar sus volun-tades con una atolondrada modorra que les inclinó más a buscar los extremos, luchar o huir, que a soportarlo todo con paciencia. Por esta razón le abandonaron to-dos y huyeron, cumpliéndose la palabra de Cristo:«Esta noche todos os escandalizaréis de mí»85, y tam-bién lo que predijo el profeta: [...]* «Heriré al pastor y se descarriarán las ovejas»86.
«Le seguía un joven, envuelto solamente con un lienzo sobre su cuerpo, y desprendiéndose de él, escapó desnudo»87. Quién era este adolescente es algo que nunca se ha sabido con absoluta certeza. Algunos pien-san que era Santiago, al que llamaban hermano del Señor y distinguido con el sobrenombre de «Justo». Di-cen otros que era Juan Evangelista, a quien el Señor amó siempre con predilección, y que debía ser enton-ces muy joven, pues llegó a vivir muchos años después de la muerte de Cristo (según Jerónimo murió sesenta y ocho años después de la pasión del Señor). No faltan autores antiguos que afirman que este adolescente no era uno de los Apóstoles, sino uno de los servidores en la casa donde Cristo había celebrado aquella noche la Pascua. Personalmente, me siento más inclinado a aceptar esta opinión. Aparte de que no me parece vero-símil que un Apóstol llevara por todo vestido un simple lienzo, y además, tan mal sujeto que pudiera despren-derse de repente, el contexto y los hechos de la histo-ria, junto con las mismas palabras del relato, me llevan a opinar así.
Entre los que piensan que el joven era uno de los Apóstoles, la mayoría se inclina por Juan; mas no me parece a mí probable por las propias palabras de Juan: «Seguían a Jesús, Simón Pedro y otro discípulo que era conocido del pontífice, y así, entró con Jesús en el atrio del pontífice. Pero Pedro se quedó en la puerta. Salió, pues, el otro discípulo, el conocido del pontífice, y ha-bló con la portera y consiguió que Pedro entrara»88. Los que dicen que era el santo evangelista quien siguió a Cristo y huyó al ser hecho prisionero, tienen que hacer frente a una dificultad en su argumento, y es ésta: el he-cho de que el joven arrojó la sábana y escapó desnudo. En efecto, parece esto no concordar bien con lo que si-gue, es decir, que Juan entró en el atrio del sumo sacer-dote, introdujo a Pedro y siguió a Cristo en todo mo-mento hasta el lugar de la Crucifixión, permaneciendo junto al Crucificado con la amadísima Madre de Cristo (junto a la Cruz, un hombre virginal y una Virgen purí-sima), y que cuando Cristo se la encomendó, la aceptó como Madre allí mismo. No cabe ninguna duda de que, en todo este tiempo y en esos distintos lugares, Juan iba vestido. Era discípulo de Cristo, no uno de la

secta de los cínicos. Por lo tanto, aunque tenía sentido común para no evitar la desnudez del cuerpo cuando las circunstancias así lo pidieran o la necesidad lo exigiera, sin embargo, difícil se me hace pensar que su pudor le permitiera ir desnudo en público, a la vista de todos y sin razón alguna. Esos autores salen de la dificultad di-ciendo que, en algún momento, fue a otro sitio y consi-guió vestidos. No discuto que no fuera posible, pero no me parece verosímil, sobre todo, cuando veo en este pasaje que siguió a Cristo con Pedro en todo momento y que entró junto con Jesús en la residencia de Anás, suegro del pontífice.

Hay, además, otro detalle que me inclina a estar con los que piensan que el joven no era uno de los Apósto-les, sino uno de los siervos. Me refiero a la relación que establece el evangelista Marcos entre los Apóstoles que se dieron a la fuga y el joven que quedó atrás; pues dice: «Entonces, sus discípulos todos le abandonaron y huyeron. Pero un joven le seguía.» No dice que «algu-nos» huyeron, sino «todos», y que la persona que se quedó siguiendo a Cristo no era ninguno de los Após-toles (porque todos huyeron), sino adolescentem quem-dam, «cierto joven», es decir, un desconocido cuyo nombre Marcos ignoraba y juzgó no hacía falta mencionar.

Así las cosas, imaginaría yo los hechos de esta manera. Este muchacho, movido previamente por la fama de Cristo y al que acababa de conocer personalmente (pues servía a Cristo en la mesa con los discípulos), fue tocado por el soplo del Espíritu, sintiendo de inmediato el impulso de la caridad. Movido así a una verdadera piedad, siguió a Cristo cuando éste salió de la casa, acabada la cena, y continuó siguiéndole a cierta distancia, más lejos quizás que los Apóstoles, pero, con todo, junto a ellos. Y con ellos permaneció hasta que, al apro-ximarse la muchedumbre, se perdió entre ella. Más tarde, cuando el terror hizo que todos los Apóstoles escaparan de las manos de los soldados, este muchacho se atrevió a permanecer allí, tanto más confiado porque sabía que nadie era consciente del amor que sentía por Cristo. Mas, ¡qué difícil es disimular el amor que tenemos hacia alguien! Aunque se había entremezclado con quienes odiaban a Cristo, su porte y su expresión le traicionaron, dando claramente a entender que estaba a favor de Cristo, ahora abandonado por los otros, y que le seguiría, no para perseguirle y entregarle, sino como quien le sigue para entregarse a Él. Al ver la turba que los discípulos habían huido, y sólo este joven se atrevía a seguir a Cristo, rápidamente se echaron sobre él y le atraparon.

Y este hecho me hace pensar que también preten-dieron capturar a todos los Apóstoles, y únicamente la sorpresa se lo impidió para que no quedara sin cumplir el mandato de Cristo: «Dejad que éstos se vayan.» Es-tas palabras de Cristo se referían principalmente a los Apóstoles que Él había elegido, pero no las limitó a ellos: quiso en su bondad extenderlas a quien, sin haber sido llamado, le había seguido por su propia cuenta in-troduciéndose en la santa compañía de los Apóstoles. Mostraba Cristo su oculto poder, al mismo tiempo que aparecía la imbecilidad de la turba, porque no sólo no pudieron prender a los once, sino que ni siquiera pudie-ron retener entre todos a este muchacho, al que ya te-nían atrapado y que estaba -puede uno imaginarse- -completamente rodeado. «Le cogieron, mas él, arrojando el lienzo, escapó desnudo de entre ellos.»

Tampoco dudo lo más mínimo que este muchacho que siguió a Cristo aquella noche y que no pudo ser apartado de Él sino por la fuerza de la violencia en el último momento y después que todos los Apóstoles habían huido, volvió después, en la primera ocasión que tuvo, a la grey de Cristo y vive ahora con Cristo en la gloria sempiterna. A Dios pido y de Dios espero que también nosotros vivamos allí algún día con este muchacho. Él mismo nos dirá quién era, y conoceremos con gran gozo y satisfacción muchos otros detalles de las cosas que ocurrieron aquella noche y que no se recogen en la Escritura.

Mientras tanto, y para hacer más fácil y seguro el camino que allí conduce, no será de poco provecho recoger los consejos espirituales que se desprenden de la fuga de los Apóstoles antes de poder ser capturados y de la fuga de este joven después de haber sido captu-rado. Serán como provisiones para el camino. Advierten los antiguos Padres de la Iglesia una y otra vez, para que no confiemos tanto en nuestras propias fuerzas, que no nos pongamos, voluntariamente y sin necesidad alguna, en peligro de pecado. Si alguien se encontrara en una situación en que parece ser muy posible que sea arrastrado por la fuerza hasta ofender a Dios, debe ha-cer lo que hicieron los Apóstoles: huyendo evitaron ser atrapados. No digo esto como si se hubiera de alabar la fuga de los Apóstoles; Cristo la permitió a causa de su debilidad y, Él mismo, lejos de alabarla, había predicho que esa noche sería ocasión de pecado y escándalo.

De todos modos, si sentimos que nuestro ánimo no es lo suficientemente fuerte, imitemos su huida siem-pre que podamos huir del peligro de pecado sin caer en el pecado. Ahora bien, si alguien escapa cuando Dios le manda permanecer y afrontar el peligro con con-fianza, bien por razón de su propia salvación o por la de aquéllos que le han sido encomendados a su cuidado, ese tal se comporta, sin ninguna duda, muy in-sensatamente. Pero, ¿y si lo hace para salvar la vida? También, porque ¿qué puede ser más disparatado y ne-cio que el preferir un breve tiempo de dolor y desgracia a una eternidad de felicidad? Si huye por salvar la vida, al pensar que si no lo hace puede ser forzado a ofender a Dios, se comporta no sólo mal, sino insensatamente. Enorme es el crimen de quien abandona su puesto, y si a esto añade la desesperación, resulta tan grave como pasarse al

enemigo. Pues, ¿quién puede pensar algo peor que desesperar de la ayuda de Dios, y escapando, entregar al enemigo el puesto que Dios os había asig-nado para guardar? ¿Qué locura mayor que buscar evitar un pecado meramente posible (si uno permanece en su sitio), mientras se comete con toda seguridad un pe-cado al escapar? Cuando la huida no encierra ofensa a Dios, el plan más seguro, ciertamente, es darse prisa por escapar, en lugar de retrasarlo tanto que sea atra-pado y caiga en peligro de cometer un pecado horrendo. Fácil es, cuando se puede, escapar a tiempo; di-fícil y peligroso es luchar.

Desprendimiento y perseverancia

Enseña también este muchacho con su ejemplo qué tipo de hombre puede resistir más tiempo, con menos peligro y escapar fácilmente de manos de sus enemi-gos, si éstos hubieran llegado a capturarle. En efecto, aunque este muchacho fue el que más resistió si-guiendo a Cristo durante un trecho hasta que le prendieron, sin embargo, y gracias a que no iba vestido con muchos y variados vestidos, sino que llevaba tan sólo un simple lienzo, ni siquiera bien sujeto, sino echado sin mayor cuidado sobre su cuerpo, de tal modo que fácilmente podría desprenderse de él, pudo, en un mo-mento, arrojar la prenda en manos de sus perseguidores y huir de ellos desnudo. Llevándose el meollo, les dejó con la cáscara.

¿Qué significa esto para nosotros? Qué otra cosa puede significar sino ésta: que así como un hombre barrigón, hecho torpe y lento por el peso de la tripa, o un hombre que lleva consigo una pesada carga de ropajes y vestidos, difícilmente está en condiciones de correr con rapidez, de la misma manera el hombre con un cinto de bolsas repletas de dinero, muy difícilmente po-drá escapar cuando caigan súbitamente sobre él las an-gustias y los pesares. Ni podrá correr muy de prisa o ir muy lejos si los vestidos que lleva, aunque sean lige-ros, están tan atados y apretados que no puede respirar con comodidad. Con más facilidad podrá escapar el que, aunque lleve muchos ropajes, puede desprenderse de ellos en un momento, que otro hombre que lleve muy pocos, pero tan apretadamente atados que ha de arrastrarlos consigo dondequiera que vaya.

Se ven hombres (más raramente de lo que me gus-taría, pero se les ve todavía, gracias a Dios) extraordi-nariamente ricos que preferirían perder todo cuanto po-seen antes que ofender a Dios por el pecado. Tienen muchos vestidos, pero no están estrechamente «apegados», y así, cuando el peligro les lleva a huir lo hacen con toda facilidad, simplemente arrojando los vestidos.

Se ve también a otros -más de los que uno quisiera-- que tienen cosas y vestidos de muy poca calidad, pero que, sin embargo, tan apegados se encuentran a esas sus pobres riquezas, que más fácilmente se les podría arrancar la piel de su cuerpo que separarlos de sus po-sesiones. Un hombre así haría mejor en darse a la fuga con tiempo, pues, en cuanto alguien le coja por la vestimenta, preferirá morir antes que abandonar la túnica.

En fin, aprendemos del ejemplo de este muchacho que hemos de estar siempre preparados ante las contrariedades y dificultades que se presentan de improviso y que pueden hacer necesaria la huida; nos enseña, sin duda, que para estar preparados no es bueno estar car-gado con muchos vestidos, ni tan apretujados y abro-chados a uno solo que, cuando la ocasión lo urja, nos sea casi imposible arrojar la tela y escapar desnudos.

Si desea alguien seguir investigando un poco más podrá ver que lo que este joven hizo encierra otra lec-ción todavía más profunda. Porque el cuerpo es como el vestido del alma; en un sentido, se pone el alma su cuerpo al entrar en el mundo y se separa de él al dejar este mundo y morir. Así como los vestidos valen mu-cho menos que el cuerpo, así el alma es mucho más preciosa que el cuerpo. Tan loco de atar estaría quien diera su alma para salvar la vida corporal como quien optara por perder el cuerpo y la vida antes que perder el manto. Así habló Cristo del cuerpo: «¿No vale más el cuerpo que el vestido?»89, pero cuánto más dijo del alma: «¿De qué te sirve ganar el universo entero si pierdes tu alma? ¿Qué dará el hombre a cambio de su alma? Pero a vosotros os digo, amigos míos, no te-máis a los que matan el cuerpo y, después, no pueden hacer nada más. Yo os mostraré a quién habéis de te-mer. Temed a aquel que, después de quitar la vida, puede arrojar al infierno. A éste, os repito, habéis de temer»90.

Nos advierte además el ejemplo de este muchacho qué tipo de vestido debe ser el cuerpo para el alma cuando nos enfrentemos a tales pruebas. No ha de ser corpulento y gordinflón por causa del desenfreno, ni tampoco debilucho y flojo a causa de una vida disoluta, sino fino y esbelto como un mantel, con la grasa gas-tada y apurada por el ayuno. No estaremos así tan ape-gados que no podamos deshacernos de él, de buena gana, si la causa de Dios lo exige. Aquel joven, atra-pado por esos miserables y antes de ser forzado a decir o hacer algo que pudiera ofender el honor de Cristo, abandonó su túnica y escapó desnudo de sus garras. No está de más recordar que, mucho tiempo antes, otro joven se había comportado de manera similar. En efecto, el santo e inocente patriarca José dejó a la pos-teridad un ejemplo singular, enseñando que hay que huir del peligro contra la castidad con la misma prontitud y decisión con que uno escapa de un intento de asesinato.

Era José varón de hermoso semblante y de porte es-belto. La mujer de Putifar, en cuya casa era

José jefe de los siervos, puso en él sus ojos y cayó perdidamente enamorada. Tal era el furor y el frenesí de su deseo que no sólo llegó a ofrecerse ella misma al joven desver-gonzadamente, con sus miradas y palabras, tentándole para vencer su aversión, sino que cuando este mucha-cho la rechazó, se agarró ella a sus vestidos ofre-ciendo el vergonzoso espectáculo de una mujer pre-tendiendo a un hombre por la fuerza. Antes hubiera muerto José que cometer pecado tan abominable. Sa-bía bien los peligros de entablar combate con las fuer-zas de Venus, y no desconocía que la más segura vic-toria consiste en huir. De esta manera, abandonó José su manto en manos de la adúltera y se dio inmedia-tamente a la fuga.
Como decía, para evitar caer en pecado hemos de arrojar no sólo la túnica o la camisa o cualquier otro vestido del cuerpo, sino hasta el mismo cuerpo, que es el vestido del alma. Si al pecar pretendemos salvar el cuerpo, en realidad, lo perdemos, y con él perdemos también el alma. Por el contrario, si soportamos con paciencia y por amor de Dios la pérdida del cuerpo, nos ocurrirá entonces lo que ocurre con la serpiente: que muda su vieja piel (llamada, me parece, senecta) a fuerza de frotar y restregar entre zarzas y abrojos, y, abandonándola en los matorrales, aparece de nuevo re-juvenecida y resplandeciente. Si seguimos el consejo de Cristo y nos hacemos astutos y prudentes como las serpientes, dejaremos nuestros cuerpos envejecidos so-bre la tierra, desgastados entre las espinas de la tribula-ción padecida por amor, y seremos llevados al cielo, los cuerpos relucientes y en plena juventud, para jamás sentir los efectos de la vejez.

La captura de Cristo

«Se acercaron y echaron manos sobre Jesús. La tropa de soldados y el tribuno y los servidores de los judíos prendieron a Jesús y le ataron; de allí lo llevaron primero a casa de Anás, porque era suegro de Caifás, que era pontífice aquel año. Caifás había aconsejado a los judíos que convenía que un hombre muriese por el pueblo. Y se reunieron así todos: sacerdotes, escribas, fariseos y ancianos»91.
No están de acuerdo los estudiosos sobre el momento en que por primera vez pusieron manos sobre Cristo. Los evangelistas concuerdan en el hecho, pero hay variaciones en la manera de relatarlo (uno lo anticipa, otro vuelve atrás para contar un detalle omitido). Entre los comentadores, unos siguen una opinión; otros, una diferente, sin que ninguno impugne la ver-dad de la historia ni niegue que una opinión distinta de la suya pueda ser la más correcta.
En efecto, Mateo y Marcos cuentan lo sucedido en un orden que hace lícito suponer que echaron mano a Jesús inmediatamente después del beso de Judas. Esta opinión la siguen bien conocidos doctores de la Iglesia, y también la aprueba aquel hombre egregio que fue Jean Gerson en su obra Monotessaron (obra que yo he seguido, generalmente, al enumerar los sucesos de la Pasión en este libro).
Sin embargo, en este pasaje no sigo a Gerson, sino a otros autores, célebres también, que, apoyados en los relatos de Lucas y Juan, mantienen que sólo después de que Judas hubo besado a Jesús y regresado con la cohorte y los judíos, después de que Cristo hiciera con su sola voz que la cohorte se postrara de rodillas, y la oreja del siervo del sumo sacerdote fue mutilada y res-taurada; después de haber prohibido luchar a los Após-toles, y haber sido Pedro amonestado porque ya había empezado a luchar; después de dirigirse Cristo a los magistrados judíos presentes y haberles anunciado que tenían ahora permiso para hacer lo que antes no habían podido hacer; después de haber escapado los Apóstoles; después de haber sido aquel joven capturado, y no haber podido ser retenido, salvándose gracias a la acep-tación de su desnudez, sólo entonces, después de todas estas cosas, echaron mano sobre Jesús.

THOMAS MORVS IN HOC OPERE VLTERIVS PROGRESSVS NON EST, HACTENVS ENIM CVM ESSET PERVENTVM, OMNI NEGATO SCRIBENDI instrumento, multo arctius quam antra in carcere detentus: non ita multo post prope turrim londinensem loco consueto securi percussus est, secundo Nonas Iulii, Anno Do-mini supra millesimum quingentesimo tricesimo quinto, Regis vero Henrici octaui vicesimo septimo.